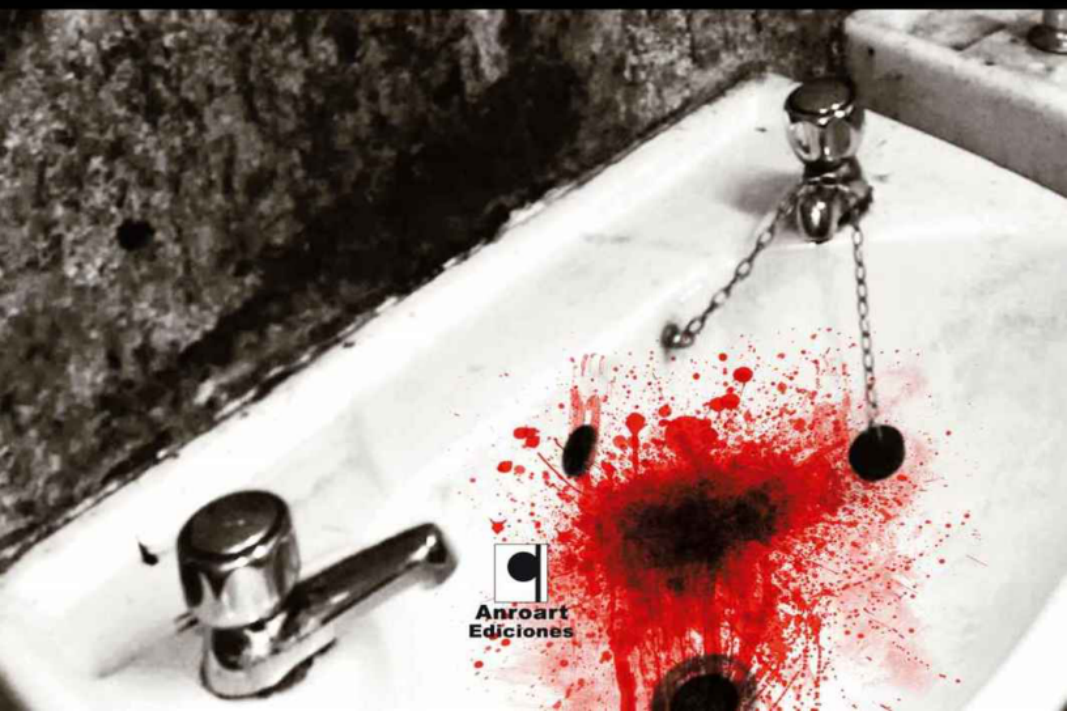
la noche de piedra

(la iniquidad I)

alexis ravelo



Alexis Ravelo

LA NOCHE DE PIEDRA

(LA INIQUIDAD I)

© Alexis Ravelo, 2007 © Anroart Ediciones, S.L.
Primera edición, octubre 2007
Diseño cubierta: Fernando Martínez 'Montecruz' Maquetación y maquetación: Beginbook Ediciones
Anroart Ediciones, S.L.

Madrid
C/ Berbiquí, 17-19
Pol. Ind. Santa Ana
28529 Rivas-Vaciamadrid
Madrid

Canarias
C/ Santa Juana de Arco, 46 -local35004 Las Palmas de Gran Canaria Las Palmas

www.anroart.com
ISBN: 978-84-96887-24-4 Depósito Legal: GC-752-2007

Imprime Publicep C/ Violeta, 17-19 Polígono El Lomo Humanes de Madrid 28970 Madrid

Impreso en España El infierno de los vivos no es algo por venir; hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Italo Calvino: *Las ciudades invisibles*.

El hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se le atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no le representa únicamente un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirla, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo.

Sigmund Freud: *El malestar en la cultura*.

LA NOCHE DE PIEDRA

Advertencias Preliminares

El origen de este libro está en los tristemente célebres sucesos ocurridos en San Expósito en fechas relativamente recientes, pero desde una recreación libre de los mismos. Se trata, pues, de una novela y no de un documento con pretensiones de objetividad. El lector habrá de recordarlo en todo momento, ya que la imaginación literaria ha intentado subsanar la ausencia de conocimiento cierto sobre muchas de las misteriosas circunstancias que rodean el caso. Asimismo, los nombres de algunos supervivientes y los de aquellas víctimas y verdugos que pudieran haber llevado a la fácil identificación de aquéllos han sido suprimidos o modificados.

Debo poner en conocimiento del lector que aunque he procurado, en la medida en que lo permitía el desarrollo de la narración, mitigar o sublimar los contenidos más sórdidos o desagradables de la misma, no en todas las ocasiones ha sido posible.

Los caracteres sensibles habrán de considerarse, pues, advertidos, y, a este respecto, desplazo mi responsabilidad a partir de esta misma línea a la temeridad del lector que se aventure en la lectura de *La noche de piedra* desoyendo el aviso constituido por el párrafo anterior.

Deseo, por último, dar las gracias al sargento Vidal, destinado en el puesto de la Guardia Civil de San Blas, por su apoyo y colaboración en el proceso de documentación que dio pie a la escritura de este libro y sin los cuales hubiera sido imposible mi tarea.

EL AUTOR

PRIMERA PARTE

ROQUE DEL MALO

1

Ahora intentamos olvidar el horror y por eso queremos pensar que la fiesta de la sangre nos sorprendió; que fue espontánea e inédita y que nadie la presentía. En esa creencia viviremos. Pero el otro pavor coincidente, periódico e inevitable, el espanto anual del meteoro, sí se presentía. Se olía en el aire. En la densa humedad y el bochorno que habían enrarecido la atmósfera. El cabo Casañas no necesitaba que la locutora se lo contase con la burocrática indiferencia de quien va a pasar la noche a salvo y caliente bajo un edredón nórdico de diseño. Estaba por llegar, como cada año, pero con más rabia que nunca. Un techo de nubes negras taparía todo; el vientre del cielo se abriría luego para que el viento y el agua avasallaran la tierra. Se

desplomarían tejados y tabiques. Se inundarían sótanos y almacenes. Alcantarillas y pozos negros se desbordarían al mismo tiempo que lenguas de tierra y rocas irían invadiendo los accesos al municipio. Además, había que contar con la más que probable ignorante temeridad de algún pescador (profesional o deportivo) que, obviando alertas y avisos, se hiciera a la mar en una de aquellas barquillas que habían pasado por las manos de dos o más generaciones de estúpidos pescadores (profesionales o deportivos). Y él aguantaría el chaparrón, como cada año, todo de una vez y de golpe entre sequía y sequía en aquel lugar árido y brutal.

El parte meteorológico dio paso a una cuña pu

blicitaria anuncio: RESTAURANTE-GRILL EL FACÓN, ESPECIALIDAD EN CARNE ARGENTINA (¿en qué iban a

estar especializados, si no?) y Casañas apagó la radio maldiciendo entre dientes su propia estampa. Sin embargo, no pudo evitar que Marta le oyera desde la cocina, aun teniendo en cuenta el escándalo que Elisa armaba porque no quería comer el puré de verduras.

— ¿Qué pasa, Sergio? —gritó.
—Que van a caer chuzos de punta toda la noche, —respondió, también a gritos, Casañas—. La tormenta del año. Justo encima de nosotros. Ya verás cómo voy a llegar por la mañana. Joder —añadió en voz más moderada, para evitar que Elisa le oyera (Casañas era puritano a sus horas).
Resignado, terminó de atarse los cordones de los zapatos, salió del dormitorio y fue a su cuarto a preparar la bolsa del trabajo.
La voz de Marta no volvió a oírse salvo para intentar convencer a Elisa de que cenara de una vez. Casañas, al tiempo que metía en el bolso el bloc de denuncias, la gorra y la defensa, imaginó a su mujer encogiéndose de hombros y desentendiéndose del asunto. Bastante tengo yo con lo mío, pensó que pensaría.
Abrió con el llavín el cajón de su escritorio y extrajo del mismo el cinturón canana con la munición y las esposas. Pensó por un momento en llevar la Walther P5, su nuevo juguete, pero al final sacó, como siempre, el Flobert de 2 pulgadas, pequeño y ligero. Al fin y al cabo, no tendría oportunidad de utilizar el arma. De hecho, no la usaba en servicio desde aquella vez, hacía dos años, cuando el Rottweiler de Adalberto se escapó y se abalanzó sobre Benito Marín. Casañas recordaba al perro tirado en el suelo, convulsionando y vomitando sangre en medio de la plaza del Ayuntamiento, rodeado de curiosos que le prestaban más atención que a Benito, sentado lamentablemente junto a él, sangrando, también, por la dentellada en el muslo. Y,

luego, la mirada de reprobación y súplica de Adalberto, que acabó por decidir a Casañas a volverse hacia el animal y rematarlo de un nuevo tiro, esta vez en la cabeza, mientras su sangre y la de Benito terminaban por mezclarse sobre el pavimento.
Por último, del fondo del cajón, Casañas extrajo la insignia de la policía local de San Expósito y la metió en la bolsa antes de cerrarla.
Cuando entró en la cocina, Elisa estaba en la fase del numerito Es que me duele la barriga, má, ante el plato de puré casi intacto. Hacía pucheritos y soltaba hipidos bajo la mirada intermitente de Marta que, justo en ese instante, retiraba la cafetera del fuego diciéndole por lo bajini eso de Ya verás como tu padre se enfade.
Se sentó frente a la niña con la taza de café recién servida por Marta, le chistó hasta que los negros y redondos ojos de la pequeña se clavaron en él y le dijo a media voz pero con contenida rabia:
—Elisa, te juro por lo más sagrado que como no te comas ahora mismo ese plato de puré tú solita y sin rechistar, te lo hago tragar con cuchara y servilleta.
Dos segundos más tarde se impuso en la cocina un silencio roto tan solo por el rítmico entrechocar de la cuchara contra el fondo del plato.
Refractario a la mirada reprobatoria de su mujer, Casañas se dedicó a tomar el café lenta, reconcentrada y silenciosamente, mascullando la rabia que llevaba dentro desde hacía tanto.
Te haces viejo, Casañas. Ya te cuesta reconocer en ese gordinflón del bigote hirsuto al Brigada Casañas. Aquí no se está mal. No se está mal siendo el jefe de la policía local del pueblo de mierda donde nació tu mujer. El sueldo llega justito, pero el trabajo es poco y el prestigio mucho. En Intendencia, en cambio, era otra cosa. En aquella época, por ejemplo, no te hubieses tenido que manchar las manos arreglando el techo del garaje, como vas a tener que hacer la semana que viene. Cualquier recluta lo hubiese reparado en tu lugar. Y de mil amores. De todas formas, saliste bien parado, no te puedes quejar, porque a nadie del regimiento le interesaba un escándalo. De ahí que te licenciaran con el expediente limpio, que si no. Y todo por el jodido chivato de Matías, que no supo callarse como se callan los hombres. Quitarte el uniforme militar y ponerte el de policía fue todo uno, sobre todo porque eras el marido de la prima del alcalde que había en ese momento y en San Expósito ciertas cosas siempre quedan en familia. Después sólo hubo que ascender. Con poca competencia, porque Roquito se jubilaba en un año y los otros no servían para nada. Estrella es una excepción. Pero también es una mujer y San Expósito sigue siendo San Expósito, sólo igual a sí mismo: un pueblucho que quiere dárselas de progresista y tranquila localidad costera y en realidad no es más que un nido de comadres y brutos que arrastran el estiércol de una endogamia rencorosa.

En el recibidor sonó el teléfono y Marta, tras notar en su rostro la mirada de reojo de Casañas, que no soltó la taza en ningún momento, fue a responder. Él se quedó allí, mirando a su hija (que ahora, cucharada a cucharada, sí había comenzado a llorar en silencio, intentando hacer el menor ruido posible sin dejar de tragar puré), y escuchó la voz y las pausas de Marta, al otro lado de la puerta.
—Diga... Hola, guapa —canturreó.
Casañas odiaba que su mujer hablara canturreando. Debía tratarse de alguna de sus primas. O, probablemente, de Estrella.
—Sí, sí está.
Confirmado: Estrella.
—¿Este domingo? Igual la puedo dejar en casa de mi madre. O con Sergio. No sé. Ya se lo comentaré... Bueno, espera, que te lo paso.
Marta volvió a la cocina y le entregó el inalámbrico a Casañas, informándole, innecesariamente, de que era Estrella quien llamaba.
—¿Qué hay, Estrellita? —saludó— Habrás oído el parte...
—Sí —respondió Estrella al otro lado de la línea, sentada en su cuarto de estar, encendiendo un cigarrillo—. Por lo visto va a caer de lleno sobre todo el Norte. Pero, espera, que todavía te puedo joder más la noche.
—¿Y eso?
—Me llamó Déniz hace un rato. Por lo visto está con un virus de estómago.
—Vaya, hombre, qué casualidad... Y Alfredo de vacaciones.
—Eso es. Déniz dijo que te había intentado localizar, pero...
—Ya. Ése te llamó a ti porque sabe que si habla conmigo lo pongo a parir... Pero, bueno, vamos a dejarlo estar...
—Pues, a ver qué hacemos. Porque a los del otro turno no les vamos a pedir...
—No, no. No estamos para pagar horas extras. Mira, nosotros, a lo nuestro. Patrullo yo contigo. No vas a ir tú sola. Intentaremos cubrir el sector de ellos. De todas formas, para lo que se nos quede grande, damos parte al puesto de la Guardia Civil, que deben estar en alerta, y cada palo que aguante su vela. De lo demás, yo me lavo las manos.
—Pues, vale, jefe... Nos vemos en el puesto.
—Vale. Oye, y sobre eso de que yo me quede con la niña para que tú te lleves a mi mujer por ahí, ya hablaremos...
—Casañas, a mí no puedes decirme que no.
—Esta vez me cierro en banda.
—Sabes que te voy a acabar convenciendo... Los tres ventanales dan al aparcamiento, a la carretera, a la gasolinera de enfrente, a la lluvia, al viento y la oscuridad de esta noche tormentosa.
Ante éstos, las tres mesas de aluminio distribuidas a lo largo de la pared opuesta a la barra de acero galvanizado.

Un expositor de baño maría donde se aburren una ropavieja de pulpo y unas carajacas sospechosas como un político en el yate de un empresario.
La colección de llaveros y encendedores desechables con todo tipo de escudos, emblemas y logotipos de publicidad agobiando a la pared, a lo largo de la cual se alternan un par de baldas con botellas caras y polvorientas que no se han abierto jamás.
Un reloj publicitario de una marca de cerveza.
Un ventanuco que da a la cocina, donde a estas horas no hay nadie que espante a las cucarachas.
El televisor, ofreciendo un *show* nocturno interrumpido por interminables series de anuncios.
Un pasillo que da a los baños en los que a estas horas el olor a orín forma ya una masa compacta con el de las lejías mil veces usadas; esa masa que resulta una pátina adherida a los mugrientos azulejos, el espejo cascado, las piezas amarillentas.
Y las reinas de la casa: las dos tragaperras dispuestas entre la puerta y la barra, promocionándose con cantinelas irritantes.
Algo así es el bar La Parada (Tapas Caseras), del cual salen en este momento dos matrimonios de mediana edad que regresaban de una excursión campestre y han parado, como suelen, a tomar una cerveza y saludar a Adalberto.
Éste se siente ahora algo intimidado por la presencia del hombre que entró hace un rato con el casco negro en la mano y se sentó en la mesa más lejana a la puerta, a beber cerveza y observar fijamente la pantalla de su teléfono móvil.
Procura que no se le note, pero la inquietud está ahí, haciendo temblar ligeramente sus manos que colocan en la repisa los vasos fregados hace un rato; nublando levemente sus ojos que consultan el reloj publicitario y comprueban que aún queda un buen rato para la hora de cierre.
Estrella colgó el teléfono y se quedó allí, en el sofá, junto a la mochila ya preparada terminando el cigarrillo. En algún momento, cayó ceniza sobre la tela azul del pantalón de su uniforme y ella la sacudió negligentemente con el dorso de la mano. De la habitación contigua provenía el eco de un programa de chismorreos. Consultó su reloj. Carmela no tardaría en llegar para hacerse cargo de la vieja, quien, sorprendentemente, llevaba un buen rato sin hacerse oír. Tal vez se hubiese dormido. O quizá, con un poco de suerte, todo hubiera acabado al fin. Estrella fantaseaba en ocasiones con esta posibilidad. Total, qué podía aportar ya la vieja al mundo salvo unos cuantos disgustos más.
Por otro lado, meterla en una residencia le hubiera costado un dineral. Convenía más pagarle a Carmela para que viniera a cuidarla.

Acabó el cigarrillo y fue al cuarto de la vieja, procurando hacer el menor ruido posible. A todo volumen, unos cuantos canchanchanes discutían sobre la amistad de no se sabía qué modelo con no se sabía qué cantante. Aspiró el olor a muerte y meados que la colonia de nenes jamás lograba disimular del todo. En la cama, la vieja roncaba bajo las sábanas estampadas de flores, rodeada de sus muñecas y sus payasitos de porcelana.

Estrella llegó hasta los pies de la cama y se la quedó mirando. Mirando aquel rostro gordo y arrugado. Aquel pelo rizado y débil. El bocio tremendo. Los brazos con las carnes flácidas y blanquecinas más allá de las tiras de encaje del camisón beige. Tocó con la punta del dedo índice el cojín que Carmela usaba para incorporar a la vieja en los ratos en que le tocaba comer.

Qué fácil hubiera sido tomar aquel almohadón, aplicárselo al rostro y apretar. La vieja estaba tan sentenciada a muerte, y desde hacía tanto, que a nadie le hubiera extrañado la muerte en medio del sueño. Insuficiencia respiratoria. Fin del asunto. Comienzo de una nueva vida.

Se percató de que la idea la tentaba con más fuerza que de costumbre, así que se fue al cuarto de baño a lavarse los dientes, como quien se lava la mente y la despoja de todo lo que no conviene pensar.

Tras enjuagarse la boca se miró en el espejo el rostro cercano a los cuarenta que aún conservaba en los ojos negros y almendrados algo del brillo que tenían hacía veinte años.

Fuiste guapa, Estrella. Lo fuiste. Pero pasó tu momento. Habrá quien te quiera, de hecho lo hay, pero no quien sienta pasión por ti. Para despertar pasiones hace falta algo que hace ya al menos diez inviernos que perdiste. Las estrías de tus muslos, el culo que se te empieza a caer... Sabes que quien te quiera, quien te quiere, lo hace por ternura, por apego, por otra cosa que no es eso que puede ofrecer cualquier jovencita o cualquier mujer de tu edad bien conservada. Ahora no eres más que una especie de marimacho. La vieja te ha pegado su olor a podrido. Te ha condenado a una vida de deseos muertos y de hacerte dedos de madrugada con cuidado de no armar escándalo. Seguro que si supiera que tienes un solo instante de placer, se mearía encima sobre la marcha sólo por jodértelo haciéndote levantar para cambiarle los pañales. Igual Carmela se retrasa. Es fácil: vas al cuarto, le pones el cojín en la cara y lo mantienes así un rato. Ni se va a enterar. Luego te vuelves al salón y pones la tele para que cuando llegue Carmela te encuentre allí. Después, aguardar hasta la entrada de Carmela en el dormitorio, hasta sus llamadas a la vieja, hasta su grito de alarma, sus llantos histéricos de lumpen dominicano. Ir entonces tú misma al cuarto, llamar a una ambulancia inútil, hacer un poco de comedia. Hazlo, Estrella. Quítate a la vieja de encima. Total, ¿qué te ha dado

ella salvo la vida? ¿Qué ha hecho, aparte de arruinártela?
Estrella salió del cuarto de baño y volvió al dormitorio de su madre, con paso lento pero firme. Para armarse de valor, para tener una buena excusa que justificase aquel acto horrible que, de una vez por todas, había determinado realizar, iba recordando cada bofetada, cada insulto, cada insidia que la vieja le había dirigido a lo largo de toda su vida.
Finalmente, entró, tomó el cojín con ambas manos y se dirigió junto a la cabecera mientras en la televisión una voz en off decía ¿Para qué esperar, si puedes tenerlo ahora?, y, de alguna manera, aquella frase se le incrustó en la mente, repitiéndose una y otra vez. Estaba ya a punto de ponerlo sobre la cara horrible de la vieja, que continuaba roncando como un legionario beodo. Entonces, sonó el timbre. Carmela, por una vez, había llegado a tiempo. 4

Todo acto, por insignificante que sea, es un punto de no retorno: elegir un camino en una bifurcación, perder un montón de oportunidades, asumir las consecuencias del camino elegido, aceptar su paisaje y evitar el burdo tormento del quéhubieraocurridosi...

Ponerse el chaleco reflectante y arrojar el teléfono móvil dentro del vehículo no era una excepción. A partir de ahí todo consistía en que las cosas fueran como debían ir.

Nadie más pasaría por allí. Eso estaba claro. La tormenta arreciaba y Julia no acertaba ya a distinguir entre el ruido provocado por el golpear de la lluvia y el del mar rugiente estrellándose contra el acantilado.

Mientras hurgaba en el motor se imaginó la ridícula figura que debía componer, con los tejanos, la camiseta y el chaleco, la larga cabellera ondulada, convertida en una especie de estopa húmeda, con la cabeza y los brazos metidos en un capó cuyo interior representaba un completo enigma para ella.

Aparentar ser como todos. Y todos somos iguales. Todos los que no tenemos ni la más remota idea de mecánica. Cuando se nos jode el coche, abrimos el capó y nos ponemos a toquetear piezas y resortes, comprobando si están demasiado apretados o flojos. Pero la cosa es que no sabemos si los resortes de marras deberían estar flojos o apretados. Y así, dale que va, reproduciendo mediocridad, haciendo el imbécil. Y tú aquí, en medio de la nada, bajo el gran diluvio, sola y absurda como una puta en un convento.

Sacó la cabeza y miró a su alrededor, a la oscuridad que caía a la

izquierda sobre el acantilado, la misma que atenazaba el monte, prácticamente yermo y ahora, seguramente, hecho un completo barrizal, a su derecha. Justo en ese instante un relámpago iluminó el cielo y pudo adivinar, más que ver, la casa en lo alto de la montaña: la casa de una planta con las luces apagadas, dominando todo aquel paisaje invisible. La carretera conducía a aquella casa. Eso lo sabía bien. Pero bordeando la montaña. Eran, al menos, dos kilómetros a pie. Nada en una noche tranquila. Un éxodo bajo aquella tempestad.

—Mierda —pronunció en voz alta.

Después emitió un suspiro, se metió en el coche sin preocuparse de cerrar el capó, abrió una rendija de la ventanilla, para evitar el vaho y la sensación de asfixia, y encendió un cigarrillo. Con tal de que la ladera no se derrumbase sobre el coche y se lo llevara por la mar fea, todo iría bien. Era cuestión de esperar. Como siempre.
Consultó su reloj: las once de la noche. Encendió el teléfono móvil y volvió a leer el mensaje, breve, contundente, preciso: “ya pasó x aki”. Sólo eso. Volvió a apagar el teléfono y se hizo, por enésima vez, la misma pregunta: qué diantres haces aquí. Sola. Aislada. A más de cuarenta kilómetros de la ciudad. A cuatro de la población más cercana. Entre los riscos y el mar. En un viejo Renault 5 que debió fabricarse cuando aún estabas en el instituto. Qué camino te ha conducido hasta este sitio. No la carretera tortuosa que te trajo desde el pueblo, sino ese camino que empezaste hace años, cuando dejaste la universidad para vivir lo que denominabas “tu vida” y que luego no ha sido más que un ir dando tumbos de acá para allá, de un hombre a otro hombre más. Cómo te dejaste embaucar (no sólo por Nico, sino por Daniel, por Esteban, por Javier, por todos aquellos cuyos nombres no recuerdas pero engrosan la hoy triste y sucia nómina de los hombres que un día penetraron en ti) para estar aquí ahora, justo en este momento, cuando es viernes por la noche y en la ciudad los bares seguro han empezado a llenarse hace rato, y estarías más que caliente apoyada en la barra, tomando un vino y fumando un cigarrillo tras otro entre desconocidos que entran y conocidos que salen.

Distraída con esta imagen, reconfortante y tortuosa a un tiempo, no se percató de la presencia del Range Rover hasta que casi estuvo a su altura. El vehículo aminoró la marcha al pasar junto al Renault, hasta el comienzo de la curva, avanzó unos metros más, y allá, finalmente, se detuvo. Julia, repasando mentalmente riesgos ya previstos, salió del coche y se situó ante él, mientras del cuatro por cuatro descendía un individuo con anorak azul, que caminó lentamente en su dirección, linterna en mano.

— Gracias a Dios —dijo ella a modo de saludo cuando el hombre se paró ante ella.
Él se limitó a mirar alternativamente a Julia y al capó abierto y a preguntar si se trataba de la batería o algo así. Ambos repararon en que, de haber sido la batería, no hubieran podido estar encendidas las luces de posición, pero les pareció una incómoda obviedad mencionarlo.
—No tengo ni idea. A lo mejor, si usted le echa un vistazo...
—Me temo que no voy a servirle de mucho. No sé absolutamente nada de mecánica.
Era alto y se le adivinaba delgado, pese al volumen que le confería el anorak. La capucha impedía verle los ojos, pero no el mentón anguloso y la boca de labios bien dibujados, el afeitado perfecto, la nariz prominente. Durante unos segundos, sólo el mar y la tormenta se dejaron oír. Después Julia tomó la palabra.
—Estuve intentando llamar a mi hermano, pero el móvil se quedó sin batería.
—Pues yo no tengo móvil. Vivo ahí arriba —dijo, señalando a lo alto del monte—. Hay teléfono. Si quiere, suba conmigo y llama para que vengan a buscarla. Así se podrá meter bajo techo hasta que escampe.
—No sabe cómo se lo agradezco. Espere a que coja mis cosas.
—Claro.
El hombre cerró el capó y volvió al cuatro por cuatro. Mientras Julia cogía el bolso, apagaba el contacto y cerraba el coche con llave, sacó su móvil del bolsillo del anorak y lo guardó en la guantera.
Cuando subió al vehículo y se sentó junto al hombre, ella ya no llevaba el chaleco, y la camiseta gris, empapada, se había ceñido a sus senos, pequeños y rotundos. Él, que, a su vez, se había quitado la capucha, mostrando así su cabeza completamente calva, sus ojos más viejos que los cincuenta y tantos años que debía tener, intentó, con pudor, no reparar en ello y la miró al rostro pecoso, redondo y claro, de ojos azules y espantados. Julia se dio cuenta de su turbación e intentó mitigarla con una sonrisa.
—Me llamo Julia —dijo mientras le tendía la mano.
—Germán —repuso él estrechándola.
—Mi ángel de la guarda.
—Ya será menos. Estas cosas son así —agregó sonriendo a su vez justo antes de arrancar.
Iniciaron lentamente el ascenso, con el acompasado sonido del inútil limpiaparabrisas haciendo las veces de metrónomo.
—La verdad es que soy una estúpida. No tenía que haber salido. El coche llevaba unos días dando el coñazo, pero no pensé que me fuera a dejar tirada de esta manera.
—¿Y adónde iba? La carretera termina un par de kilómetros más allá

de mi casa.
—Eso es lo más estúpido. Iba sólo a dar un paseo. Nos estamos quedando en San Expósito y hoy me dio por salir a ver qué había por aquí. Pero se me paró el coche justo antes de que la tormenta se me echara encima. Tiempo de perros... —añadió mirándole de reojo, esperando su reacción.
Germán dejó pasar unos cuantos golpes de limpiaparabrisas antes de comentar:
—Bueno, no era una idea tan tonta. La verdad es que, cuando no llueve, esto tiene su encanto.
Al fin tomaron la última curva y la casa apareció ante ellos. De este lado, el contrario al risco, el porche aparecía iluminado, mostrando una caseta para perros, un pequeño patio entoldado y lo que parecía ser un garaje. Cuando Germán frenó, dos enormes pastores alemanes se abalanzaron contra la tapia, ladrando con nerviosismo.
—Espere —dijo Germán, al tiempo que se apeaba—. Voy a amarrarlos. No suelo tener visita.
Por las voces que el hombre daba para serenarlos mientras entraba en el patio y los metía en la perrera, Julia se enteró de que se llamaban Safo y Homero. También comprobó que querían al hombre, que debían ser su única compañía, que darían la vida por defender la del amo.
—Normalmente son más tranquilos —dijo Germán cuando volvió a ponerse al volante para meter el coche en el garaje—, pero Safo está preñada y ya sabe cómo se ponen las hembras cuando están esperando.
Julia intentó disimular la tristeza que le ensombreció la sonrisa. Sabía perfectamente cómo se sienten las hembras cuando están esperando, porque ella era una hembra y también, en una ocasión, había esperado. Había esperado algo que no llegó ni siquiera a ser algo. Algo que quedó en el sórdido quirófano de una clínica travestida de balneario en los suburbios. Algo que no había deseado y cuya memoria le mordía las entrañas. Hacía un año de aquello, y, desde entonces, no había sido capaz de soportar la presencia de un niño a menos de diez metros. Los parques infantiles la enfermaban. Los colegios le parecían gusaneras nauseabundas. Las jugueterías le provocaban el vómito. Y todo esto se unía a una criminal sensación de culpa apenas mitigada por la una y mil veces repetida pregunta: Cómo iba yo a traer al mundo a alguien, con la vida a salto de mata que llevo. Torpe intento de justificar la infamia.
5

—Es la misma puta tormenta de antes del verano de todos los putos años.

Dicho esto, Casañas abrió un poco la ventanilla del Montero, uno de los dos vehículos patrulla de la policía local de San Expósito, para arrojar la colilla, que cayó, ya completamente empapada, al suelo de la plaza del Ayuntamiento.

— Y, como todos los putos años, nos vamos a comer un marrón de cojones.
Estrella, en el asiento del conductor, examinaba la hoja de ruta, haciendo oídos sordos a las quejas de Casañas, porque, pensó, era la misma puta queja de todas las putas tormentas. Marta debía haberle dejado hoy sin su mamada de la hora de la siesta. No había ningún asunto pendiente, así que, en principio, se limitarían a patrullar un rato. Si todo iba sin novedad, regresarían al puesto y permanecerían allí hasta finalizar su turno.
—Vale, jefe. Ya está bien, que estás hoy que no hay quien te aguante. ¿Compruebas la radio?
Casañas cortó la perorata e hizo lo que se le indicaba. Mientras Estrella arrancaba, dijo por la emisora: Central. Aquí Z2 comprobando receptor. Del aparato brotó la voz monótona de Hipólito, respondiendo que Z2, aquí Central. Recepción correcta. Buenas noches y buen servicio.
—Joder, esto parece un jodido radio taxi.
Estrella sonrió.
—Oh, tú ya sabes que Hipólito fue taxista en la capital.
—Pues no ha perdido las mañas, el muy perreta.
El coche patrulla se deslizó por la calle Principal de San Expósito, desierta bajo el infierno de agua y viento. Un rato antes, cuando se dirigían al vehículo, había pasado por delante de ellos Bethencourt con su Range Rover último modelo y con todos los extras, guiñándoles los faros a guisa de saludo y provocando el comentario Millonetis de mierda... por parte de Casañas. Estrella también hubiera deseado como dotación un cuatro por cuatro como aquel, y no este modelo de hacía quince años, incómodo y con el tapizado cubierto por el alquitrán de miles de cigarrillos consumidos en largos turnos de guardia como el que se avecinaba. Pero ella se limitó a odiar en silencio la opulencia del único habitante de Roque del Malo.
Después del paso de Germán, la calle había vuelto a aparecer desolada. O casi desolada, porque ahora una figura se movía a lo largo de la acera derecha, caminando con dificultad pero sin descanso. Una silueta baja y rechoncha, con un impermeable amarillo con capucha bajo el cual los agentes adivinaban el sempiterno chándal azul marino, porque ambos le reconocieron al instante por su cojera dolorosa.
—Chacho, ese hombre no descansa —dijo Estrella acelerando un poco hasta situarse a su altura.

Casañas dirigió a su compañera una mirada burlona antes de bajar la ventanilla para dirigirse al caminante.
—Benito.
Benito Marín le miró de soslayo y se hizo el loco sin parar de caminar.
—Benito —volvió a llamarle Casañas, antes de decidirse a ponerse duro—. ¡Benito, cojones! ¡Mírame, coño, o te llevo al cuartelillo!
El otro le prestó atención, pero sin dejar de caminar.
—Esta no es noche para pasear, Benito. Vete a casa.
Benito Marín pensó unos segundos antes de contestar con su voz gangosa:
—Mi mare me dejó. Mi mare me dejó salí.
—¿Sí? ¿Tu madre te dejó? —preguntó Casañas con retórica suspicacia.
—Chí —confirmó el otro sin inmutarse.
—Pues yo no te dejo. Vuélvete para casa ahora mismo.
Se produjo un silencio. Benito continuó andando. El patrullero continuó avanzando paralelo a él. La lluvia continuó cayendo. Fue el grito de Casañas lo que detuvo todo de golpe, menos la lluvia.
—¡Ya!
Benito se quedó en posición de firmes mirando al suelo. Después dirigió su mirada vidriosa a los agentes. A la luz del neón de la ferretería de Colás, Casañas se enfrentó a aquel rostro idiota de profundas ojeras, a la cara pequeña, hecha un mohín preparándose para hacer unos pucheros que él adivinaba similares a los de su hija Elisa. Benito pensó un poco más y, al fin, decidió dar media vuelta.
—Y, en cuanto llegues, le dices a tu madre que me llame. ¿Está claro?
Benito siguió caminando y Casañas volvió a gritarle.
—¿Está claro?
—Chí —dijo Benito sin dejar de caminar, encogido de hombros y mirando hacia abajo. Como llevaba las manos metidas en los bolsillos del impermeable, nadie hubiera podido percatarse de que había extendido el dedo corazón de la mano derecha.
El Montero prosiguió su camino.
—Si la madre de Benito no me ha llamado en diez minutos, la llamo yo.
—Coño, jefe, no te entiendo —dijo Estrella.
—¿No me entiendes? ¿Por qué no?
—Tanta preocupación por un mongolito. Casañas le dirigió una mirada severa.
—¿Cuántas veces te lo tengo que decir, coño? —le espetó— Es oligofrénico. Tiene debilidad mental. Eso es todo. No es un mongolito, cojones. Y, por cierto, nadie es un mongolito. En todo caso, se trata de personas con síndrome de Down. ¿Estamos?
—Vale, vale. Para ti la perra gorda. Pero no me digas tú a mí que no sería más fácil quitarlo de en medio. Si tuviera un accidente antes de

llegar a casa, en el fondo sería un alivio para todo el mundo.
La severidad de Casañas se transformó en extrañeza y repulsión.
Estrella continuó desarrollando su punto de vista.
—Quiero decir, aparte de lo políticamente correcto, ¿qué bien le hace gente así a su familia, a la sociedad? No son más que un estorbo, jefe. Ellos mismos tienen que sufrir un huevo.
—¿Sí? ¿Y tú qué propones?
—¿Tú qué crees?
Se hizo un silencio mientras tomaban la desviación que les sacaría del casco en dirección Sur. Fue Casañas quien lo rompió.
—¿Sabes? Esa teoría era, más o menos, la que tenía cierto político alemán.
—Pues, mira... A lo mejor tenía razón.
—Decía que había que eliminar a los menos aptos: a los disminuidos físicos y psíquicos, a los ancianos, como tu propia madre...
—Pues tendría razón...
—...a los judíos, a los negros, a los gitanos... —Ya...
—... a los maricones y a las bolleras.
Volvieron a callarse y Casañas espió su reacción por el rabillo del ojo. Sabía que la había alcanzado bajo la línea de flotación.
—Eso ya no te gustó tanto, ¿verdad? —apostilló.
—Vete a la mierda, jefe.
6

La casa está ahí, esperando. Como siempre lo estuvo, aún antes de ser construida. Como siempre lo estará. Está ahí, mirando hacia la ladera que va a dar al acantilado que, a su vez, se enfrenta al horizonte norte como si desde él hubieran de llegar todas las bendiciones, todos los maleficios.

Rodeada por la tapia de ladrillo, con un anexo (mitad cuarto de herramientas, mitad garaje) en su lado occidental y el jardín, con naranjos y nispereros, mirando hacia el este, esperaba.

Espera con su techo plano, su azotea de acceso por rudimentaria escalera exterior, con sus tendederos, sus geranios y su solarium, inútil en esta noche de conejos.

Esperará, ajena a sí misma, a su ineluctable función de escenario de deseos e iniquidades.
Y también esperaba por dentro, formando un cuadrilátero en torno a la amplia sala central, a la que iban a dar las puertas de todas las demás estancias: el dormitorio, un estudio, un pequeño cuarto de invitados y la cocina. El arquitecto había tenido la feliz idea de ahorrarse pasillos.

Esperaba la sala, haciendo las veces de cuarto de estar, comedor y lugar de recreo. Esperaban las paredes casi completamente cubiertas con estanterías de libros, salvo una, donde se situaba un mueble en el que había un equipo musical, un televisor y varios cientos de discos y cintas de vídeo. Frente a éste, se aburría un tresillo de cuero rodeando a una mesa de centro (en medio de una alfombra enorme que reproducía un motivo de Klimt) sobre la cual se apilaban varios libros. En un rincón, una lámpara y un sillón de lectura. Todo amueblado de manera funcional, a juego con el estilo rústico que se había querido dar al conjunto, con esa pretendida humildad característica de los realmente opulentos.
También esperaban los recuerdos, un par de fotos de cacerías, algunos cuadros contemporáneos aquí y allá, una pescadora tallada en madera por Plácido Fleitas alumbrando el despacho, sólo ensombrecido por el armero con las dos escopetas del doce custodiándola, como si protegieran a la pescadora del ordenador, el teléfono y el fax, que la odiaban desde el escritorio cercano.
Estaban ahí, estarán, están ahí esperando con la casa un nuevo desencadenamiento del drama del sexo y los anhelos y la posesión y la tierra removida y esas instanciaciones de la nada que son los hombres jugando a que son algo y construyendo para ello casas y más casas que están ahí, esperando a que penetren en ellas y vuelvan a representar, una vez más, el torpe espectáculo de sus miserias.

Germán, cumpliendo con los ritos, se la mostró, nada más entrar, metro a metro, obsequioso y amable. Él conectaba la estufa eléctrica cuando Julia paseó la mirada por los anaqueles plagados de volúmenes.

— Cuántos libros tienes —se admiró en voz alta. Aquello sonó, como suele suceder, a Qué inteligente eres y Germán se ruborizó ligeramente al decir que era porque así dejaba de pensar en el trabajo.

— ¿A qué te dedicas?
—A negocios. Me dedico a los negocios. Ya sabes —respondió él, tomando en cuenta el recién inaugurado tuteo.
—Ya, pero, ¿qué negocios?
—Bah, un poco de todo: importaciones, construcción, inmobiliarias... Hoy en día, el objeto de los negocios son precisamente los negocios. Meter la cuchara y sacar tu margen. De todas formas, estoy preparándome el retiro. Conservaré una participación en un par de empresas. Una cosa simbólica, más bien.
Julia construyó con sus labios el triángulo de una letra A pueril y apetitosa y volvió a acariciar la biblioteca con los ojos.
—Voy a buscarte algo de ropa seca —dijo Germán encaminándose al

dormitorio—. El teléfono está en el despacho, si quieres ir llamando.
Sabes el número de memoria. Lo has marcado cientos de veces, desde cabinas telefónicas perdidas en carreteras que van a ninguna parte, desde teléfonos públicos situados en gasolineras o en un extremo de la barra de bares hediondos, desde cuartuchos de hostal, desde pensiones de a talego la noche. Ahora tu dedo se detiene sobre el teclado después de marcar el seis, iniciando el camino que conduce hasta Nico, hasta la voz de Nico y su grosero Digamelón. El índice ha presionado la tecla y se ha quedado suspendido sobre ella. Y, mientras decides si seguirás marcando o no, intentas oír lo que hace Germán en el dormitorio: ruido de cajones y puertas de armario abriéndose y cerrándose: un hombre desorientado buscando prendas vagamente recordadas que no aparecen cuando es ocasión.
Puede esperar. La llamada, la casi perversa dilatación de los preámbulos hasta que llegue Nico, el posterior despliegue de la infamia, la ocultación, la huida: todo eso puede esperar. Él, Germán, te ha ofrecido ropa seca y la protección de un techo. Puedes aceptar su hospitalidad y jugar, como otras veces, pero no exactamente como otras veces. Jugar por jugar, no por lo otro. Jugar a dejarte seducir, a permitir que el hielo se derrita mientras afuera la tierra es incapaz de asimilar el furor húmedo que brota de un cielo cada vez más negro y desgarrado.
Jugar a dejarte seducir o seducirle tú misma como tan bien sabes hacerlo. Igual que en otras noches intempestivas (aunque ninguna tanto como ésta), con otros hombres maduros, hombres solos que pensaban que la situación era demasiado perfecta para ser verdad y que tenían toda la razón al pensar así.
Como todas esas veces pero, en esta ocasión, de verdad: por disfrutar; acaso porque hay algo en éste que te atrae, o te gusta, o te inquieta, o las tres cosas a la vez; acaso sólo por mera maldad, por vengarte de la forma en que Nico te habló esta tarde; acaso porque comienzas a cansarte de él y de su oscuro mundo de ambición y de dar palos que siempre van a ser el último y acaban reportando sólo lo escasamente suficiente para salir huyendo, malcomer durante un par de semanas y lograr una burda imitación del sueño en sórdidos hostales.

—Creo que esto te irá bien.

Julia se volvió y echó un vistazo al bulto color rosa chicle que Germán, desde la puerta, le ofrecía.
—Es un chándal. De mi mujer. Creo que te irá bien —repitió, midiéndola con la mirada.
Ella colgó el auricular y avanzó hacia él, sonriendo.
—¿Estás casado?
—Lo estuve. O lo estoy. Ya ni lo sé —Julia enarcó las cejas y el

anfitrión sintió la necesidad de aclarar lo que había dicho—. Se fue hace tiempo. Desapareció del mapa.
Julia no preguntó nada más. Se limitó a asentir y coger el chándal.
—¿Sabrá llegar tu hermano hasta aquí?
—No he podido hablar con él. Tiene el móvil apagado. Me dijo que a lo mejor se iba al cine de San Blas. Debe de estar allí todavía.
Germán se pasó la mano por el cráneo, buscando las palabras adecuadas para formular su propuesta.
—Bueno, yo no tengo nada especial que hacer. Puedo preparar algo de cenar, mientras tanto.
—¿No es mucha molestia?
—Al contrario. Esto es toda una novedad. Nunca viene nadie por aquí y, en noches como esta, se echa de menos algo de conversación.
—De acuerdo, entonces.
—Si quieres, cámbiate en el cuarto de invitados.

Se despojó de la camiseta y la dejó colgar del respaldo de la silla. Curiosamente, no sentía frío. La estufa había caldeado toda la casa. Se entretuvo en observarse el vientre, plano, con la hendidura vertical que conducía al pubis rasurado, rota en la parada del ombligo breve y perfectamente circular. Le gustaba. Más que sus senos, que solían atraerlos a ellos. Más que sus nalgas, carnosas pero firmes, que todos deseaban palpar. Más que sus piernas. Si hubiera tenido que elegir una, y sólo una, parte de su cuerpo, hubiera dicho, sin dudar, que su vientre. Pasó dos dedos por la piel suave que, allí, era aún de adolescente. Sintió la tentación de cruzar la casa, ir a la cocina así, como estaba, sólo en vaqueros, y mostrarse a Germán, para ver qué pasaba, adónde miraba primero, qué atraía primero a sus ojos, si su vientre o sus pechos. Se sonrió a sí misma y dijo, en voz alta, que era demasiado pronto. Después se quitó los vaqueros y los dejó con la camiseta. El tejido del chándal era agradable al tacto, como un osito de felpa, como sábanas recién cambiadas. Germán le había dado también unos calcetines de lana. Masculinos, pero calientes, igual de acogedores que la ropa.

Volvió al salón y vio, en la mesa de centro, una botella de Protos recién descorchada, entre dos copas. Buscó en su bolso el paquete de cigarrillos, encendió uno y se sirvió.

Germán debió percatarse de su regreso, porque, desde la cocina, le gritó:
—Ponte cómoda. Si no te gusta el vino, hay refrescos en la nevera. O algo más fuerte en el mueble bar.
—No, el vino está bien, gracias —dijo ella alzando la voz después de catar.

—Como en tu casa. Pon algo de música, si quieres —remató él removiendo con el cucharón el caldo de gallina que había puesto a calentar. Después sacó la bandeja de setas del refrigerador y las puso en remojo mientras se aplicaba a la tarea de picar ajos, jamón y perejil.
—¿Te gustan las setas? —preguntó, nuevamente a gritos.
—Me encantan las setas —oyó responder a Julia.
En ese instante, las notas y los silencios de la *Gymnopédie nº 1* de Eric Satie comenzaron a llegar a la cocina desde el salón, cubriendo con una bruma de melancolía las paredes y los muebles. La tarea del cuchillo sobre la tabla quedó suspendida durante unos segundos. Germán alzó la vista y vio, a través del cristal de la ventana, que había dejado de llover, y que las gotas que pendían del alero se ponían casi de acuerdo con Satie para caer al ritmo con que Patrick Cohen pulsaba las teclas del piano, con esa cadencia entrecortada, entre pausas largas y dolorosas.
Sintió que aquél era un momento único (como si cada momento no lo fuera); una singular conjunción de circunstancias: la tormenta, esa casa solitaria, una mujer joven y hermosa en su salón que elige precisamente esa pieza de Satie, la lluvia que cesa justo en el instante en que él se percata de esa elección, el olor del perejil mezclándose con el aroma a hogar y calidez del caldo, el silencio de aquella mujer, a quien sabía sentada en el sofá, fumando, bebiendo vino, iluminando el cielorraso con la luz de sus ojos.
Ella también se dio cuenta. Nada podría borrar aquellos minutos, que pasarían como todos pasan, pero quedarían para siempre. Supo que Germán, en la cocina, había parado de cortar y que miraba por la ventana, más allá de la cual había escampado, cómo las gotas morosas caían con su plaf plaf sobre el alfeizar, y supo que pensaba en ella y que igual que ella, sabía irrepetible aquella hora. Casi con miedo de estropearlo todo, tomó otro sorbo de su copa y el sabor del vino remató aquel instante, lo hizo definitivamente indeleble.
Daba igual lo que ocurriese a partir de entonces en esa noche extraña, intempestiva y agradable a un tiempo: habían vivido ese momento irrepetible.
La *Gymnopédie* acabó y dio paso a una de las *Gnossiennes*. Bajó un poco el volumen, sin levantarse, con el mando a distancia que no había tardado en aprender a manejar.
Sirvió vino en la otra copa y fue con ambas a la cocina. Cuando entró y dejó la suya frente a Germán, éste apenas dejó de picar sobre la tabla, dedicándole una mirada de reojo, un cabeceo y una media sonrisa de agradecimiento. Nunca supo si por haberle traído el vino o por los minutos que acababa de regalarle. Se situó junto a él y apoyó las nalgas en la encimera, sin soltar su vino y sin dejar de observarle.

—Tienes pinta de ser un buen cocinero.
—Bah, me defiendo.
Un ángel pasó entre ambos y recordó a Germán que no había probado el vino. Soltó un momento el cuchillo, cogió la copa y la ofreció en brindis a Julia.
—Por Satie —dijo.
—Por mi ángel de la guarda —rectificó ella.
Germán no volvió a pronunciar palabra hasta que las setas estuvieron en la plancha.
—Pensé que ibas a poner algo de rock. O, como mucho, Tom Waitts. No imaginé que te gustara la música clásica.
—Y no me gusta demasiado. Pero me apetecía eso. El mundo del que vengo está lleno de ruido. Esto es... tan distinto... Es todo tan bonito, tan limpio... Hacer que sonara una guitarra eléctrica en esta casa, esta noche, hubiera sido... No sé... Hubiera sido como escupir en el suelo.
7

Nico volvió a consultar el reloj que había sobre la barra: las once y media. Y el móvil muerto.

Quizá iba llegando hora de darle la baja a la Julia. Empezaba a descuidarse, a despistarse. Andaba como montada en el satélite. Y, a fin de cuentas, ¿qué hacía ella? Sólo ir por delante, facilitar un poco el trabajo, averiguar, con halagos, cosas que también podían averiguarse a hostias.

Además, últimamente estaba un poco coñazo. Y, al fin y al cabo, tampoco es que follara tan bien. Sí, igual iba llegando el momento de jubilarla. Él podría arreglárselas solito. Siempre lo había hecho.

Nico pensaba esto ante una cerveza y un nuevo cigarrillo, bajo la mirada suspicaz que Adalberto le arrojaba mientras limpiaba el lado de la barra más cercano a su mesa. Tras acabar esta inspección, el camarero y propietario del bar La Parada (Tapas Caseras), gordo, cincuentón y conservador, dictaminó que no, que definitivamente no le gustaba aquel individuo que llevaba allí casi dos horas, bebiendo una cerveza tras otra y fumando como un carretero condenado a muerte. No le gustaban ni sus patillas ni su tupé; ni su rostro anguloso y marcado ni sus ojos negros; ni sus mejillas picadas de viruela ni su sonrisa de perdonavidas, así como tampoco le gustaban su cazadora de cuero, sus botas, sus pantalones de pitillo. Y, probablemente, lo que menos le gustara fueran sus treinta años, su gran estatura y su anchura de hombros, que le harían difícil de manejar cuando se negase a abonar una cuenta que se acrecentaba por momentos.

Por eso se alegró cuando entraron Manolo y Segis, los dos compañeros de cacería que hoy se habían retrasado en llegar a tomar la arrancadilla.

Nico tampoco era un gran admirador de Adalberto. Su polo de tejido sintético ciñendo su barrigota, su cara de pocos amigos, su cutre reloj casio con calculadora le despertaban una repugnancia que era casi incapaz de disimular. Con gusto hubiese aprovechado el momento en que se quedaron solos (cuando salieron las dos parejas, hacía un cuarto de hora), para darle dos galletas y vaciarle la caja. Pero hoy tocaba disimular. Y así lo haría. Pero con qué gusto hubiera saltado la barra para meterle al viejo dos patadas en la cara...

Viejo de mierda.
Era como los otros: un viejo de mierda, aparentando ser un buen hombre, un buen vecino, un buen padre, un buen abuelo... Pero seguro que hubiera empezado a soltar baba ante las tetas de Julia. Hubieran bastado algunas sonrisas y un par de halagos para que la hubiese metido en su casa, en su oficina, en un cuartucho de hotel. Eran todos unos cerdos, unos viejos degenerados, bajo aquella máscara de respetabilidad que ocultaba el hedor de sus penes flácidos y arrugados.
Y la Julia comenzaba a sentir lástima de ellos. La última vez estuvo a punto de echarlo todo a perder con sus reparos de los cojones. Allí, con el viejo atado a la cama, con el trabajo ya casi terminado, se había empeñado en que no remataran la faena.
Por mí, Nico, hazlo por mí, hombre, ¿qué te cuesta?, había dicho acariciándole la cabeza, mimosa y zalamera como la gran perra que en realidad era. Por suerte, no había mujer que se lo llevase al huerto. Sabía que no podían dejarlo con vida. Les había visto el rostro. Sabía sus nombres. Además, a él no le salía de los huevos dejarle vivir. Así que dijo que sí, que de acuerdo, que sólo esta vez. Que fuera recogiéndolo todo y le esperase en la puerta mientras él lo amordazaba bien para que les diese tiempo de alejarse lo suficiente. Y, cuando ella salió, él se sentó en la cama, junto al viejo (que había cambiado su rostro de horror por una máscara de consuelo y agradecimiento, porque había escuchado toda la conversación) y le dijo tranquilo, abuelo, no pasa nada, no te dolerá, antes de abrirle el cuello de oreja a oreja. El viejo ni siquiera llegó a entender lo que significaban realmente aquellas palabras. Murió desangrado como un cerdo, convulsionando mientras la sangre manaba de lo que había sido su gaznate. Sus ojos fueron quedándose fijos en algún punto del techo, hasta convertirse en los ojos de cristal de un gato disecado, inexpresivos y muertos. Viejo de mierda.
Y ahora eran ya las once y pico, y la muy zorra no contestaba. Cada

vez mostraba más reparos. Igual sería mejor acabar con ella después de este trabajo. Porque, por supuesto, Julia sabía demasiado para dejarla ir. No sería tan tonto. No. El fin de aquella relación comercial de tres años era, también, el fin de Julia. No iba a resultar difícil. Acabar con el viejo y acabar con ella.

Además, este palo prometía. Con lo que sacara, estaría mucho tiempo sin tener que trabajar. Llevaban semanas espiando al tipo: un montón de pasta, algunas obras de arte. Seguramente una caja fuerte. Casa sin alarmas. Con perros que Julia se las arreglaría para que el viejo amarrase. Viudo. Sin hijos. Sin querida. Pocos amigos. Una casa lo suficientemente apartada para sacarle la combinación de la caja a hostia limpia sin que nadie se enterase.

Luego acabaría con ella. Una puñalada. Un empujón por el acantilado. Ya improvisaría sobre la marcha.

Para cuando les encontraran, él ya habría cogido el ferry en San Blas y estaría lejos, muy lejos. Después quizá un avión. Llegar al Continente. Pillar una buena moto y a patear. Como un ángel de la muerte. Eso era él. El ángel de la muerte que llegaba en su Custom a impartir justicia divina a todos los viejos cerdos que escondían sus inmundicias bajo la torpe máscara de su respetabilidad. Como aquel camarero de mierda a quien llamaba justo ahora con un gesto de la mano para pedirle otra cerveza.

Pero, antes que nada, había que hacer el trabajo. Y, para eso, debía recibir la llamada. La llamada de Julia convertida en una hermana interesante y despistada, a quien se le había estropeado el coche y que estaba con un señor muy agradable, esperando a que él llegara a recogerla y ver lo que se podía hacer con aquel trasto de coche.

Y la llamada no acababa de llegar.

De pronto, sorprendiéndose incluso a sí mismo, Nico se levantó y avanzó hasta situarse a las puertas del bar. Permaneció allí, apoyado en el marco, observando la tormenta que anegaba el aparcamiento y la porción de carretera que se veía desde allí, la parada de guaguas que daba nombre al establecimiento, la gasolinera cercana.

Sintió en su nuca los ojos Adalberto. Seguramente había temido por un instante que se marchara sin pagar, pero se había tranquilizado al ver sobre la mesa el casco de motorista, el paquete de cigarrillos y el zippo. Con toda probabilidad, habría agachado la cabeza para comunicar en susurros sus temores a los dos parroquianos.

Tranquilo, viejo. Esta vez te salvas. No vales la pena. Lo que pasa es que no para de llover, cojones. Y, como llame ésta, voy a tener que ir hasta allá en la burra con el puto diluvio universal encima.

A lo mejor, con tanta tormenta, el tipo ni la ha visto. O la ha visto y no ha querido parar. Más le valdría.

Pero no.

Tiene que haber parado. ¿Qué tipo de esa edad se resistiría a la Julia? Bueno, ¿y si no le gustan las tías?
Anda, coño. Igual tendría que haber ido yo.
Sonriéndose, volvió a encaminarse hacia el interior. Esta vez se apoyó en la barra y pidió por señas una nueva cerveza.
Al ponerla ante él, Adalberto intentó parecer firme, pero se mostró, precisamente por eso, amedrentado al decir:
—Ahora mismo cerramos, señor.
Nico adivinó por dónde iban los tiros.
—Me tomo la arrancadilla y me voy. Pero usted me querrá cobrar ya, ¿verdad, maestro?
—Es que tengo que ir cerrando caja.
Los otros dos no les quitaban la vista de encima. Nico, que poseía un particular instinto para esas cosas, les adivinó el interés y el miedo. Sabía que hubiese podido montar un buen pollo él solo con aquellos tres vejestorios y que hubiera salido ganando. Pero, una vez más, se dijo que no era conveniente. Así que sacó la cartera y depositó un ajado billete de veinte sobre la barra.
—¿Da con esto, jefe?
—Sí, claro —respiró el viejo, aliviado—. Y sobra. 8

Una cantata de Bach a bajo volumen. Los platos ya en el fregadero y algunas migas de pan salpicando el mantel alrededor de las copas de vino que están acabando de tomar con charla y tranquilidad. La conversación es amable y trivial pero hay algo ahí, las ceremonias del cortejo asomando aquí y allá, en el rayo azul de la mirada de Julia o en una de sus manos, tendida en medio de la mesa con la palma hacia abajo, abandonada como el cuerpo narcotizado y desnudo de una doncella de novela de Kawabata que espera sobre una cama a que se vierta junto a él una senil pasión inútil.

Germán se ha dado cuenta de esa mano y de esos ojos, así como de las pecas en el nacimiento del canal de los senos que la cremallera del chándal permite intencionadamente contemplar. Quizá por eso deja pasar unos segundos antes de contestar a la pregunta que Julia acaba de hacerle.

— En principio era una casa de fin de semana. Después, cuando mi mujer se fue, decidí instalarme aquí. Sigo conservando un piso en la ciudad, pero la mayor parte del tiempo está vacío.

— Pero esto está tan incomunicado —insiste ella—. Para hacer cualquier cosa tienes que recorrerte un montón de kilómetros.

— No te creas —repone él—. La mayoría de las tareas las hago por

Internet. Hasta la compra. Y las gestiones bancarias, por ejemplo.

Ahora la mano de él está también sobre la mesa. Tiembla imperceptiblemente. Julia nota esa mano, fuerte y cálida, casi rozando la suya. Es sólo extender el dedo meñique y rozar el dorso de esa mano de hombre que espera justamente eso, el primer contacto. Pero ambos saben que es ella quien decide. Y ella ha decidido que aún no ha llegado el momento, porque, una vez llegue, no habrá más palabras, sino sólo saliva y manos y piel y jadeos, y todavía le interesa que haya unas cuantas palabras más, a partir de este punto en el que ha salido el tema de las gestiones bancarias de Germán; aunque, no obstante, sabe que también ha decidido que la llegada de ese momento es inminente. Acelerar las cosas es fácil. La receta: dos partes de aparente curiosidad femenina, tres de admiración, una de ingenuidad, y unas gotas de ignorancia tecnológica.

— ¿Y puedes manejar tu cuenta bancaria desde aquí?
—Claro.
—Pero, ¿cómo haces eso?
—Nada, muy sencillo: tienes una clave con la que puedes entrar en tu cuenta y hacer todo lo que haces desde un cajero automático: ver los saldos, ordenar transferencias y pagos...
—Sí, pero no puedes sacar metálico.
—Mujer, de vez en cuando voy al cajero y saco para unos días.
—Ya —dice simplemente Julia, asegurándose de dejar entreabierta esa boca que Germán desea cada vez más, mostrando la punta de esa lengua que él imagina haciendo delicias.
—El ordenador y el teléfono sustituyen a cualquier contacto humano. Hoy día puedes hacer todo a golpe de ratón.
—No todo —susurra ella dejando que pasen unos segundos antes de seguir hablando lenta, muy lentamente—. Hay cosas que no pueden hacerse por Internet.
Germán ha captado el tono. Ahora también él nota la inminencia del fin de la conversación, del comienzo de eso que es otra cosa y cuya proximidad le oprime el pecho y le vacía el centro del estómago.
—¿Cómo qué? —pregunta con una sonrisa que le quita diez años de encima.
—Como esto.
Julia ha hablado sin quitar los ojos de sus ojos, estirando el dedo meñique hasta tocar el dorso de la mano de Germán. Deja pasar unos segundos haciéndole caricias y comienza a ampliarlas. La mano de Julia va subiendo por el brazo extendido de Germán, asciende por el hombro y el cuello hasta la mejilla, que recorre hasta que su dedo índice llega a los labios, dibuja la curva de éstos y se introduce en la boca. 9

Ya se ha dormido. Y el otro no vuelve hasta por la mañana. Por fin tendrá un ratito para ella. Por eso va al cuarto de baño, echa sales y empieza a llenar la bañera. Nada le apetece más que un baño caliente. No se preocupa de cerrar la puerta para evitar que se empañe el espejo. El vapor comienza a llenar el aire y aquello parece una sauna cuando vuelve con el vaso de ron, que deja en la repisa. Lentamente, va quitándose la camiseta, el pantalón de deportes, el sujetador, las bragas. Observa los moratones en sus muslos y en el costado derecho. Al menos, no le ha tocado la cara, aunque sí haya alcanzado algún capón en el cogote. Cada vez está peor, más rabioso.

Prueba la temperatura del agua y mete un pie. Después el otro. Finalmente, se sumerge hasta el cuello en la bañera. Toma un sorbo de ron y vuelve a dejar el vaso en la repisa.

Silencio. Silencio roto por la lluvia, que la ayuda a encontrar ese relax que necesita como el aire.
Ni siquiera se plantea abandonarle. Sabe que no iría muy lejos. Denunciarle tampoco serviría de nada. No sería la primera ingenua que acaba en la mesa de trabajo de un forense por haberse fiado de la justicia.
Tampoco su amante sería capaz de defenderla de él. Y, además, estaba Elisa. A veces se decía que era precisamente por Elisa por quien debía hacerlo. Pero él se lo había advertido. Justamente mientras limpiaba su pistola, había dejado su cigarrillo en el cenicero y la había señalado con la baqueta, mientras ella se dolía del culatazo que le había propinado en las costillas momentos antes. Lo había dicho con serenidad, a media voz, con ese tono en el que profería las amenazas que se sabía capaz de cumplir: Si intentas alejar a Elisa de mí, primero te mato a ti, y, si hace falta, la mato a ella. De la cárcel se sale; del cementerio, no.
Así que no había manera. Las cosas seguirían como estaban: empeorando. Porque cada vez se mostraba más airado, más violento. Sólo le quedaba esperar a que el tiempo y la vejez amansaran aquel rencor sordo que llevaba por dentro. Eso y el consuelo de su amante. Aunque también quedaba lo otro, aquella solución que su amante le había propuesto. Pero ella no se consideraba capaz. Y su amante no podría. Sólo ella. Ámbito doméstico. Un domingo por la tarde. Elisa dormida o jugando con sus primas en la plaza. Sergio, con tres copas de más (porque ella se encargaría de que se las tomara en la sobremesa), limpiando sus armas a la hora de la siesta. Ella acercándose por detrás, ofreciéndole un café. Él volviéndose para espantarla y enfrentándose al cañón de la pistola nueva, que ella ha cogido con sigilo un rato antes, porque siempre es la segunda que limpia. Ella disparando un solo tiro, en el mentón y hacia arriba, como

su amante le había enseñado que debía hacer. Poniendo después el arma en aquella mano que tantas veces había sentido propinándole puñetazos en los pechos, en los riñones, en el vientre. Saliendo a la calle, pidiendo socorro, llorando. Llorando de excitación. De felicidad. Era un sueño. Se sabía incapaz. No por reparos morales, sino por simple miedo físico. La aterraban posibilidades diversas: Sergio reaccionando a tiempo, arrebatándole el arma, matándola a patadas. O ella misma, poniéndose nerviosa, errando el tiro, la bala entrando por el mentón y saliendo por el pómulo, rompiéndole sólo la mandíbula en lugar del cerebro. O la pistola, encasquillándose. Tantas cosas, tantas potenciales adversidades que ni valía la pena continuar planteándose todo aquello.
Otro sorbo de ron y volver a cerrar los ojos. Mejor dejar de soñar con el crimen. Mejor soñar con su amante. Sentir la tibieza del agua envolviendo su cuerpo dolorido, lamiendo esa piel que aún se conserva lo suficientemente tersa para despertar el deseo de su amante. Se toca la punta de los senos y nota su erección. Acaricia, entre el agua y la espuma, esa piel. La recorre con un dedo que, poco a poco, va bajando por su vientre hasta el vello del pubis, rizado y tupido. Ese mismo dedo busca en el monte el botón, antes oculto en los repliegues de la carne, ahora excitado al recordar a su amante, al recordar el deseo de su amante, en cuya lengua se convierte su dedo, rodeándolo. Piensa, sueña, con la lengua de su amante realizando el movimiento que realiza ahora su dedo, con su boca succionando la zona que aquél recorre. Y de pronto, en medio del éxtasis, su ensueño convierte esa lengua soñada en la punta del cañón de la pistola de su marido. Ese cañón, esa lengua, ese dedo que le dan la libertad.
10

Habría que aprovechar la escampada, porque dentro de un rato comenzarían de nuevo la lluvia, los rayos, los truenos, las centellas.

Lo que no paraba era el maldito viento. Por eso no podía darle más gas a la moto. Por eso y porque la carretera estaba empapada. Pero no faltaba mucho para el último tramo de subida. Cuando encontrara el coche se enteraría por fin de qué diablos estaba pasando.

Estaba claro que algo no iba como tenía que ir. Llevaba el móvil en el bolsillo interior de la cazadora, muy pegado al cuerpo y con el modo vibrador activado. En caso de que Julia llamara o enviara un mensaje, se percataría enseguida.

De nuevo habían comenzado a caer algunas gotas. Las notaba estrellarse contra el casco, empañando el cristal de la visera. Lo ideal hubiera sido acelerar para llegar a Roque del Malo antes de que

volviese a caerle encima la del pulpo. No obstante, acelerar con aquel viento y aquella carretera mojada que ahora era todo curvas le pareció, sencillamente, temerario. En otras circunstancias, unos años antes, se hubiese arriesgado. Pero ya iba para los treinta y seis, y dos largas convalecencias tras accidentes de moto le habían templado los ánimos.

De repente, tras una curva, adivinó la silueta del Renault. Aminoró la marcha, porque no estaba seguro de que no pudiera oírse el motor desde la casa del viejo y, en unos segundos, paró junto al coche. Arrimó la moto a la cuneta y cruzó hasta el otro lado de la carretera para inspeccionarlo. Al quitarse el casco, notó que la llovizna se había convertido en una lenta sucesión de goterones en pausada aceleración. Formando una escafandra con sus manos, logró atisbar el interior: ni rastro de Julia ni de su bolso. El chaleco reflectante estaba hecho un ovillo sobre el asiento del conductor.

Todo indicaba que el viejo la había recogido. Se volvió y miró a lo alto del roque. Efectivamente, allá estaba la casa, con las luces encendidas.

Y en su interior, con toda seguridad, Julia, flirteando con el viejo. Quizá follándoselo. En el fondo le daba igual. Sabía que Julia iba a durar menos que un talib en un cuatro de julio. Eso había acabado de decidirlo por el camino. Pero, cuando llegara el momento de abrirle el gaznate como a una cerda, o de arrojarla hacia aquel abismo que se abría ahora tras él, no estaría de más esgrimir un motivo razonable para ello. Julia era una profesional del sentimiento de culpabilidad, así que no estaría mal del todo que se marchara de este mundo pensando que ella misma tenía la culpa de lo que le ocurría.

Decidió, sin embargo, que se presentaría en la casa y que jugaría un rato al hermano preocupado, antes de meterle tres puñaladas al viejo y ver lo que hacía con aquel putón.

Total, era viernes; la noche adecuada para divertirse un poco.

11

Julia, sentada al borde de la cama, fumando el cigarrillo mientras pensaba si había llegado, o no, el momento, le escuchó canturrear algo que se parecía a un tango, porque decía Cruel en el cartel, la propaganda manda cruel en el cartel.

Se lo oyó pronunciar con voz impostada y acento que intentaba ser

argentino. Ella no cantaba en la ducha. Lo hacía años antes. En esa época cantaba coplas, boleros, baladas italianas, siempre cosas sobre amores perdidos, cantineras que recuerdan a marineros tatuados, gitanas que sufren dulces torturas de pasión y muerte. Pero ya no lo hacía. Y ahora, al escuchar a Germán cantando Luego la verdad, que es restregarse con arena el paladar, recordó esa costumbre que no sabe cuándo perdió. Él no cantaba bien, no ponía las notas en su sitio ni respetaba las pausas, Ahogarse y no poder gritar. Sin embargo, poseía una voz hermosa y viril, amplificada por los alicatados, apropiada para esa fruición del despecho y para decir Cruel en el cartel, te ríes, corazón, dan ganas de balearse en un rincón.

Acabó el cigarrillo. Recogió del suelo el chándal y volvió a ponérselo. Después recogió también el preservativo usado, tirado junto a la mesilla de noche y entró en el baño para arrojarlo a la papelera. Escuchó más de cerca a Germán, que no se había percatado de su cercanía y continuaba diciendo Ya da la noche a la cancel su piel de hoguera, al tiempo que ella se sentaba sobre la tapa del retrete, procurando no hacer ruido y se limitaba a escucharle que Ya moja el aire su pincel y hace con él la primavera, justo cuando él cerraba el grifo, abría la mampara para coger la toalla y se enfrentaba a ella, entre el vapor del agua y continuaba cantando pero sonriendo Pero qué, si están tus cosas pero tú no estás, y se aplicaba a la tarea de secarse con gestos teatralmente exagerados de amante en barbecho, ella devolviéndole la sonrisa Porque eres algo para todos ya, con tu perfume de vidriera, sus ojos bajando ahora para observar con obscena parsimonia el cuerpo que acababa de poseerla, ese cuerpo con algo de tripa mas aún vigoroso, con esa extraña belleza que la madurez es capaz de otorgar, Luché a tu lado, para ti, por Dios y te perdí. Sol Do.

—Es bonita —dijo Julia.

Germán se miró a la entrepierna, el lugar donde ella tenía puesta la mirada en el momento de hablar.
—¿A qué te refieres?
Ella se rió. Le parecía hermosa cuando se reía. Se le hacían unos hoyitos enmarcándole la boca, como en aquella canción de Machín.
—Ella también... Pero no. Me refiero a la canción. Es bonita.
—Ah, es un tango. *Affiche*, se llama. Lo cantaba Susana Rinaldi, creo.
—Triste.
—Como todos los tangos —añadió Germán poniéndose el albornoz azul y saliendo.
Quedó situado ante ella y algo como un acceso de ternura les invadió a ambos. Germán apretó la cabeza de Julia contra sí. Ella abrazó las

caderas de él, sintió en su cara su sexo ahora flácido pero cálido, las manos recias posándose en sus hombros. Entonces él se agachó y besó la melena de cabellos rizados, dejando su boca contra ella unos segundos.
—Igual es hora ya de que llames a tu hermano. No quiero que se presente aquí la Guardia Civil buscándote.
Julia asintió. Él no pudo verla, porque salía ya del cuarto de baño y se encaminaba al dormitorio para vestirse. Se quedó allí sentada, pensando unos segundos, permitiéndose fantasear un poco con la posibilidad de quedarse con él para siempre. Una soberana estupidez. Sabía perfectamente que esos momentos de dulzura son como la felicidad, duran lo que dura un estornudo, un golpe de tos, la cresta de un orgasmo, un salivazo.
Lo que pasa es que no te gusta tu vida y te abrazas a un clavo ardiendo. Pero no te importaría quemarte con este clavo. Es más: te va a pesar mucho acabar con este clavo, engañarle, hacer con él lo que has hecho con los otros. Porque aunque andes muy necesitada, sabes que éste es algo especial de verdad. Te han bastado un par de horas para averiguarlo. En otras circunstancias no serías capaz de hacer lo que estás haciendo ahora, de ir al despacho y marcar el número de Nico mientras miras alrededor y observas ese conmutador, algo disimulado pero no tanto, que hay detrás del armero y que, seguramente, es la caja fuerte, cuya combinación Nico (y tú, no te engañes, porque colaborarás en todo lo necesario) le sacará como haga falta.
12

Iba a montar en la moto cuando notó la vibración. Le costó no poco esfuerzo coger el móvil, pero, incluso sin testigos, Nico se negaba a parecer ridículo, así que hizo todo lo posible para quitarse el guante de la mano derecha y el casco, abrir las dos cremalleras de la cazadora y alcanzar el teléfono con el menor número de movimientos superfluos posible. De cualquier forma no lo consiguió. Era un teléfono fijo. Así que por fin asomaba el hocico aquella gran puta.

— ¿Qué coño pasa?
—Nico —dijo ella con aire de candidez, expuesta, seguramente, a los oídos del viejo—. Nico, menos mal. No sabes lo que me ha pasado.
—No, pero sí que sé lo que te va a pasar. ¿Dónde coño estás? ¿En la casa?
—Estoy en una casa hacia el norte del pueblo. En un sitio que se llama... —la escuchó apartarse del auricular, preguntar en dirección a un espacio más grande, como una cueva, tal vez un salón, el cuarto de baño— ¿Cómo dice usted que se llama esta zona?
Nico escuchó, lejos, la voz de hombre, diciendo algo que se hacía

ininteligible.
—Roque del Malo, se llama —repitió ella lo que le habían soplado—. El coche me dejó tirada al pie de una colina. ¿Puedes venir a por mí?
—Claro, claro que voy a ir a por ti, cariño —amenazó Nico a media voz.
—¿Dónde estás tú? —preguntó Julia, sin dejar de aparentar ser la ingenua hermana despistada.
—¿Que dónde estoy yo? Estoy justo al lado del puto coche. En un momento estoy ahí.
Escuchó el denso silencio que se hizo al otro lado de la línea. Casi pudo oír el chisporroteo de las miles de millones de sinapsis que se establecieron entre las neuronas de Julia. Finalmente, la escuchó decir:
—Ah, ¿unos veinte minutos? Vale, te espero. Ten cuidado con la carretera.
—Hija de puta, no me hagas esto. Está empezando a llover otra vez. ¿Qué es lo que pasa?
—¿Y Nuria no está?
Nico conocía la señal. Quería decir "No vengas todavía, porque tengo que averiguar algo más".
—¿Qué es? —preguntó— ¿No has localizado el parné?
—Hombre, puede que todavía no esté segura, pero, si esperas el tiempo suficiente, ya verás cómo la vas a tener en el bote.
Eso quería decir que para que la cosa saliera redonda tenía que sonsacarle algo más al viejo. Esa misma clave les había hecho conseguir un dinerillo extra en otras ocasiones. Aunque, dadas las presentes circunstancias, Nico se preguntó si no estaría intentando hacerle luz de gas.
—Vale, voy a esperar. Pero mejor será que valga la pena. ¿Qué es? ¿Que tiene caja de seguridad?
—Sí, seguro, ya verás —respondió—. Bueno, hasta luego. Ten cuidado, hermanito. No corras.
Cuando se guardó el teléfono móvil la lluvia arreciaba de nuevo. Un relámpago iluminó el cielo y se sintió estúpido por estar allí, al pie del roque, a la intemperie, esperando no sabía bien qué. No le quedaba otra opción que guarecerse dentro del coche. Pero no tenía las llaves. Así que sacó del maletero de la moto una pequeña regla de acero inoxidable y se aplicó a la tarea de hacer saltar el seguro de la portezuela del Renault. Tardó aproximadamente minuto y medio.
Una vez en el interior, encendió un cigarrillo y volvió a cagarse en la estampa de Julia. Definitivamente, lo que había entre ellos se acababa. Últimamente había desarrollado una habilidad inédita para sacarle de sus casillas. Y ya no era tan útil. Antes bien, estaba representando un estorbo. De no haber estado ella de por medio, hubiera sido fácil

ponerle el cuchillo al viejo en el pescuezo y obligarle a soltar hasta el último céntimo. Ahora llevaban ya más de dos horas de retraso, y además todavía tenían sus cosas en la pensión del pueblo, donde Julia se había empeñado en que tomasen un cuarto. Evidentemente, dejaría todo allí, una vez que se hubiera deshecho de ella. Aunque ya les hubiese visto la jeta a mediodía, cuando se inscribieron, no convenía refrescarle la memoria a la dueña para el momento en que fuesen a interrogarla después de encontrar el cadáver de ella, quizá junto al viejo, quizá al fondo del acantilado.

Pero primero, lo primero. Y lo primero era esperar unos veinte minutos (ya sólo un cuarto de hora) antes de subir a la casa, representar durante un rato la comedia del hermano mayor y esperar el momento adecuado para saltar sobre el viejo, desvalijarle y meterle un par de puñaladas.

Colgó el auricular y afinó el oído, pero no sintió venir a Germán. Quizá andaba en el dormitorio, acabando de vestirse. O en la cocina, fregando. Así que aprovechó para acercarse al armero. Era un mueble alto, de estructura de acebuche y puertas de cristal en la parte superior, mostrando una Beretta de trombón y una Iberia de cañones paralelos. En la inferior, cinco cajones que debían contener baquetas, estuches, munición, cananas. Cristal. Sin tapa trasera. Y, efectivamente, detrás de los soportes de las escopetas, asomando por entre uno de los bastidores que le servían de armazón, había una placa de apariencia plomiza, con un conmutador y un teclado numérico. Así que Germán tenía una caja fuerte de combinación electrónica. Nico acabaría averiguándola. Igual que averiguaría las contraseñas para quizá hacer una transacción importante. Aunque eso sería peligroso, porque dejaría rastro. Bueno, lo pensarían. Si era realmente importante, valdría la pena, porque daría para fabricarles nuevas identidades. Si no, sería mejor conformarse con lo que hubiera en la caja, más lo que pudieran arañar de la casa: el equipo de música, el ordenador, aquella misma escultura, que algo debía valer.

Volvió al dormitorio y acabó de vestirse. Ahora volvía a oírle canturrear, esta vez en la cocina, y, efectivamente, el canturreo se mezclaba con el sonido de la loza en el fregadero y el del grifo abierto. No le iba a gustar hacerle la faena. Germán le caía bien y la había satisfecho en la cama. Era dulce y experimentado. Pero no había nada que hacer. Nico estaba a punto de llegar. Él siempre salía ganando. Y ella había aprendido a estar del lado del ganador. Esperó hasta que ella hubo cortado para colgar a su vez el supletorio de la cocina. Se hizo una rápida composición de lugar. Primero, porque leía la prensa y sabía que no andaban lejos ésos (no se sabía exactamente quiénes) que se habían dedicado a robar y asesinar a maduros viudos o divorciados de buena posición. Segundo, porque no era tonto del todo

y le parecía demasiada casualidad aquella mujer atractiva con el coche estropeado en una noche de tormenta, tan cerca de su casa, tan lejos de cualquier otro sitio, tan dispuesta a flirtear y, finalmente, acostarse con él.
Julia era jugosa y apetecible. Le gustaba. Convenientemente adiestrada, le proporcionaría todo lo que necesitase de ella. Era sólo cuestión de acostumbrarla, de ponerla en su sitio, de que ella se habituase al nuevo lugar que ocuparía en el mundo.
Todo eso, por supuesto, tras eliminar al supuesto hermano. O los supuestos hermanos, porque siempre había que contar con la posibilidad de que fueran varios quienes habían de venir a asaltarle. No obstante, no tenía miedo. Él era superior a todos. No sólo físicamente. No sólo en inteligencia. Era superior en un muy otro y más alto sentido. Por eso podía mirar desde arriba al resto de los seres humanos, como si de un teatro de títeres cuyos hilos él manejaba se tratase. Eran sombras. Únicamente sombras, simulacros de individuos, que se plegaban al azar o al destino, como pobres ratas asustadas, sin saber que los dioses han muerto, que sólo en la trascendencia podrían convertirse en artífices de sí mismos. Él, sólo él se comportaba como un verdadero individuo, un verdadero hombre completamente dueño de sus actos y aun de los ajenos. Había descendido al infierno por propia voluntad y había ascendido, se había situado en otro estadio, tan elevado con respecto al de ellos, los otros, que a veces tenía incluso que agacharse para poder distinguirles del suelo.
No va a ser complicado, se dijo mientras iba a la cocina y comenzaba a fregar los platos. Ella habría registrado ya el despacho, olisqueado los lugares donde pudiese haber dinero o algo de valor. Seguramente, se las prometía muy felices, sin saber lo que se le venía encima. Y él la dejaba, como el gato permite huir a la cucaracha sólo para cerrarle la retirada y atraerla nuevamente hacia sí cuando ésta ya se cree en libertad.
No sería como la otra vez, porque ella no era inocente. En realidad, era cualquier cosa menos inocente. Pero aprendería. Vaya si aprendería que su sitio estaba allí, junto a él. O a su merced. Cuando se diese cuenta de que era él quien mandaba y que no había forma humana de sustraerse a ese hecho; cuando lo aceptase, no le iría tan mal. Y si no se daba cuenta, si no lo aceptaba, peor para ella. Porque sí era innegable que permanecería allí junto a él. Para siempre. 15

En la televisión, una agente del FBI con poderes extrasensoriales intentaba dar con el paradero de una niña raptada por un psicópata sin que nadie le prestara la más mínima atención. Estrella pasó ante las máquinas tragaperras, solas y aburridas a la entrada del local. Cuando Casañas entró, unos segundos más tarde, se enfrentó al

invariable matiz de reproche que siempre reconocía en la mirada de Adalberto. Tal vez le guardaba aún rencor por lo de su perro, o, sencillamente, él mismo proyectaba su propio sentimiento de culpa en el dueño del bar La Parada (Tapas Caseras), que le saludó con su habitual Buenas noches, buena gente. Manolo y Segis se volvieron hacia la entrada y saludaron a su vez. Estrella había ido directamente al baño, saludando con la mano. Él, en cambio, se sentó a la barra y preguntó a los dos clientes si habían estado de cacería.

— Qué va —se quejó Manolo señalando con el pulgar a su compañero—. A lo mejor el domingo. Éste trabajó hoy. Y a Adalberto no lo separas del jodido bar ni con agua caliente.

— A ver —protestó Adalberto mientras hacía los habituales carajillos de Estrella y Casañas—. La cosa está floja floja floja. O le echamos horas o comemos mierda. De todas formas, si hubiéramos ido hoy, estaríamos enchumbados.

— Bueno, la temporada está empezando —opinó Segis—. Si algo sobra, son conejos.
—Eso no. Conejos de sobra nunca hay —dijo Casañas con una sonrisa lasciva y burlona, para acentuar el doble sentido.
La carcajada de los otros comenzaba a extinguirse cuando Estrella volvió del baño y se situó junto a Casañas.
—¿De qué hablaban?
—De conejos —respondió Casañas, provocando una risita ahogada en Segis y Manolo.
—¿De los que corren?
—Más o menos.
Volvió a hacerse el silencio, aprovechado por Adalberto para ir a la entrada, apagar el neón y entornar la puerta.
—Oye, se habrán cruzado con el de la moto, ¿no? —preguntó al situarse de nuevo tras la barra.
Estrella y Casañas se miraron.
—¿Con cuál de la moto? —preguntó ella.
—Un tipo, de ésos que van con chaqueta de cuero y tupé. Llevaba una moto grande.
—De por aquí no era, seguro —dijo Manolo.
—Debe de ser de San Blas. O de la ciudad —especuló Segis.
—Pues no —dijo Casañas.
—Estuvo aquí un par de horas. Al final, ya me tenía nervioso y todo. Un tío muy raro.
—Sí. No parecía trigo limpio —informó Segis.
—Más sospechoso que un gitano haciendo *footing* —concluyó Manolo.
Adalberto señaló a la mesa que Nico había ocupado.

—Ahí, ahí sentado todo el rato, pidiendo cerveza a cada momento y mirando la caja de reojo. Parecía como si estuviera esperando a alguien, pero a mí me da que me estaba cogiendo la matrícula.
Los dos municipales se preguntaron hasta qué punto tenía importancia lo que decían los otros. Podía ser sólo alguien de paso, o un motero de excursión a quien la lluvia había sorprendido en ruta y había parado a esperar la escampada. En San Expósito, ya se sabía, bastaba con no haber nacido allí para atraer todas las miradas. En todo caso, Casañas tomó nota mental: un tipo (presumiblemente joven), con chaqueta de cuero y tupé, conduciendo una moto de gran cilindrada. Solo. Forastero.
Se había hecho un silencio, roto sólo por la agente vidente del FBI, que ya casi tenía a la niña, algo magullada pero sana, en los brazos. Adalberto, tras desconectar la cafetera, cogió el mando a distancia y apagó el televisor, justo antes de ponerse a barrer.
—¿Entonces, qué? —espetó Segis a Casañas.
—¿Qué de qué? —inquirió el otro.
—¿Te vienes el domingo de cacería? —aclaró Manolo, quien sí parecía haberse enterado del sentido de la pregunta.
—Ah, eso... —antes de responder, interrogó con la mirada a Estrella, que hizo un mohín— Pues va a ser que no —dijo al fin—. Me toca cuidar de la cría para que la Marta salga un rato por ahí.
—Joder con la liberación de la mujer —comentó Adalberto desde la entrada a los baños.
—¿Qué liberación? —preguntó Estrella, picada. 16

La lluvia y el viento se habían desatado con renovada furia. Los pantalones aún conservaban algo de humedad en la zona de la entrepierna, pero la camiseta se había secado casi por completo.

Sentada en el sofá, Julia terminaba de calzarse los tenis cuando los perros comenzaron a ladrarle a la motocicleta que frenaba ante la tapia. Antes de que ella se levantase, Germán había salido ya al patio delantero con el anorak puesto.

— Quédate ahí tranquila —le oyó decir antes de cerrar tras de sí.
Desde la ventana, Julia vio a Germán abrir la cancela, presentarse y estrechar la mano de Nico, señalarle el garaje y conducirle hasta éste, donde introdujeron la moto antes de ir hacia la vivienda.
Primero entró Nico, con sus andares chulescos, sin secarse los pies en el felpudo, despojándose del casco y arreglándose el tupé; después Germán, quitándose el anorak y sacudiéndolo en el porche antes de colgarlo del perchero y cerrar la puerta.
Mientras se despojaba de la cazadora y se la entregaba, con los guantes y el casco, al anfitrión, Nico clavó su mirada en Julia. Esa

mirada que decía Te lo has follado. Sé que te lo has follado, so golfa. No intentes negármelo, porque con el hijo de mi madre no se queda nadie. Me estás queriendo hacer la cama, pero todavía no ha nacido la guarra que me engañe a mí.
Fue Germán quien rompió el mudo monólogo:
—Siéntate, hombre. Como en tu casa. Voy a ponerte un vinito, que tienes que estar congelado.
—Pues la verdad es que sí —aceptó Nico sentándose en el sofá sin quitarle los ojos de encima a Julia. Ésta se sentó frente a él—. Espero que haya valido la pena —le dijo en un duro susurro en cuanto Germán se fue a la cocina.
—La valdrá. Confía en mí —respondió ella.
Nico la miró de reojo. Nada más que eso me faltaba, pensó.
—Bueno, cuando traiga el vino tú lo haces mirar hacia allá —se apresuró a explicar, señalando hacia la televisión—, así yo le doy la sorpresita desde atrás.
—Está fuerte, Nico. ¿Y si se resiste?
Nico sacó su navaja automática y se la mostró sin accionar el resorte, rápidamente, y volvió a guardarla.
—Cuando tenga al fabricante de viudas en los riñones, ya verás como se relaja. Los perros están bien amarrados, ¿verdad?
Hablaban con celeridad y en voz muy baja, intentando atar todos los cabos antes del regreso de Germán.
—Sí. Eso creo. Los metió en la perrera —Julia recordó la debilidad de Nico por los perros.
—Mejor que estén amarrados. No me gustaría tener que hacerles nada. Son dos bichos cojonudos.
—La perra está preñada —le informó Julia indolentemente.
Jamás supo con exactitud por qué había añadido aquel dato. Quizá, en el fondo, sentía un último e inexplicable deseo de apelar a la piedad de Nico, a ese sentimiento de empatía, de compasión que ella sabía imposible en él.
—Estuve viendo el coche —dijo él en voz alta, para que Germán le oyera desde la cocina—. Lo mejor va a ser que esperemos a que pare la lluvia y bajes conmigo en la moto. Ya mañana veremos lo que hacemos.
—¿Trajiste el otro casco?
—Está en la cesta de la moto.
Germán volvió con una bandeja sobre la que había una botella de vino ya abierta y tres copas. La puso sobre la mesa de centro y sirvió, sonriente.
—Bueno, si no para de llover, pueden quedarse el tiempo que quieran —dijo, dando cuenta de que les había oído.
—No queremos molestarte más —comentó Julia—. Bastante has

hecho.
—Ninguna molestia. Ningún problema, de verdad. Recibo tan pocas visitas... La señora que me hace la limpieza general, cada quince días; el cartero, un par de veces por semana; y el cabo Casañas.
Una sombra de alarma cruzó por el rostro de Julia. Nico, en cambio, conservó la sangre fría.
—¿Hay algún cuartel por aquí?
Germán tardó unos segundos en comprender la pregunta.
—Ah, no, hombre. Es el jefe de la policía local. Vamos juntos de cacería, o a pegar unos tiros. ¿Eres aficionado a la caza?
—No —respondió Nico—. No he ido nunca de cacería. Prefiero la pesca.
—A pescar voy también, de vez en cuando. Pero, ahora mismo, es temporada de conejos.
Nadie había probado aún el vino. Germán se disponía a alzar la copa y proponer un brindis cuando Julia pareció acordarse de algo.
—Oye, Germán, ¿por qué no pones la música que pusimos antes, para que la oiga Nico?
Extrañado, el anfitrión preguntó si se refería a Satie.
—Sí, eso, Satie. Quiero que la oiga.
Germán se volvió hacia el aparato de música, resignado a hacer el capricho a su invitada. Es ahora, pensó. Es ahora cuando van a intentarlo. Pero no les va a resultar fácil, añadió en su mente mientras sentía a su espalda a Nico levantándose lo más sigilosamente posible y acercándose. Decidió darle una oportunidad y continuó inclinado sobre el aparato, fingiendo que comprobaba si era el disco deseado el que estaba dentro. Escuchó el sonido de la mano que se introduce en el bolsillo, que saca algo, que acciona un resorte metálico y supo que había llegado el momento de comenzar a defenderse. Un simple codazo hacia atrás y volverse de golpe sería un buen comienzo. El otro era joven y fuerte. Pero no tanto.
Nico estaba ya detrás de él. Aferrarlo por el cuello, ponerle la navaja justo en los riñones, presionar lo bastante para que la notase contra su piel, quizá para hacerle un pequeño rasguño, pero no lo suficiente para producirle heridas de gravedad hasta que no supiesen dónde estaba exactamente todo el botín.
Julia oliendo el peligro, oliendo como tantas otras veces su propio miedo, viendo a Nico preparado para comenzar lo que él llamaba el trabajo, disponiéndose ella misma para levantarse rápidamente y ayudarle a sujetar a Germán en caso necesario, porque sabía, finalmente, de qué lado estaba, sabía que las ilusiones son las ilusiones, el sexo es el sexo y la pasión es la pasión, pero la verdad es la verdad, única, inmutable, idéntica a sí misma como la estrella de la tarde a la estrella de la mañana.

Nico, Germán y Julia a un instante de desencadenar el horror, la violencia, la infamia.
Y entonces, justamente entonces, un lastimero quejido rasgó la noche, horadó la oscuridad por entre la lluvia y los truenos. El terrible chirrido, pareentre la lluvia y los truenos. El terrible chirrido, parecido al de los goznes oxidados de una puerta que nunca acaba de cerrarse, que lo dejó todo suspendido durante un segundo. Después, un gemido más breve, que dio paso a una serie interminable y espeluznante de nuevos chillidos, mezclados con los aullidos y ladridos intercalados de Homero.
Julia sintió el repentino escalofrío romperle en dos la espalda. Nico, al notar que Germán alzaba la cabeza en dirección a la entrada escondió rápidamente su fabricante de viudas, sin ni siquiera retraer la hoja, en el bolsillo posterior de sus vaqueros. Germán, olvidando cualquier propósito de defensa, murmuró solamente: Safo.
—¿Qué es? —preguntó Nico.
Germán se volvió hacia él y le miró de arriba abajo. Lo lógico hubiese sido preguntarle qué hacía allí, en pie, tan cerca, tan detrás de él. Pero obvió la pregunta. Se la haría más tarde, si había oportunidad. Aunque no estaba muy seguro de si le dejaría vivir lo suficiente para preguntarle algo a lo cual él tenía la respuesta.
—Safo, mi perra. Está a punto de parir.
—Pues algo debe ir mal.
—Eso pienso yo —dijo Germán encaminándose al perchero y poniéndose el anorak. Antes de salir, lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos en dirección al despacho.
—Mejor voy a llamar al veterinario, para que me diga cómo...
Las miradas de Nico y de Julia se cruzaron mientras esto ocurría. Finalmente, él se encogió de hombros, con el clásico gesto de Qué se la va a hacer, antes de decir:
—No hace falta. Ya miro yo. Seguro que una de las crías le viene atravesada.
—¿Tú? —preguntó el otro desde la puerta del despacho.
—Fui criador. Sé todo lo que hay que saber sobre perros —añadió yendo hacia la puerta y cogiendo, a su vez, la cazadora—. Vas a tener que ponerles el bozal, porque no me conocen.
Los dos hombres salieron y volvieron a cerrar la puerta. De nuevo Julia se asomó a la ventana y les observó. Cuando llegaron ante la perrera, Germán entró primero y se demoró un minuto en ponerles el bozal: primero a Homero, luego, con algo más de dificultad, a Safo, que era un bulto maltrecho y oscuro sobre su manta. Después entró Nico y se agachó ante la pobre bestia, que no dejaba de quejarse.
Julia volvió al sofá, tomó el mando a distancia del equipo y accionó el play. Quizá Satie y el vino lograran mitigar un poco la ineluctable

acritud de aquella pesadilla.
17

Tú eres bueno y eres lindo. Mare te lo dijo. El más bueno y el más lindo. Pero te tienes que portar bien, mi niño chico, lindo. También te lo dijo Mare hace un rato, cuando volviste. Llamó a Casañas y le dijo que no volvería a pasar, que a veces es difícil controlarte. Que te había dicho que no volvieras tarde.

¿Realmente te lo dijo? A lo mejor sí, pero como se te olvidan las cosas. Ahora que no hay colegio, Mare no sabe qué va a hacer contigo todo el verano. Eso fue lo que le dijo a Petra por teléfono. También le preguntó si iba a venir, pero Petra está muy ocupada. Desde que se fue a la ciudad, Petra viene cada vez menos. Tiene que trabajar y cuidar del niño chico. Eso fue lo que Mare te explicó. Luego tú le dijiste que por qué no podías tú ir a ver a Petra y ella te dijo que por lo mismo, porque Petra estaba muy ocupada y no te podía cuidar. Entonces tú le dijiste que por qué no venía ella también y ella te dijo que porque no podía, porque tenía que cuidar de la pensión, pero tú sabes que es mentira, porque en la pensión ahora no hay tanto trabajo y la Charo puede encargarse. Ahora mismo sólo está el señor que vende cosas, el que viene cada dos semanas y te regala bolígrafos. También está la pareja que llegó ayer, el hombre de la moto y la señorita guapa que te sonrió cuando te vio en la escalera. Bueno, primero se asustó un poco, pero después te sonrió.
A ti te da un poco de miedo el hombre de la moto, que se parece a uno que viste por la tele, que es muy alto y canta.
La señorita guapa tiene las tetas redondas y seguro que están duras y bonitas. Deben tener la piel suave y estar firmes. Como piedras. Las tetas de la Charo son más grandes, pero están blandas, como si fueran globos en los que se mete agua. Cuando te deja que se las toques, diciéndote siempre eso de Esto es entre nosotros, si lo cuentas, Dios te va a castigar, se queda un momento suspirando, con los ojos cerrados y luego se echa a reír. La Charo es buena contigo y te hace bizcochones y, a veces, cuando está de buen humor, te acaricia y te hace cosas ahí, y te deja que le toques las tetas y se toca ella también entre los muslos. Después te dice siempre eso de que no lo cuentes porque si lo cuentas Dios te castiga y sigue cocinando después de limpiarte con servilletas eso que te sale de ahí.
La policía también debe tener las tetas grandes y flojas, como las de la Charo, porque se le notan en la camisa celeste del uniforme. Pero a la policía no le caes bien. Te mira siempre de reojo o se ríe de ti.
Casañas no. Casañas no es malo contigo. Bueno, a veces se enfada, pero cuando te lo encuentras de día te dice ¿Qué, Benito, de paseo? y te da una palmada en el hombro y te pica el ojo. Lo que pasa es que le

da miedo que te pase algo bobo. Como a Mare y a la Petra y a la Charo: a todos les da miedo que te pase algo malo. Pero tú no eres tonto. Eres un poco lento y se te olvidan las cosas, pero no eres bobo y te sabes cuidar solito.
¿Y si tú te quieres ir de paseo, quién se va a enterar? Mare ya está acostada. Y la Charo también. El señor que vende cosas se acostó a la misma hora que Mare. Tú puedes salir por la parte de atrás. Mare no te va a oír abrir la puerta, con la lluvia que está cayendo.
Te gusta caminar bajo la lluvia y pisar el barro con las botas de agua. El agua te resbala por todo el cuerpo y se junta abajo con la tierra y se lleva todo. Es como si te lloviera por dentro de la cabeza.
Y cuando hace bueno también te gusta caminar. Te lo recorres todo: de Las Salinas al Roque del Malo, de la gasolinera a la casa de Sabas. Una vez hasta llegaste a San Blas, que fue cuando Mare y Casañas se enfadaron tanto porque te estuvieron buscando toda la tarde y Casañas fue con Petra a buscarte y te trajeron en el coche de policía y Mare te gritó mucho. Para que luego digan que se te olvidan las cosas.
Pero ahora Petra ya no está para ir a recogerte. A lo mejor si te vas muy lejos muy lejos muy lejos, Petra viene a San Expósito para ir a recogerte adonde sea y luego se queda, y así no tiene que cuidar tanto del niño chico, que bonito es, pero que suelta baba y huele a leche cortada y a cagado.
O a lo mejor no, pero a lo mejor sí viene, aunque venga con el niño chico. A ti no te importa aguantarle la baba y la peste al niño chico, si así Petra viene y se queda otra vez aquí.
Una vez le viste las tetas a Petra en la ducha. Las tenía pequeñas, pero eran bonitas. Bonitas y pequeñas. Como ella.
Tú la echas de menos. El domingo pasado te dijo lo que te dice siempre, justo antes de colgar el teléfono, que ella no puede venir porque tiene que trabajar para poder ganar dinero, pero que te cuides mucho, que no camines tanto, que le hagas caso a Mare, que te portes bien. Tú le dijiste que sí a todo, pero lo que en realidad querías era decirle que viniera y se quedara, aunque sólo fuera una noche, aunque tuviera que traer al niño chico. Pero no te dio tiempo. Nunca te da. No es que seas bobo, pero sí eres un poco lento, y se te olvidan las cosas. Por eso te olvidas siempre de decírselo, de decirle que la echas de menos, que venga, que a veces te acuerdas de ella y te dan ganas de llorar.
18

— Es una buena camada —dijo Nico al volver a la casa. Se dirigió directamente al cuarto de baño, en cuya dirección Germán le señalaba, para lavarse las manos.

De pronto, se paró en medio del salón al ver a Julia, tumbada en el

sofá, durmiendo a pierna suelta.
—La pobre se ha quedado roque —observó el anfitrión que volvía a colgar el anorak en el perchero.
Nico, por su parte, no daba crédito a sus ojos. Aquella imbécil no podría haber escogido peor momento para echarse la siesta.
—Debía estar derrotada —prosiguió Germán—. De hecho, tú también tienes que estar hecho polvo. Si quieren, se pueden quedar a dormir en el cuarto de invitados.
—No sé, ya veremos —contestó el otro, repentinamente serio, yendo al cuarto de baño.
En cuanto abandonó el salón, Germán cogió su copa de vino. Luego sustituyó el disco de Satie por el *Stabat Mater* de Vivaldi. Lo puso a bajo, muy bajo volumen. Se sentó en uno de los divanes, tomó un sorbo y contempló a Julia. Estaba boca arriba, con un brazo apoyado en el respaldo y otro colgando hacia fuera. Su respiración algo más pesada de lo normal, indicaba la artificialidad, la inducción del reposo. Sonreía levemente, como si alas de hadas o ángeles rozaran sus mejillas en el ensueño. Germán amó decididamente aquel rostro que ahora sabía suyo. La mera belleza no tiene utilidad alguna. Es inútil. Tiene su objeto sólo en sí misma. Por eso siempre supone un lujo la posesión de un objeto de pura conmoción estética.
Nico regresó y tomó asiento frente a él, en el otro sofá. No sabía qué hacer. No necesitaba a Julia para hacer lo que debía, pero estaba cansado y algo desorientado, por lo cual esperaría a que despertase o la despertaría él mismo. Aunque antes se tomaría un vino. Se lo había ganado.
—El que venía mal colocado está muy debilucho —dijo Germán.
Habían dejado a la extenuada Safo tumbada, amamantando a su camada. Homero, tendido al otro extremo de la perrera la miraba con curiosidad, con una pizca de asombro en sus ojillos tristes.
Nico alzó la copa hacia él y la vació de un trago antes de contestar.
—Sobrevivirá. Sobrevivirán todos.
—Hiciste un buen trabajo —dijo Germán inclinándose para volver a servirle.
Nico asintió con satisfacción.
—Cuando los destete, te doy un telefonazo y eliges el que quieras. Para ti.
—Gracias —contestó Nico. Por dentro sonreía, pensando en lo ridículo que era que Germán no sospechara que ya no le pertenecían. No sabía que nada, absolutamente nada de lo que había bajo aquel techo era ya suyo sino de él.
Bebieron esta segunda copa en silencio, escuchando aquella música que a Germán le parecía celestial y, a Nico, detestable.
Él se decía que había que acabar ya con la comedia, que debía

comenzar a actuar. Pero estaba tan cansado y el sillón era tan confortable; Julia dormía tan a pierna suelta y el viejo era tan amable, sirviéndole vino y más vino, ahí, frente a él, sonriéndole melifluamente, tan expectante y solícito. Comenzó a sentir sueño y una especie de náusea. Decidió no beber más. Demasiado vino. Demasiadas cervezas.

Entonces fue cuando Germán comenzó a hablar, pausada y serenamente, pero sin abandonar su sonrisa ni sus gestos agradables, que se convirtieron ahora en motivo de escalofrío.

—Hay una caja fuerte detrás del armero —dijo de pronto Germán—. Dentro hay un rolex de oro y doce mil euros en billetes de quinientos. Luego el resguardo de unos bonos del Estado. Algunos documentos, contratos, etc. Lo importante es el dinero y el reloj. La combinación es 20-08-71. Los cuadros no valen un carajo, pero la escultura que hay en el despacho podría tener algo de valor. Es un Plácido Fleitas, lo que a ti no te dice nada porque eres un bruto de mierda. Te digo esto sólo para que te des cuenta de todo lo que habrías podido tener y ahora ya no tendrás.

Nico tardó unos segundos en captar el, para él, terrible sentido de aquella última frase.

—¿Has hecho algo con ella? —se escuchó, sorprendido, preguntar.

—¿Con quién? ¿Con Julia? Por supuesto —dijo Germán—. Claro que sí. Me la follé. Bueno, o, más bien, me folló ella a mí —hizo una pausa teatral para tomar cuenta del efecto de sus palabras en aquel sucedáneo de Nicholas Cage—. Folla bien. Al chuparla, la muerde un poco. Pero ya aprenderá.

Un abismo se abrió a los pies de Nico, y no porque Julia se hubiera acostado con el viejo, eso le daba igual, sino porque todo su plan había devenido plagado de defectos e inconvenientes, hasta llegar a este punto en que ya no parecía haber marcha atrás pero en el cual lo que había por delante no era, en absoluto, lo esperado. Y lo grave, lo realmente alarmante era que Germán hablase con aquella serenidad, con tal seguridad, porque eso sólo podía suponer una cosa: que no era él, sino su víctima (o mejor, quien hubiera debido acabar convirtiéndose en su víctima), quien dominaba la situación. Intentó levantarse para sacar la navaja, cambiar las tornas y acabar de una vez con el asunto, pero de nuevo volvió la náusea y decidió permanecer sentado un poco, sólo un poco más.

—Hijo de puta —se limitó a decir lentamente.

Germán soltó una risita estúpida.

—Sí. Soy bastante hijo de puta. Pero tú eres gilipollas. De hecho, eres tan gilipollas que te acabas de meter entre pecho y espalda un montón de diazepán mezclado con vino.

Nico se preguntó en qué momento, en qué instante exacto se había

dado la vuelta aquella situación. Se suponía que él era el depredador, la fiera implacable, el cazador despiadado. Y ahora, de repente, se había convertido en la presa.
Sí, pero, ¿cuándo? ¿Cuándo había ocurrido? Al dejarse llevar por sus sentimientos y postergar el asunto ayudando a parir a la perra, quizá. O cuando concedió a Julia aquellos veinte minutos. O al fiarse de ella y esperar en el bar, y no en las inmediaciones de la casa. Podía haber sido al alojarse en la pensión. O mucho antes, incluso, unas semanas atrás, cuando eligieron a Germán como blanco de aquel último golpe. No sabía en ese momento (y no lo sabría nunca) en qué instante preciso se había bifurcado el camino en la dirección equivocada. Hay miles de puertas que se abren a cada instante a la desgracia. Pequeños errores, matices sutiles en las palabras o los gestos, acciones imperfectas, imperceptiblemente torcidas, pasos mal orientados que, de a poco, pero implacablemente, acaban por situarnos sin remedio justo al borde del abismo. Y de pronto es un la suerte está echada, un ya no hay remedio, un sin posibilidad de remisión.
—¿Vas...? ¿Vas a llamar a la poli? —tartamudeó, claudicante.
Germán meneó la cabeza, aparentemente divertido.
—No. No tendrás tanta suerte. Ya quisieras tú que la llamara. Va a ser peor. Mucho peor.
—¿Me envenenaste? —preguntó Nico intentando inútilmente levantarse.
—No, imbécil —volvió a soltar aquella carcajada idiota al decir esto—. Sólo te he drogado. Igual que a ella. Pero a ti sí que voy a matarte.
Nico no esperaba, en circunstancias similares, preocuparse por la suerte que pudiese correr Julia. Sin embargo, lo hizo.
—¿Y ella?
—¿Ella? Ella se queda conmigo. Y tú te vas para las chacaritas.
Nico sacó fuerzas, no sabría nunca de dónde, para levantarse. Lo hizo, quedó en pie, tambaleándose, sabiendo que aquella era su última oportunidad. Metió la mano en el bolsillo posterior del pantalón, buscando su fabricante de viudas. La punta de sus dedos tocaba ya la empuñadura cuando le sobrevino una última náusea y todo giró de golpe, y casi pudo verse a sí mismo caer, golpearse la cara contra el borde de la mesa de centro y quedar tendido en el suelo, boca arriba, con la mano derecha penosamente doblada bajo el cuerpo.
—¿Por qué? —acertó a balbucear.
Entonces Germán se levantó, fue hasta él y se inclinó para acercar mucho su rostro al suyo antes de responder:
—Porque puedo.

El coche patrulla recorría la calle Augusto Torres en dirección a la calle Principal cuando el grillo anfetaminoadicto de la emisora se dejó oír con su aviso irritante, precediendo a la no menos irritante voz de Hipólito.

— Central a Z2. Central a Z2. Responda, Z2 —repetía con aquel tonillo imbécil que había sacado de alguna película de la serie B.

— Z2 a Central —le respondió Casañas—. Ya vamos para el puesto de guardia. Vete haciendo café.
—Va a ser que no, jefe. Cambio.
—Pues, ¿qué pasó ahora?
—Acaba de llamar Milagros, la de la pensión. Por lo visto, el Benito se les ha escapado.
—Vaya por Dios —dijo Estrella aminorando para girar en redondo y tomar la dirección de la pensión de Milagros, que estaba en la calle Luvina, casi en la esquina en que ésta desembocaba en la plazuela de Juntacadáveres.
—¿Desde qué hora falta de allí? —preguntó Casañas accionando el intercomunicador.
—Por lo menos desde medianoche, jefe —se oyó responder a Hipólito.
Casañas respondió de frente a la mirada de reojo de Estrella antes de prestar atención a lo que Hipólito había continuado diciendo.
—¿Aviso al puesto de San Blas, jefe?
—No, todavía es pronto. Y Benito conoce la comarca mejor que yo el culo de mi señora. Empezaremos buscándole nosotros. En media hora tampoco puede haber ido muy lejos. Vamos a lo de Milagros y después empezaremos a rastrear de Norte a Sur, desde el Roque del Malo a Las Salinas.
—Entendido, Z2. Me mantengo a la escucha. Buen servicio.
Antes de cortar la comunicación, Casañas guiñó un ojo a Estrella y dijo por radio:
—Ah, Hipólito, dos cositas: Esto no es un radio taxi, así que déjate de coletillas gilipollas.
—Copiado, jefe.
—Y la otra: déjate de beber en el curro, porque te abro un expediente que te vas a tomar por culo.
—Pero, si yo no he bebido, jefe.
—Hipólito, puedo olerte el aliento a ron desde aquí. A mí no me intentes vacilar, porque te estroncio.
—Sí, jefe. Copiado. Buen... Cambio y cierro.
Los cuarenta kilos de pellejo y huesos de Milagros les esperaban en el umbral de la casa, hechos un temblor, cubiertos con un impermeable gris por cuyo borde inferior asomaban los encajes de un camisón de tejido sintético. Tanto Estrella como Casañas prefirieron no imaginarse

a la propietaria de la pensión, con su cara de caballo, sus varicosas piernecitas de cigüeña y sus pechos desinflados, vestida sólo con ese camisón. Estrella ni siquiera bajó del Montero. El cabo, en cambio, se apeó y se refugió bajo el dintel de la puerta para enfrentarse a la ojerosa cara de la mujercilla. Detrás de Milagros, en el recibidor, estaba la Charo, también en camisón, igualmente vieja, fea y despeinada, pero enorme y brutal, con una taza de la cual sobresalía un cordelito con la etiqueta de una bolsita de tila.
—A ver, ¿qué fue? —preguntó Casañas.
—Yo no sé qué voy a hacer con esta criatura, Casañas —se lamentó Milagros mostrando las palmas agrietadas de sus manos, antes de volver a cruzar los brazos sobre el pecho—. La Charo fue la que se dio cuenta. Se levantó para ir al baño y vio que no estaba en su habitación. Debió salir por la puerta de atrás, porque para salir por la principal tendría que haber pasado por delante de mi habitación, y yo, ya sabes tú, tengo el sueño ligero.
—¿A qué hora se dio cuenta la Charo? —inquirió el cabo.
—A las doce y media, más o menos —contestó la Charo asomando sobre el hombro de la patrona su horrible cabeza de batracio, con los ojos miopes tras las gafas de culo de vaso—. Tenía la puerta abierta y me dio que pensar, así que entré y vi que no estaba. ¿Adónde puede haber ido con este tiempo, mi pobrecito?
—A cualquier parte. A todas. Con esa manía que tiene con las caminatas, en cuanto te despistas, se pone en San Blas... Normalmente me daría igual, porque él sabe cuidarse, pero, con este tiempo, no quiero que ande por ahí —dijo Casañas, volviéndose al coche patrulla—. Bueno, no te preocupes, Milagros, en un ratito te lo traigo.
—Dios te oiga. Esto es un desastre. El niño que se escapa, los huéspedes que no han vuelto todavía.
Al oír esto, Casañas indicó a Estrella, con un gesto de la mano, que no arrancara aún, y preguntó, desde la ventanilla:
—¿Huéspedes? ¿Qué huéspedes?
—Una pareja que llegó ayer. Salieron esta tarde, primero él y después ella y todavía no han regresado. Tienen sus cosas arriba, porque lo comprobé, no fuera que quisieran dejarme un pufo. La verdad, son un poco raros. Jóvenes. Ella es muy guapa, así, pelirroja, con el pelo cargado. Él me gusta menos. Además, venían cada uno por su lado: ella traía un coche, un Renault de esos viejos.
—Y él venía en moto, ¿no? —apostrofó Casañas.
—¿Cómo lo sabes? ¿Lo viste?
—No, Milagros, no lo he visto. Pero empiezo a tener ganas de encontrármelo —dijo el cabo, con el ceño fruncido, más para sí que para ella.
Estrella le miró inquisitivamente, Casañas asintió y el viejo Montero

volvió a desplazarse a lo largo de la calle Luvina, para atravesar el pueblo y dirigirse hacia el Norte, hacia Roque del Malo. Milagros y la Charo observaron cómo la noche y la lluvia engullían poco a poco el coche patrulla, hasta que sólo quedaron las luces de posición, que desaparecieron en la esquina de la calle Principal.
20

Safo amamantaba a Rocky, pero no a Rocky de cachorro, sino a Rocky ya viejo, con la catarata que había cegado su ojo izquierdo y el cáncer de vejiga que le hizo mearse encima durante sus últimas semanas, antes de que el veterinario dijera que lo más digno era sacrificarle. Era éste el Rocky que mamaba con avidez y sin descanso de la tetilla de Safo, pese a que fuera ya una bestia moribunda, un Alaskan Malamute campeón de sementales y ahora venido a menos por la vejez y la enfermedad. Rocky, muerto hacía más de diez años, mamaba cada vez con más fuerza, mordía las tetillas de Safo, que se dejaba hacer entre débiles quejidos. Mordía, lamía, succionaba, volvía a morder, arañaba con la pezuña de su pata derecha haciéndole a la perra cada vez más daño. Entonces, la garra abría una brecha en el vientre de Safo, y por allí comenzaba a asomar una cabellera rubia y ensangrentada, una frente, el rostro de Julia, embadurnado con sangre de perra, entre terribles sufrimientos, abriéndose ahora camino con los dedos de ambas manos, cuyas uñas pintadas de negro continuaban desgarrando el vientre de Safo, sin que Rocky dejara en ningún momento de escarbar, arañando a Safo y arañando la cabeza y la cara de Julia, cuyos hombros estaban ya al descubierto.

Entonces, en un último y repentino esfuerzo, se estiró de golpe, con fuerza sobrehumana, descuartizando a Safo, cuyos despojos quedaron repartidos por todo el salón (hasta ahora no se había percatado de que se trataba del salón de la casa de Germán) en una orgía de sangre y vísceras. Rocky, paralizado por el miedo, permaneció a los pies de Julia, hecho un ovillo tembloroso. Julia se quedó allí, en medio del salón, con las piernas abiertas y los brazos extendidos a los lados de sus caderas, mostrando toda su desnuda belleza, toda la poderosa esbeltez de su cuerpo sanguinolento.

Nico, que ahora era Rocky (no sabía cómo, pero él era Rocky, estaba dentro de Rocky, atrapado en su cuerpo) la miraba desde abajo. Ella le observó desde arriba, con toda la vehemencia posible y le sonrió como sonríen los poderosos.

— Ha venido mami —canturreó sin dejar de sonreír, antes de inclinarse y extraer de su propio sexo una navaja barbera, herrumbrosa y también ensangrentada, asirle por el collar para

rebanarle el pescuezo.

El movimiento del coche le despertó. Se desplazaba lenta, muy lentamente, pero se movía. Sintió en su hombro la sujeción del cinturón de seguridad. Abrió los ojos y fue reconociendo, paulatinamente, el volante, el salpicadero, el parabrisas y, más allá, la oscuridad más absoluta tras el brillo de las oleadas de lluvia aplastándose contra el cristal. El coche era el Renault. Sí, pero, ¿cómo había llegado hasta allí?

Miró a su izquierda, donde debía haber visto la pared del roque. Sin embargo, ahora veía la curva. Por lo tanto, el coche estaba girando, a paso de tortuga empujado por algo o alguien, hacia la derecha. Pero, entonces... Debía recordar. ¿Qué había ante el auto? ¿Qué debía haber ante él si éste había girado hacia la derecha?

Tenía que recordar. Tenía que recordar rápidamente. Sobre todo ahora que el Renault entraba bruscamente en una depresión del terreno. Miró hacia atrás. Lo que estuviera empujando debía estar allí. Miró y vio la silueta, la cabeza bajo la capucha del anorak, detrás del auto, los hombros encogidos sobre el maletero por el esfuerzo. El anorak, la cabeza, los hombros de Germán. Ahora recordó. Germán. El vino. La casa.

A la derecha sólo había una cosa: el acantilado. Debía hacer algo. Abrir. Abrir la puerta, pero Julia le asía ahora por su collar de perro, y él era Rocky e iba a morir. Abrir la puerta, pero dónde estaba ahora la manija, la dichosa manija, al fin la encontró y pudo accionarla, aunque no podría salir si no se quitaba el cinturón de seguridad, y no daba con el resorte para soltarlo, ahora que Julia, lasciva y sangrienta aplicaba a su cuello la navaja herrumbrosa, ahora que el coche llegaba al borde y perdía el suelo y caía en vertical y aquella nada negra con espuma blanca se hacía cada vez más y más grande al estrellarse contra aquella otra nada gris y marrón, también cada vez más y más grande, justo antes de que Julia se mordiese con rabia el labio inferior antes de realizar un rápido desplazamiento de izquierda a derecha. Resistiéndose a los embates del viento, Germán se asomó al acantilado y comprobó, innecesariamente, que el vehículo se había estrellado contra el fondo. Allí estaba, un bulto blanco del tamaño de una caja de fósforos, dejándose ver entre las peñas cuando las olas se retiraban. Alguien acabaría encontrándolo cuando ya Nico fuera sólo un trozo de carne podrida.
Cuando introdujo el Range Rover en el garaje aún sonreía satisfecho. Echó una mirada a la motocicleta de Nico. Pensó que arrojarla también por el acantilado no era un buen plan. Más adelante, la

abandonaría en algún sitio alejado. O, si no, ya tendría tiempo de ir desguazándola y dejándola, pieza a pieza, por toda la región, aunque le pareció una pena, porque era una hermosa máquina. Por el momento, decidió taparla con una de las mantas viejas que había dobladas en un rincón.

Volvió a la casa y comenzó a limpiarlo todo: la sangre que había brotado de la ceja de Nico al golpearse contra el borde de la mesa de centro (la alfombra se había manchado, pero ya la limpiaría a fondo), las copas en que los tres habían bebido, todos aquellas huellas que hubiesen podido dejar en muebles, electrodomésticos, picaportes, marcos de ventanas y puertas. De pronto, le asaltó un recuerdo extraño, algo que, en la excitación del momento, se le pasó por alto: al meter el cuerpo inerte de Nico en el coche, escuchó caer algo al suelo. Se dijo, en ese instante, que ya lo recogería más tarde. Pero después, atareado en sentarle, ponerle el cinturón, poner las llaves en el contacto y cambiar la dirección, olvidó buscar lo que quiera que fuese que se había caído. Estuvo a punto de ir a por el coche y bajar a buscarlo, pero se detuvo justo en la puerta. En cualquier caso, pensó, debía tratarse de alguna estupidez: un mechero, el reloj, un llavero que, de todas formas, podrían habérsele caído al conductor del Renault en el momento del supuesto accidente. Así que se detuvo y se dijo que eran ya demasiadas emociones para una sola noche.

Pinchó un disco de María—Joâo Pires tocando las *Kinderszenen* de Schumann, se sirvió un Cardhú con una piedra de hielo y se sentó en el sofá a degustar el malta y la música.

Ella dormía aún. Dormiría al menos hasta mañana. Tardaría en aceptar las cosas, pero lo haría, porque era una mujer inteligente. Paula también hubiera acabado por aceptarlas. Nadie hubiese podido pensar que su corazón no resistiría. Tan joven, tan aparentemente fuerte y, sin embargo, tan frágil. Pero Julia era diferente. Con ella las cosas irían sobre ruedas. No necesitaría tantos sedantes. Seguro.

Repasó mentalmente todos los pasos que había dado desde la medianoche y concluyó que no se le había escapado nada, que todo había ido a pedir de boca, que sólo quedaba ya esperar. Se merecía la delicada aspereza del whisky, y la dulce cadencia de aquella música: un rato de placer sosegado antes de irse a la cama. Mañana sería un día movido, y le quedaban tantas cosas pendientes, tantos cabos por atar, y, sobre todo, tantos planes por hacer.

Para conjurar al sueño, tomó uno de los libros que tenía sobre la mesa. Era uno de sus pequeños tesoros: *El inmoralista*, de Gide, en la traducción de Julio Cortázar. Primera edición: Argos Editorial, Buenos Aires, noviembre de 1947. Abriéndolo por la página señalada, leyó:

El amontonamiento sobre nuestro espíritu de todos los conocimientos

adquiridos se descostra como una capa de afeite, y en algunos sitios deja ver al desnudo la carne misma, el ser auténtico que ocultaba.

Desde entonces fue a *aquél* a quien pretendí descubrir: el ser auténtico, el "hombre viejo" a quien el Evangelio no quería ya más; aquel a quien todo en torno mío, libros, maestros, padres y yo mismo habíamos tratado de suprimir desde un comienzo.

21

La tormenta había amainado. Pero Marta no se dio cuenta hasta bastante después. Cuando se percató de ello, cuando notó que no se oía caer la lluvia, golpeando el tejado, los aleros, el jardín, la calle, fue a la ventana del salón, cerrando bien los pliegues del albornoz, y se sentó junto a la ventana, abriendo los postigos para poder sentir la frescura del aire. Le encantaba aquel momento del año, ese rato después de la lluvia en que el aire se refresca y se hace, por una vez, respirable. Sólo quien ha vivido casi toda su vida en San Expósito puede anhelar así ese momento, cuando ya el mundo no es una bola de fuego y polvo y la brisa sopla en la quietud.

Marta no entendía a los vecinos que deseaban viajar a Santo Domingo, a Cancún o a Corfú. Ella solía soñar con los países verdes y fríos que veía en las películas, con Irlanda o Escocia, Alemania o Suiza, Bélgica o Canadá.

Cerró los ojos e inspiró profundamente. Justo en ese instante, con los ojos cerrados, escuchó los pasos cortos y renqueantes acercándose por la calle desierta, pisando los charcos, evitando las juntas de las baldosas de la acera. Asomó la cabeza y reconoció la silueta, familiar y ridícula, de Benito Marín.

Debe de haberse escapado otra vez, pensó, yendo hacia la puerta. Debía tratarle con delicadeza, para que no se escapara. Una vez lo metiera en casa, llamaría a Milagros, que debía estar buscándolo por todas partes.

Salió, en albornoz y chinelas, hasta la tapia justo en el momento en que Benito llegaba a la altura de la casa. Al verla, Benito se paró en seco.

— Hola, Benito —le espetó, cordial—. ¿Cómo estás?
Benito guardó un silencio tímido, con la mirada clavada en el suelo.
—¿No te acuerdas de mí, Benito?
El otro no salió de su mutismo.
—¿No te acuerdas, Benito? Yo soy Marta, la de la Tere. La mujer de

Casañas.
—Chí —respondió al fin—. La que tiene la niña chica.
—Eso es, Benito. La de la niña chica. ¿Y cómo es que saliste tan tarde?
—Voy a da una vuelta. A La Chalina.
—Pero Las Salinas están lejos. Y tienes que estar cansado ya de caminar. Te has recorrido todo el pueblo, ¿no?
—Chí, pero yo no me canso.
—Está haciendo mucho frío hoy. ¿Por qué no entras en casa y te preparo un chocolate caliente, para que repongas fuerzas? Luego sigues si quieres. ¿Te gusta el chocolate?
Benito no contestó. Alzó un poco más la cabeza, hasta que sus ojos captaron las chanclas en los pies de Marta, sus tobillos, el comienzo de las piernas, el borde del albornoz.
—¿Te gusta, Benito? ¿No te apetece un chocolate calentito? —repitió Marta, tendiéndole la mano.
Benito levantó un poco más la vista y atinó a ver, por entre los bordes del albornoz, abierto por el gesto de Marta, el nacimiento de uno de sus senos. Entonces, esbozó una sonrisa y contestó:
—Chí.
22

El manto de nubes se rasgó para mostrar una enorme luna llena digna de una película de Murnau. Quizá aquella luz espectral durara sólo un rato, pero Casañas y Estrella agradecieron su irrupción en medio de aquella densa oscuridad que había invadido San Expósito desde el atardecer, como si una pesada losa hubiese caído sobre el pueblo, como si aquella fuese una noche de piedra, un milagro cruel, un capricho del diablo.

El Montero, que avanzaba lentamente para permitirles acechar a los lados del camino, estaba a punto de tomar la última curva antes de Roque del Malo cuando Marta llamó al móvil de Casañas.

— ¿Qué carajo pasa? —preguntó éste con desganada hosquedad.
—Acabo de hablar con la Milagros —informó Marta.
—Te habrá contado lo de Benito, entonces. Lo estamos buscando.
—Pues no lo busques más, porque está aquí, en el salón de casa, tomándose un chocolate —dijo Marta, divertida ante la posibilidad de hacer sentir estúpido a su marido.
Casañas dio un respingo.
—¿Y eso?
—Estaba asomada a la ventana cuando lo vi pasar y me olí la tostada.
—Bueno, retenlo ahí. Vamos para allá.
Casañas cortó la comunicación y dijo a Estrella que diera media vuelta, que Benito había aparecido.

—Está en mi casa. La Marta le está dando chocolate.
—Un par de hostias, le daba yo —dijo Estrella mientras giraba en redondo.
Comenzaron el descenso, pero, de repente, algo brillante junto al borde de la carretera, pareció llamar la atención de Estrella.
—¿Qué pasa? —preguntó Casañas.
—He visto algo en el arcén.
Se apearon y Casañas la siguió hasta donde ella creía haber visto algo. Estrella se agachó sobre el objeto, que resultó ser una navaja automática sobre cuya hoja bailaba la luz de la luna.
—Esto es raro, jefe. Muy raro —dijo—. No suelen verse muchas de éstas por aquí.
Casañas se había acercado al borde del acantilado y asomaba ahora la cabeza, atisbando algo que había abajo, entre las peñas, agitado por las olas y brillando también bajo la luna.
—De ésos tampoco.
Estrella se situó junto a él y observó, a su vez. —Mierda —se limitó a mascullar.
—Avisa a Hipólito. Que dé parte a la Guardia Civil de San Blas. Ellos ya llamarán a quien haga falta.
Mientras Estrella comenzaba a utilizar la radio, Casañas, sin dejar de mirar al fondo del acantilado, marcó un número de la memoria en su móvil.
—¿Marta? Va a ser mejor que llames a Milagros para que vaya a buscar a Benito... No, no puedo... Me parece que ha habido una desgracia.

No sabían que, con las luces apagadas, Germán observaba desde la ventana de su despacho el viejo patrullero, cuyos faros iluminaban a las dos figuras uniformadas inclinadas sobre el abismo que ellos eran. Le intrigó por un momento el hecho de que rondasen por aquella zona, pero si sus motivos hubiesen tenido algo que ver con él, ya habrían llamado a su puerta.

Por otro lado, no esperaba que descubriesen el coche tan pronto, pero, en todo caso, cuanto antes, mejor.

Tomó el último sorbo de su vaso de whisky, lo dejó en la cocina y se fue a la cama antes de que la zona se llenara de gente.

SEGUNDA PARTE

TARDÍGRADOS

Tras la tormenta, la canícula había vuelto a apoderarse de toda la punta Norte. Desde San Blas a Almendral, desde Fajina a San Expósito extendía sus dedos de fuego, abrasando los campos yermos, desecando el monte bajo, agobiando a perros y a puercos, llenando la playa del Muellito y el pinar de San José de domingueros ruidosos que buscaban unas horas de baño o de sombra para resistir la insoportable semana que se avecinaba.

Las tareas de rescate se prolongaron hasta el sábado por la tarde. Lo que quedaba del Renault fue elevado con una plumilla hasta la carretera cuando ya atardecía.

Apoyado en la pared de piedra, fumando un cigarrillo, Casañas observó cómo aquel montón de chatarra era depositado en el arcén. Miró en dirección a San Expósito, al cordón de cinta plástica amarilla y verde ante el cual Déniz contenía con familiaridad a los nueve o diez curiosos que habían subido desde el pueblo nada más enterarse. Entre ellos estaban los de siempre: Ramiro el de La Caja, Colás el Ferretero y Miguelito el Pocarropa. Algunos de los ociosos apelaban con la mirada a su presunta amistad con Casañas para que les permitiese traspasar el cordón y acercarse un poco más. Déniz, zalamero, mediaba entonces unos segundos con sus ojillos de hurón, pero volvía a su actitud policial cuando observaba que el cabo devolvía aquellas miradas mostrando un perfil despreciativo.

Cuando volvió de acompañar al juez y al secretario al coche de los juzgados, el cual habían dejado aparcado antes de la curva, el sargento Vidal se acercó a Casañas y le palmeó el hombro.

— Aquí ya queda muy poco por hacer —le dijo, con su acento palentino desde detrás de sus gafas de sol—. Usted debería retirarse a descansar, hombre, que lleva aquí desde anoche.

Si había algo en el mundo que Casañas odiaba, eran precisamente aquellas gafas de sol, de cristales enormes y montura metálica pasada de moda hacía veinte años que el guardia civil llevaba siempre. Alto, cincuentón, con brazos y piernas delgados que no se correspondían con su enorme barrigota, tenía el pelo castaño y lacio depauperado por años y años de tricornio y gorra, y un bigote que Casañas siempre imaginaba manchado de sopa de fideos.

—Para lo que queda, aguanto un poco más.

Quiero ver lo que encuentran en el coche.
—Bueno, el cadáver ya está en el forense. El

de la chica, en el caso de que su teoría sea cierta, no estaba. Ya lo sabe usted.
En efecto, por la mañana habían tenido una diferencia de opiniones, cuando los de Actividades Subacuáticas informaron de que había un solo cuerpo en el coche. Casañas había dicho que habían llegado juntos al pueblo, que juntos se hospedaban y juntos debían haber tenido el accidente. Que, de hecho, el Renault era de la chica (a nombre de quien habían tomado habitación en la pensión de Milagros) y no de él. En efecto, al comprobar la matrícula del auto, se había sabido que pertenecía a Julia Nácher Pacheco. Pero Vidal continuaba sosteniendo que el conductor iba solo.
—No estaba en la cabina. Pero quiero ver lo que hay en el portabultos.
El sargento Vidal soltó una carcajada incrédula y le miró con la misma indulgencia con que se observa a un niño que nos presenta a su amigo imaginario. Se acercó al bombero más cercano y le pidió que forzase la puerta del maletero. Mientras aquél realizaba su tarea, ambos observaban, expectantes, cada cual empecinado en su propia teoría, confiando en que el contenido del maletero desengañase al otro. Por fin la puerta cedió y ambos dieron un paso en dirección al acordeón en el que se había convertido el coche, ansiosos por mirar en su interior. Medio sumergidos en el charco que había empezado poco a poco a vaciarse, había un gato, una rueda de repuesto pinchada, una caja de herramientas y una garrafa de refrigerante. Vidal alzó las cejas y mostró las palmas de las manos a Casañas. Éste se dijo que tendría que tragarse su desprecio hacia el guardia civil y aguantar el tipo, pero no fue necesario, porque justo en ese momento, sonó su teléfono móvil. Era Germán Bethencourt.
—Hola —saludó, reconfortado, apartándose hacia la cuneta mientras los agentes revisaban el resto del vehículo.
—Hola, Casañas. Oiga, ¿usted también está ahí abajo?
—Sí, señor. Desde anoche.
—No me había enterado de nada. Oí la noticia por la radio hace un momento y me asomé a mirar. ¿Puedo ayudar en algo? ¿Quiere que baje?
—No, no. Tranquilo. Aquí ya está casi todo hecho.

—Bueno, si le apetece un café, súbase a casa y
se sienta un poco.
—No es mala idea. Igual subo luego. —Pues hasta luego, entonces.
Justo cuando volvía a guardar el móvil oyó
decir a uno de los agentes que examinaban la cabina: —Mi sargento,
aquí hay algo.
Vidal y Casañas se aproximaron a un mismo
tiempo al agente, que sacaba la cabeza del coche con
algo negro en la mano, aún chorreando agua. Era un bolso. Un bolso
de mujer. De nuevo, ambos se miraron y ahora fue Casañas quien
mostró las manos y
alzó las cejas.
—Hay que dar parte a Salvamento Marítimo
—masculló, esforzándose para que no se le notase la
derrota.
24

—¿Seguro que no le apetece también una copita? —preguntó Germán tendiéndole la taza de café.

Casañas negó cortando el aire con un gesto de la mano libre.
—No, mejor que no. Todavía tengo un camino hasta casa y no he dormido nada. Me podría colocar con oler una cerveza.
Tomaron asiento en el salón. Casañas, en uno de los sillones individuales. Germán, en el sofá, donde, una vez instalado, encendió un cigarrillo.
—Tenía que haberme avisado y subirse un rato, por lo menos a almorzar.
—No, tranquilo. Estrella me trajo un bocadillo antes de acabar el servicio.
La pausa que siguió pareció interminable a Casañas, debido a su desorientación insomne. Comenzaba a tener dificultades para oír con nitidez y, sobre todo, para medir el tiempo. En realidad, el largo túnel de silencio duró sólo unos segundos y fue Germán quien lo rompió preguntándole qué había pasado.
—Lo que ya sabrá usted —respondió—. Un coche se riscó por ahí ayer, después de medianoche. Debió ser sobre la una de la madrugada, más o menos. ¿Usted oyó algo raro?
—No. Ya sabe que, si estoy en casa, o tengo música o la tele puestos. Y si no, estoy en el lado que da para la otra ladera. Además, anoche parió Safo, como ya le comenté. Uno de los cachorros venía mal colocado. Lo he salvado de milagro.
—Ésos, luego, son precisamente los más fuertes.
—Por cierto, cuando les llegue el destete, debería traer a su pequeña, a Elisa, para que elija uno. Será un regalo mío.

—Muchas gracias, Germán —Casañas hablaba con lentitud y dificultad, con la cadencia gangosa de los borrachos—. Pero será mejor que lo elija usted mismo, porque si la traigo aquí es capaz de encapricharse de toda la camada.
Ambos sonrieron. Después Casañas dejó vagar su vista por el suelo, hasta que sus ojos quedaron clavados en un punto preciso de la alfombra.
—¿Quién iba en el coche? —preguntó Germán, a bocajarro.
—¿Quién? Pues parece ser que un tipo bastante siniestro. Cuando comprobamos antecedentes nos salió una nómina que ni la lista de los reyes godos. También había una mujer, que debía ser su compinche.
—¿Una mujer? —se interesó el anfitrión.
—Sí —repuso Casañas sin alzar la mirada—. El cuerpo de ella todavía no ha aparecido. Debió de salir despedida y se la habrá llevado la mar fea.
—¿Y qué hacían ésos dos por aquí?
—Vaya usted a saber. Pero nada bueno, eso seguro. Se habían hospedado en lo de Milagros.
Casañas paró de hablar y se concentró nuevamente en el punto de la alfombra. Evidentemente, había caído en la cuenta de algo importante e intentaba atar los cabos necesarios para que todo aquello tuviera sentido.
—Aunque hay algo extraño en todo esto. El coche era de ella. Y a él lo vieron por última vez a medianoche, con su moto.
—¿Su moto? —inquirió Germán.
Casañas le miró por primera vez en mucho rato, justo antes de volver a bajar la vista.
—Sí, tenía una moto. Una de ésas grandes. Una Custom —aclaró, antes de volver a pensar en voz alta—. Seguro que iban a hacer alguna maldad. Debieron encontrarse por aquí cerca. A lo mejor en el pinar de San José. O en la misma carretera... Y él cogió el coche... Porque conducía él, eso está claro. Sí, pero, entonces... Entonces, ¿dónde coño está la moto? —acabó por preguntarse.
Germán sintió que la sangre se le subía a las sienes. No había previsto algo así. Casi pudo oír los latidos de sus arterias, bombeando con fuerza, luchando por cerrarle los ojos. Pero mantuvo el tipo. Casañas continuó hilando sus argumentos.
—Así que tenemos dos posibilidades: o abandonaron la moto e iban los dos en el coche, o intercambiaron los vehículos, vaya usted a saber por qué, y ella anda por ahí, vivita y coleando. Y, en este último caso, habría que pensar en un homicidio.
—¿Un homicidio?
Casañas volvió a mirarle, esta vez fijamente.
—Claro. Si ella se llevó la moto, eso querrá decir que se cargó a su

compinche. Sería mucha casualidad que a él se le hubieran ido los frenos porque sí. Ya le digo que esa gente andaba en algo feo. Además, allá abajo hay huellas de la moto y del coche, pero lo que no hay son marcas de frenazos. No sé... Todo dependerá de que aparezca el dichoso cacharro o no.
Germán sonrió, con sonrisa de detective diletante.
—Qué interesante, todo esto. Parece que estamos en una novela de intriga.
Casañas volvió a mirar hacia la alfombra.
—Pero, ¿sabe qué? —dijo al cabo de unos momentos de nueva reflexión— Me da exactamente igual. Ese tipo era una buena pieza. Y ella, por ahí por ahí se andaba —enfatizó el "por ahí por ahí" balanceando la mano con los dedos extendidos—. No creo que nadie eche de menos a ninguno de los dos —de pronto paró de hablar, frunció el ceño, como tratando de entender algo y añadió—. ¿Sabe usted que tiene una mancha muy rara en la alfombra?
Germán, alarmado, se levantó para ver el otro lado de la mesa, el punto de la alfombra hacia donde el otro señalaba.
—Ah, sí. Es sangre. Tengo que llevarla al tinte. La pobre Safo casi se queda en el sitio. Cuando volví de la perrera, venía perdido de sangre. Limpié el resto, pero la alfombra, ya se imagina.
Casañas asintió en silencio. Acabó de un trago el café, ya entibiado, y se levantó de golpe.
—Bueno, gracias por el café y por la conversación, Germán. Me ha venido bien la charla. Me voy antes de que cierre la noche —dijo mientras le tendía la mano.
—Ha sido un placer, Casañas —repuso el anfitrión, acompañándole a la puerta—. Por cierto, si el domingo que viene le apetece, podríamos ir al llano, a ver lo que cazamos. Este año, la temporada viene cargadita.
—Sí. No estaría mal. Ya nos llamamos durante la semana —respondió el cabo.
Germán le vio entrar en su viejo Montero y marcharse carretera abajo. Se quedó observándole desaparecer más allá de la curva. Antes de entrar en casa, se acercó a la perrera, donde los cachorros de Safo eran como cinco ratitas somnolientas que se aglomeraban junto a su vientre. Safo le vio venir y emitió un gruñido.
—Tranquila, bicho —le dijo con serenidad.
Después entró en casa, se agachó sobre la mancha y rascó un poco el tejido con la uña, para comprobar si podría salir frotando. Elevó un poco el borde de la alfombra. Volvió a ponerlo en su sitio y se sentó donde había estado Casañas para mirar desde su perspectiva. Efectivamente, con la alfombra bien estirada no se veía ninguno de los bordes de la trampilla.

Se fue a la cocina y comenzó a hacer la cena. 25

No se hablaba de otra cosa. En la calle Principal, en el bar La Parada (Tapas caseras), donde Adalberto, Manolo y Segis repetían una y otra vez el relato del paso del finado por allí, adornándolo con nuevos detalles a cada vez y, sobre todo, en la plazuela de Juntacadáveres, en la terraza de La Sardinita, frente al parque infantil, donde padres, madres y abuelas dejaban fenecer lo que quedaba del domingo tomando un aperitivo y viendo columpiarse, deslizarse por el tobogán o romperse la crisma a hijos y nietos. Allí fue donde Casañas cometió el error de sentarse a tomar una cerveza mientras Elisa jugaba en los columpios. Le costó un buen rato dejar de hablar del tema con ancianitas escandalizadas y parejas de burgueses curiosos. Al fin, logró zambullirse en la lectura del periódico sin que nadie le interrumpiese. Al menos. Hasta que Onésimo llegó y tomó asiento frente a él.

— ¿Qué hay Casañas? —preguntó el alcalde, prematuramente calvo y eminentemente rechoncho, poniendo su propio periódico usado y doblado sobre la mesa.

— Aquí, echando la tarde —respondió el cabo, señalando con la cabeza al parque infantil—. Marta se fue al cine con Estrella y me tocó cuidar de la cría.

— Cada día está más grande.
—Y sabe más que cuatro.
Casañas añadió esto último en un intento de

zanjar la conversación. Volvió a la aparentemente concentrada lectura de la página de opinión, mientras Onésimo pedía otras dos cañas. Sabía que el alcalde acabaría hablando de lo que había ocurrido en Roque del Malo, pero decidió no ponérselo fácil sacando él mismo el tema.

—¿Pudiste dormir algo?

El policía le miró con gesto de no haber comprendido la pregunta.
—No, lo digo porque, según tengo entendido, del viernes al sábado te lo pasaste en vela.
—Sí. Descansé bien.
—Hiciste un trabajo cojonudo, Sergio.
—Bueno, es mi trabajo.
—Estuve hablando con Vidal esta mañana.
Ahí estaba. Definitivamente, tendría que hablar del tema con Onésimo. Resignado, cerró el periódico.

—¿Sí? ¿Y qué te dijo?
—Bueno, me contó que fuiste muy eficaz. Que cumpliste... —buscó por un momento las palabras adecuadas en algún lugar cercano a los botones de su camisa a cuadros. Finalmente pareció encontrarlas en los límites de su bragueta— Con celo. Eso, que cumpliste tu labor con celo profesional. Empleó esas mismas palabras.
—¿Pero...?
—Pero que él no piensa que la chica estuviera en el coche.
—Ajá. Ahí está el tema, ¿no?
—Sí, Sergio. Me preocupa que se estén empleando hombres y medios para buscar a una chica que debe estar ya a kilómetros de aquí.
Casañas dio un trago a su cerveza y miró al alcalde con severidad.
—Mira, Onésimo: para empezar, esos hombres y esos medios no los pone el Ayuntamiento. Y, por otro, más nos conviene a todos que ella fuera en el coche.
—¿Por qué?
Casañas meneó la cabeza, lamentando que el primer edil fuese tan corto de miras.
—Porque, si no iba en el coche, es muy probable que ella se cargara al tal Nicolás Umpiérrez Mola.
El otro dejó colgar su mandíbula.
—¿Qué? ¿No se te había ocurrido? —continuó Casañas— En mi opinión, la cosa está clara: si ella no iba con el tipo en el coche, esto es, si la moto del tío no aparece en los próximos días, habrá que pensar que la muerte de ese individuo no fue tan accidental como parece. Y eso, me parece, no le conviene a nadie.
Onésimo miró hacia el Este, hacia la parte de litoral que el Ayuntamiento acababa de recalificar. La venta de los terrenos estaba casi a punto. Sólo quedaban, tras dos años de esfuerzos, algunas trabas burocráticas.
—Aquí nunca ha habido delincuencia. Nunca, que yo recuerde, ha habido un crimen. Es una tranquila y pacífica localidad costera —recitó enfatizando cada sílaba como la voz en off de un documental—. Eso es lo que ha hecho que las promotoras se fijen en San Expósito. Si empezamos ahora, y, además, con un homicidio, el asunto podría ahuyentar a tus famosos inversores. Al menos, así lo veo yo.
—¿Quieres decir...?
—Quiero decir que un accidente es un accidente y lo puede tener cualquiera. Pero que un asesinato es cosa muy fea. Así que nos conviene a todos que lo del Roque del Malo sea un accidente. Por eso, la próxima vez que hables con los picoletos, será mejor que les digas que estás de acuerdo con mi punto de vista y que hay que seguir buscando el cadáver de la chica. ¿No te parece a ti? —remató

avanzando la cabeza hacia delante sobre la mesita.
—Mierda —masculló Onésimo echándose, a su vez, hacia atrás y mirando alrededor antes de continuar hablando—. No se me había ocurrido. ¿Y si no aparece, qué vamos a hacer?
—Bueno, según los historiales de esta gente, nadie va a echar de menos a ninguno de los dos. Dejaremos que corra el tiempo, que todo el mundo se olvide. En todo caso, mientras la Guardia Civil busque a esa mujer como cadáver y no como homicida, no hay ningún problema: Un desgraciado accidente. Mala suerte. Podría ocurrir en cualquier sitio y punto y pelota.
—Pero Vidal no aludió a nada así.
—Vidal todavía no ha caído en eso, pero acabaría cayendo. Y si no él, algún superior suyo. No todos van a ser tan catetos como este tío. Por todo esto, te repito: es mejor que apoyes mi versión y que Salvamento Marítimo siga buscando un cadáver. En todo caso, será sólo por unos días más. Eso es lo que dicta el protocolo de actuación.
El alcalde asintió.
—Y, en cualquier caso —agregó Casañas—, lo más probable es que yo tenga razón y a la mujer se la llevara la mar fea.
Justo en ese momento, Elisa llegó hasta donde se encontraban, y escondió la cabeza en el regazo de Casañas, amohinada y mimosa.
—¿No saludas, Elisa? —le dijo Onésimo.
La niña levantó la cabeza, y susurró un Hola antes de volver a ocultar el rostro.
—Está cansada —dijo Casañas, alzando la mano para pedir la cuenta.
—Ni se te ocurra, Sergio —protestó el alcalde—. Invito yo.
Casañas tenía meridianamente claro que Onésimo lo cargaría a la alcaldía y que la alcaldía jamás abonaría la factura, así que se dejó hacer, levantándose y caminando Augusto Torres abajo con la niña de la mano.
26

Germán no sabía absolutamente nada de motocicletas. Nunca había tenido una, ni deseado tenerla. Tampoco le habían interesado lo más mínimo. Por eso nunca imaginó que la Custom pesara tanto. No se lo pareció cuando Nico la metió en el garaje. Se lo pensó dos veces y volvió a apoyarla sobre la burra, antes de taparla de nuevo con la manta. Aquella máquina había comenzado a interesarle. Le interesaba, sobre todo, saber qué era lo que iba a acabar haciendo con ella. Y en ese sentido, minutos antes, había sopesado sus opciones.

La primera era dejarla donde estaba hasta que pasara el interés de Casañas por el asunto. Inconvenientes: Casañas solía ir de cacería con él. En algún momento, surgiría la ocasión de que entrase en el garaje y, sería, cuanto menos, sospechoso, que Germán le impidiese la

entrada en el mismo.

La segunda opción consistía en arrojarla también por el acantilado, unos metros más arriba o unos metros más abajo del punto desde el que había despeñado el Renault. Eso despertaría aún más sospechas y resultaba más complicado, sobre todo ahora, después de que la Guardia Civil y Salvamento Marítimo hubieran rastreado palmo a palmo la franja de costa entre la punta norte y San Expósito.

Llevar la motocicleta a cualquier punto de la carretera comarcal, tierra adentro y abandonarla allí era la tercera opción. Ventajas evidentes: la policía dejaría de buscar el cadáver de Julia, y la consideraría sospechosa de la muerte de Nico. La buscarían, por tanto, lejos de allí, en la creencia de que, tras arrojar el Renault al acantilado había huido en la moto y había cambiado de vehículo poco después, continuando la escapada, quizá hacia el Continente, en el ferry, con nombre supuesto.

Esta fue finalmente la opción que más le convenció. Por eso había venido al garaje y había cogido la moto para calcular si sería capaz de llevarla, en plena noche y campo a través, hasta el pinar de San José, donde no sería raro que, en unos días, la encontrase algún excursionista o un cazador.

Estaba en buena forma física, pero no sería capaz de semejante proeza. O quizá sí, pero más valía no arriesgarse, se dijo cuando, de nuevo en casa, se lavaba las manos.

Había otro medio para hacerlo: meter la moto en una furgoneta alquilada y llevarla a donde fuera necesario. Pero ¿de dónde sacarla? Sonrió ante la estupidez de su misma pregunta. El lunes encargaría a Nieves que le consiguiera una. ¿Excusa? Ya se le ocurriría alguna. En todo caso, no tenía por qué dar muchas explicaciones. Para algo era el jefe.

De cualquier manera, no había prisa. Casañas no entraría de repente en su casa buscando la moto de Nico. Nadie sospechaba de él. Eso le daba una libertad de acción que pocos transgresores de la ley podían esperar.

Volvió a sonreírse, esta vez de verdadero placer, al pensar en lo bien que estaba saliendo todo, en cómo se lo estaba pasando y, ante todo, en cómo se lo iba a pasar.

A veces las cosas vienen rodadas. Lo de Paula había sido distinto. No había podido evitar, en última instancia, que las cosas saliesen como

salieron. No contó con su resistencia tenaz, ni con su debilidad física. Además, todo ocurrió sin premeditación alguna, improvisando sobre la marcha, intentando que los hechos se orientaran hacia sus deseos, lo cual fue imposible conseguir. Desde entonces, cuántas veces se dijo que, de haberlo planificado bien, hubiese podido funcionar. Cuántas veces había planeado hacer algo así y cuántas había acabado diciéndose que era demasiado peligroso intentarlo. Ahora, en cambio, la situación se había ido dando, sobrevenida, sin que él hiciese nada especial por desencadenarla y las cartas habían sido barajadas a su favor sin necesidad de hacer trampas, poniéndole todos los triunfos en la mano. Se trataba, sencillamente, de saber jugarlos.

Decidió acabar su copa de vino sentado en el patio delantero. Allí, disfrutando de la leve bajada de temperatura de la brisa nocturna, por esas curiosidades de los alisios, prendió un cigarrillo y respiró el aire, que se había limpiado un poco de humedad. En la perrera, Safo y los cachorros no hacían ruido alguno. Debían haberse dormido. Homero, en cambio, estaba tumbado a unos pasos de él, junto a la puerta de la cancela, mirándole de hito en hito y dando, alguna vez, un suspirito que a Germán se le antojaba melancólico, cosa de la forma y disposición de los ojos y el morro de los pastores alemanes.

No me mires con esa cara de “En qué lío te estás metiendo”, aguafiestas, le dijo mentalmente al perro. Todo va como la seda. Ya verás que no vamos a tener ningún problema.

Ya, ya, imaginó que le respondía éste. Eso mismo dijiste la última vez y mira cómo acabó todo. No te cogieron de milagro. Podías haber terminado en la cárcel. Y nosotros, en la protectora de animales.

— Jodido cenizo —le espetó, de pronto, en voz alta, levantándose y vaciando la copa de un trago antes de volver a la casa—. Te tenía que haber llamado Sófocles.
27

Estrella, al volante de su Kia, miraba de vez en cuando a Marta como si quisiera comprobar que aún seguía allí, junto a ella, con el vestido de algodón negro con bordados floridos que se ceñía a su cuerpo de mujer acabada y apetecible. Parecía dudar, en estas ocasiones en que volvían de San Blas, saciadas y con una media sonrisa de abotargamiento en sus rostros, de que todo aquello estuviera ocurriendo de verdad, de que, después de tantos años, la primera persona que, aun sin saberlo, despertara su sensualidad hubiese regresado.

Marchaban a buen ritmo, pero, en un intento de dilatar la tarde del domingo, de dilatar esa intimidad de la que sólo podían disfrutar una vez cada diez o quince días, habían tomado la antigua carretera que atravesaba el pinar de San José en lugar de la nueva carretera que unía directamente San Blas y San Expósito siguiendo la costa.

—¿Te gustó la película?

Ambas sabían lo que significaba aquella pregunta de Estrella en su lenguaje particular. Significaba un cuarto en el hostal de una amiga de Estrella, que se lo alquilaba por horas y se olvidaba de cómo, de por qué, de cuándo y, sobre todo, de quién había tomado la habitación. Marta, sonriendo dulcemente, puso la mano izquierda sobre la pierna derecha de Estrella, que sintió un cosquilleo recorriéndole la espalda (nunca podía evitarlo: la costumbre no lograba mitigar esas sensaciones que el contacto físico con Marta le provocaban), al contestar:

— Mucho. Me gustó muchísimo. Como siempre, cariño.
Después de decir esto, la caricia de la mano de Marta fue ampliándose a lo largo del muslo sobre la tela del pantalón vaquero, recorriéndolo una y otra vez, desde la cadera hasta casi la rodilla, y también a lo ancho, buscando la cara interna, acercándose cada vez más a la entrepierna, donde finalmente quedó apoyada, con los dedos meñique y anular presionando contra la costura central del pantalón.
Estrella dio un suspiro e intentó mantener la compostura, pero algo comenzaba a quemarle dentro por causa de la presión que los dedos ejercían en ese punto.
—Lo que pasa es que se me hizo corta —susurró Marta, consciente del efecto que causaba en Estrella, con un dejo de perversidad—. Yo hubiera desarrollado un poco más el argumento.
Estrella miró de soslayo el reloj del tablero. Eran las diez. Calculó que siempre podían haberse quedado por ahí a tomar algo, a comentar la película.
—Tenemos... Tenemos tiempo —logró articular entre uno y otro de los gemidos que había comenzado a emitir.
—Ajá —musitó Marta, con algo de sadismo en su forma de prolongar la última “a” mientras su mano derecha comenzaba a intervenir en las caricias.
Estrella no tardó en encontrar un caminito por el cual introducir el coche en el pinar. Recorridos unos diez o veinte metros, apagó los faros y se despojó, sin poder esperar más, del cinturón de seguridad.
La boca de Marta le supo a carmín y a menta de chicle. Comenzó a buscar sus muslos y sus pechos mientras las manos de ella, ahora ya expertas después de dos años, le desabrochaban la camisa. Estrella le

alzó el borde del vestido sin dejar de besarla y de lamerle el cuello, y sintió el cuerpo de su amante estremecerse cuando sus dedos encontraron el borde de las braguitas y se introdujeron entre éstas y la piel de la cara interior del muslo para llegar a la vulva, ahora húmeda y caliente.

Tantos años. Tantos años soñando contigo, pensando en ti, tocándome en medio de la madrugada mientras te recordaba a los quince, cuando éramos las mejores amigas y dormíamos y nos duchábamos juntas y yo te deseaba pero no podía decírtelo porque ni siquiera podía decírmelo a mí misma. Tantos años buscándote, esperándote, deseándote sabiendo que jamás serías mía. Buscándote en los labios, buscándote en los ojos, buscándote en los cuerpos de tantas mujeres que al final sólo eran muñecas inútiles porque ninguna de ellas eras tú. Tanto dolor en los contactos telefónicos, en las cartas que escaseaban, en las visitas relámpago de verano o Navidad. Tanta carencia en tu vida de esposa y madre y tanta felicidad y dolor por el tiempo perdido cuando al fin caíste en mis brazos, o cuando al fin caí en los tuyos, no lo sé, ni quiero saberlo. Tanta desazón ahora, porque sé que eres mía pero no lo eres, porque sé que jamás serás mía del todo, que nunca podremos estar juntas y que lo nuestro será siempre este simular ser las mejores amigas, que van al cine o de paseo, aunque todos sepan, Sergio el primero, que yo ando enamorada de ti, que siempre lo estuve y siempre lo estaré, aunque lo sepan de esa manera tolerante y vehemente que soporta a la pobre enferma, porque nadie sospecha que tú también me ames. Tantos años de esperarte y ahora has vuelto. Tantos años de saberte inalcanzable y ahora estás aquí, entre mis brazos, gozando como tú y yo sabemos que nunca podría él hacerte gozar. Tantos años atrapadas, yo, en la enclaustrada libertad entre mis amantes, tú entre las ficciones que creaste para sobrevivir, y ahora estamos ante la verdad, ante la única verdad, que es tu orgasmo lento y rabioso, que hace que des patadas al salpicadero y resoples como el animal bello y salvaje que eres entre mis dedos, un rato antes de que vuelvas a casa y simules ser de nuevo esa ama de casa conservadora y sufrida que nunca serás, pero que habrás de aparentar siempre. Parece mentira, mi vida: tanto amor y tan poca esperanza.

28

El lunes llegó como llega cualquier lunes. La mitad del pueblo desapareció en dirección a San Blas o la ciudad para trabajar, hacer gestiones y compras, y la otra mitad se quedó para salir a faenar, abrir los comercios, las dependencias municipales, la sucursal bancaria, los bares y restaurantes, la gasolinera, el supermercado, las tres o cuatro tiendas de víveres, la de deportes y la ferretería, cuando no para

dedicarse a la limpieza, a hacer el almuerzo, a cuidar del huerto. No había tiempo para murmuraciones o corrillos. Como mucho, alguien leía en la sección de sucesos del periódico la noticia de lo que ya se sabía a ciencia cierta sobre el accidente, u oía la tele mientras cortaba hortalizas en la cocina para ver si alguno de los programas matinales comentaba el suceso, cosa poco probable, porque la gente de San Expósito era plenamente consciente de no ser más que una almorrana en el mismísimo culo del mundo.

El puesto de la policía local de San Expósito estaba ubicado en un lateral del edificio del Ayuntamiento. Consistía en dos oficinas (una de uso común por parte de los agentes, otra para uso exclusivo del cabo), un cuarto de baño y un calabozo que rara vez había sido utilizado en los últimos tiempos. Además, disponía de una sala de comunicaciones en la que había un armario que hacía las veces de armero, un catre, que permitía descansar a los agentes de guardia y una mesa donde solía haber café reciente, agua, vasos de papel, azúcar y cucharillas de plástico. En resumidas cuentas, un abúlico destacamento de la autoridad digno del pueblucho que San Expósito era. Pero allí sí se pensaba aún en lo ocurrido el viernes por la noche en Roque del Malo. Al menos en el despacho de Casañas, donde, al borde del mediodía, éste examinaba por enésima vez el informe de la autopsia.

Amén las múltiples lesiones, Nicolás Umpiérrez Mola había fallecido, en último término, a causa de un traumatismo craneal con pérdida de masa encefálica. En román paladino, al amigo Nicolás se le habían desparramado los sesos por el rompiente. Todo esto al mismo tiempo, o segundos después, de las roturas de ambas piernas, el brazo derecho y las costillas del mismo lado, con la consiguiente perforación pulmonar. Umpiérrez había consumido alcohol, cannabis y barbitúricos, probablemente valium, poco antes de su muerte, lo que explicaba perfectamente la causa del accidente.

Salvamento Marítimo seguía buscando el cadáver de la chica. Continuarían unos días más y, si la tarea era infructuosa, esperarían a que cualquier día la mar caprichosa vomitara sus restos en cualquiera de las playas de la isla, podridos por el agua y comidos por los peces.

Casañas se levantó, fue a la mesa auxiliar y volvió a tomar entre sus manos, uno por uno, los efectos personales que contenía el bolso de la chica, que Vidal había tenido “la cortesía” de remitirle a media mañana, ya casi secos pero irremediablemente estropeados por el agua y la sal.

Para la Guardia Civil (que, en este caso, era la autoridad competente),

la cosa estaba clara. En su informe, el sargento Vidal (sobre cuyo nombre Casañas escupía mentalmente cada vez que lo recordaba), hablaba de alcohol y drogas, de personas de dudosa conducta con antecedentes penales y del conductor que, debido a su estado de embriaguez había perdido el control del vehículo. En resumidas cuentas: para el sargento Vidal (puaj), la parejita se había corrido una juerga que había terminado mal. Ni siquiera la navaja que Estrella y él habían encontrado al borde del precipicio suponía un misterio, si se tenía en cuenta el historial de Umpiérrez Mola.

Por enésima vez en esa mañana, Casañas regresó a su escritorio, releyó el informe, después el parte forense y luego las fichas policiales de Umpiérrez y la mujer.

Julia Nácher había sido condenada dos veces. La primera, por posesión de drogas. Tres gramos de cocaína. Una condena menor que no llegó a cumplir por carecer de antecedentes. La segunda, por complicidad en robo con fuerza en las cosas. Simplemente, la habían pillado cantando el agua. Esta vez sí que había cumplido, pero sólo unos seis meses, por buena conducta.

La ficha de Umpiérrez, en cambio, estaba completa. Desde los dieciocho había pasado más tiempo en la cárcel que fuera: agresión, asalto con intimidación, robo con fuerza en las cosas, tráfico de estupefacientes. Había hecho de todo y nada bueno. Incluso tenía en su haber un homicidio en grado de tentativa que no llegaron a probarle y acabó quedándose en agresión.

También una vez más, Casañas volvió a echar un vistazo a los seis o siete folios que había impreso. La mayoría reproducían artículos de la prensa local, con fecha, casi todos, de hacía al menos un mes, que había descargado de Internet a lo largo de la mañana. También una circular de la Dirección General de la Policía a las policías locales y la Guardia Civil.

Lo dejó todo sobre la mesa, giró sobre sí en la silla articulada y quedó mirando por la ventana. Era casi lo único que le gustaba de su despacho, la vista de la franja oriental de la plaza del Ayuntamiento, justo la zona del parque infantil. Como era agosto, durante toda la mañana podía oírse a los críos jugando. Casi podía olvidarse de todo aquello que tenía sobre el escritorio con solo dar media vuelta y fumar un cigarrillo mirando por la ventana que tenía abierta para que el ventilador que había situado en la pared de enfrente moviese algo que no fuera el aire caldeado de lo que todos en el pueblo seguían denominando “el cuartelillo”. Ya iba a apagar la colilla cuando Benito

Marín pasó renqueando a lo largo de la plaza. Si Benito había comenzado su paseo de la tarde, eran ya la una y media. Consultó su reloj de pulsera. Las 13:32. Podía volver a casa a comer algo y hacer la siesta, antes de hacer su habitual ronda a pie de regreso a la oficina, pero la misma presencia de Benito volvió a recordarle lo que llevaba barruntando desde el sábado, así que prefirió levantarse e ir a la mesa auxiliar.

Sobre ésta, en bolsas de plástico etiquetadas, había un teléfono móvil, un manojo de llaves, una cartera de mujer, un paquete de chicles sin azúcar (comenzado), un mechero publicitario de plástico del Hostal Cañada (situado, como bien sabía Casañas, en San Blas), un bolígrafo, un rollo de cinta de embalar de seis centímetros de ancho (sin precinto, pero poco usada) y un libro con las páginas hinchadas y a punto de desencuadernarse completamente.

La cartera estaba fuera de su bolsa correspondiente (Casañas la había abierto nada más recibir la caja de cartón con el escudo de la Guardia Civil en cada una de sus paredes laterales) y su contenido se encontraba ahora repartido sobre la mesa: dos billetes de cincuenta euros, tres de diez y algo de calderilla, el DNI, el carné de conducir, la tarjeta sanitaria y una tarjeta de una caja de ahorros provincial, todo ello a nombre de Julia Nácher Pacheco, nacida el 6 de diciembre de 1971, de nacionalidad española, hija de Norberto José y de María de los Dolores. Al parecer, la gente de Vidal (puaj y repuaj) se había pasado dos días intentando dar con alguien de la familia a quien comunicarle la desaparición de la mujer, pero esta búsqueda también había sido infructuosa. Los padres habían muerto y existía una hermana mayor que había emigrado hacía años, quizá a Venezuela, quizá a Holanda. No se sabía nada a ciencia cierta.

Eso, a Casañas, le daba exactamente igual. Era otra cosa lo que le interesaba. Había comenzado a germinar en su mente una idea y quería dejarla crecer hasta saber a dónde le llevaría.

Rasgó ahora la bolsa que contenía el libro. Era un volumen de unas quinientas páginas. Lo comprobó: 491, contando los índices. Se trataba de *Canto General*, de Pablo Neruda, que debía ser el tipo calvo con nariz de aguilucho que la foto de la portada reproducía. Leyó algunas frases de la contraportada: Himno telúrico a los elementos... ascensión hacia la redención... tráfago deshumanizador del mundo masificado... una de las cimas de la poesía de nuestro tiempo. Un rollo, seguramente.

Poesía. ¿Qué hacía una tía como la que aquella Julia debía de ser con

un libro de poesía?

Dejó pasar las páginas. Al parecer, a Julia no le gustaban los marcadores de libros, porque algunas de ellas estaban subrayadas y muchas presentaban las señales de haber sido dobladas por la esquina superior. Una, concretamente la 40, había sido doblada de esta manera muchas veces. Casañas leyó:

A través del confuso esplendor,

a través de la noche de piedra, déjame hundir la mano

y deja que en mí palpite, como un ave mil años prisionera,
el viejo corazón del olvidado!

A Casañas no le sorprendió en absoluto no entender ni una sola palabra. Siempre había sido completamente refractario a la poesía, más allá del *Romance del Conde Arnaldos* y de la *Canción del pirata*, que había tenido que aprender de memoria en el colegio. Aquel Neruda le sonaba. Habían hecho una película sobre él, creía recordar. Aparte de eso, le resbalaba completamente. Además, no debía ser muy bueno, porque ni rimaba.

Sin embargo, le había llamado la atención una frase (que, evidentemente, también le había interesado a Julia, quien la había subrayado, posiblemente con un bolígrafo, cuyo trazo se había difuminado y adquirido el doble de grosor debido a la acción del agua): "a través de la noche de piedra". Era curioso. Tenía algo de rotunda. De oscura. De enigmática. Le pareció ambigua. No sabía, por ejemplo, si se refería a una noche *hecha de* piedra o a la noche *de la* piedra, al sueño que la noche dormía.

El viernes tuviste tu propia noche de piedra, bonita. La pregunta es en qué dirección la atravesaste, pensó.

— A través de la noche de piedra —volvió a repetirse, pronunciando ahora las palabras en voz alta, justo en el momento en que Estrella entraba, como era su costumbre, sin llamar. Al verle así, en pie ante la mesa auxiliar, con el libro abierto, hablando solo, la agente se puso en jarras y soltó una carcajada.

—Buenas tardes, Hamlet.

29

Marta paró de picar cebolla y se llevó un momento la mano derecha a

la parte baja de la espalda, a la altura de los riñones. Hizo un leve gesto de dolor, cogió del armario de las medicinas una gragea de voltarén y la engulló con un trago de agua. Sabía que debía consumirla en la comida, pero no podía aguantar el dolor y aún tenía que acabar de preparar el almuerzo y poner una lavadora.

Por la ventana de la cocina, que daba al patio trasero, echó una ojeada a lo que hacía Elisa, porque llevaba un rato sin dejarse oír y eso, a Marta, no le gustaba nada. No había cuidado. En uno de los extremos, en el parterre de las buganvillas, Elisa parecía muy interesada en componer una magnífica sesión de fotos entre las flores con tres de sus muñecas que ejercían de *top models* esqueléticas. Cualquier otro día, hubiera sonreído con orgullo maternal al contemplar esa escena. Quizá hubiera, incluso, ido a buscar la cámara de vídeo para filmarla secretamente y mostrársela luego a Sergio y a la abuela. Pero hoy no estaba de buen humor. Le dolía demasiado la espalda.

La noche anterior, sentado sobre el retrete junto a la bañera mientras bañaba a Elisa, Sergio la había recibido con un Ya era hora que no presagiaba nada bueno.

— Estrella se empeñó en que nos tomáramos una cerveza. Ya sabes cómo es cuando se empecina —contestó ella intentando tomar el relevo en la tarea.

Sergio, la rechazó aferrando con fuerza la esponja y dándole un discreto codazo y ella no insistió. Sabía que no le convenía. Dio un beso a Elisa y le preguntó qué tal lo había pasado. Elisa, sin mirarla (concentrada en sumergir y hacer emerger a su picachu de plástico) le dijo que habían ido al parque y que se había tirado por los toboganes muchas veces y que Yerobe le había tirado arena y que ella le había tirado arena también y él se había echado a llorar y que ella le había dicho Gallina Gallina. Marta pensó que las cosas se habían suavizado ante la sonrisa y la mirada cómplice de Sergio y, después de dar otro beso a su hija en la cabeza, fue al dormitorio a cambiarse de ropa para preparar la cena.

Estaba ante el armario abierto, preguntándose si se pondría el pijama de ositos o la camiseta verde pistacho y no escuchó llegar a Casañas. No le vio terminar de secarse las manos negligentemente ni arrojar la toalla sobre la cama. Sólo sintió el puñetazo, seco, duro, brutal en su riñón derecho al mismo tiempo que la mano izquierda le tapaba la boca para ahogar el grito sordo que Marta no llegó a emitir y se quedó en su pecho, abrasándole los pulmones, al tiempo que el sobresalto, el dolor y la impotencia inundaban sus ojos de repentinas lágrimas que

no llegaron a rebasar el límite de los párpados desmesuradamente dilatados. Un segundo después, estaba hecha un ovillo en el suelo, con la cabeza metida en el armario, intentando recuperar la normalidad en su ritmo respiratorio.

— Primero tu hija, tu marido y tu casa. Y después lo que le salga del chocho a la bollera ésa —escuchó decir a Sergio, que ni siquiera se agachó para intentar ayudarla a levantarse. Hablaba con lentitud, a media voz, con esa seguridad serena de quien tiene todos los ases en la manga.

Antes de irse a sacar a la niña de la bañera, le propinó un puntapié en el glúteo, no demasiado fuerte, pero sí lo suficientemente innecesario para que, más que dolor, produjera humillación.

Por supuesto, Sergio nunca reconocería en público (y mucho menos ante la misma Estrella) que no veía con buenos ojos la amistad entre Estrella y Marta. Era inteligente y ladino y sabía que le convenía mantener aquella comedia de la tolerancia, aunque no era la primera vez ni sería la última que el contacto entre las dos mujeres era la excusa para maltratarla. Sin embargo, Marta se negaba a interrumpirlo. Sobre todo por lo bien que se sentía siendo amada por alguien, siendo valorada y tratada cariñosamente, siendo la causa del deseo de alguien, aunque ese alguien fuera una mujer.

Sonó la puerta principal abriéndose. Marta consultó el reloj de la cocina y vio que aún no era ni la una, así que no podía ser Sergio. Asomó la cabeza por la puerta de la cocina y atisbó a ver la silueta uniformada de Estrella cruzando el salón. Al saberse sorprendida, ésta sonrió:

—Iba a darte un susto —dijo, riendo.

Marta hizo un gesto de asentimiento y volvió a su puesto ante la tabla de cortar.
—¿Qué pasa? ¿Estás de mala leche? —preguntó Estrella sentándose junto a ella sobre la mesa de la cocina.
—No. Bueno, sí —rectificó sin mirarla—. Pero también tengo que hacer un estofado antes de que venga Sergio. Y no falta ni una hora.
—¿Y a qué viene la mala uva? —dijo Estrella estirando un brazo para tocarla a la altura de las caderas, acariciándola.
Marta miró por la ventana para comprobar que su hija no se percataba de nada, dejó el cuchillo sobre la tabla, alzó el borde de la camiseta para mostrarle a Estrella la moradura y volvió luego a coger el cuchillo y a cortar ahora los pimientos que iban convirtiéndose en

daditos de color rojo.
—Hijo de la gran puta —masculló Estrella—. ¿Eso fue hoy?
—Anoche. Se supone que llegué demasiado tarde.
—Lo siento, mi amor. Fue culpa mía.
—Bah, no te preocupes. Si no hubiera sido eso, hubiera sido cualquier otra cosa —dijo Marta, echando los pimientos en la olla—. Chusquero de mierda —añadió para sí.
—Tienes que hacer algo, Marta. Si no, cualquier día te va a acabar matando.
—No. No te preocupes. Ningún niño se carga al gusano que está torturando. Lo deja vivir para tener algo que martirizar, ¿no te parece?
Estrella se puso en pie y volvió a ponerse la gorra, que había colgado del respaldo de la silla. La tomó por los hombros con suavidad y la hizo girar sobre sí misma, apartándola un poco de la ventana.
—Mírame —le dijo, mirándola profundamente en los ojos—. Mírame, cariño. Te prometo... Te prometo por lo más sagrado que esto terminará pronto. En cuanto tenga oportunidad, acabaré con ese patán. Y también me libraré de la vieja. Nos iremos tú, la niña y yo. Lejos las tres. Muy lejos de este pueblo de mierda. Y todo esto te parecerá un mal sueño. Te lo prometo.
—¿Sí? ¿Y cómo vamos a hacerlo?
—Ya se me ocurrirá algo. Tú confía en mí. ¿De acuerdo?
Estrella esperó el asentimiento de su amante. Marta, a su vez, supo que aquella promesa y aquella petición carecían de significado en una situación como la suya y en un lugar como San Expósito. Sin embargo, sintió compasión de las buenas intenciones de Estrella y, por no contrariarla, afirmó con la cabeza.
Estrella le guiñó un ojo con aparente seguridad, le dio un beso y se marchó, diciendo que tenía que ir a presentarse al final de su turno. Marta la contempló salir y luego siguió cocinando.
30

Mientras volvía en el Montero al cuartelillo, Estrella maldijo una y mil veces la estampa de Casañas. Luego maldijo también la de su madre. Y después comenzó a cagarse mentalmente en cada una de las imágenes que le salían al paso: la ferretería de Colás; la panadería de Berto; la óptica de Julián; el coche de Onésimo, que le cedió el paso entre las calles Peter Kien y Horacio Oliveira; la plazuela de Juntacadáveres con su jardín de calendrías; la terraza de La Sardinita; la miserable cojera de Benito Marín que, al fondo de la calle Principal, llegaba al lindero de la plaza del Ayuntamiento. Al final, tras aparcar en el flanco del edificio de la municipalidad, reservó su mejor insulto, su más meticuloso rencor al pueblo entero, aquella asquerosa población,

maldito agujero por cuyas hediondas calles había arrastrado su juventud.

Salió del vehículo y entró en el cuartelillo diciéndose que el infierno no queda lejos; que, para ser exactos, el camino hacia el infierno pasa por San Expósito. Notaba el calor de las llamas cuando atravesó las dependencias saludando con la mano a Hipólito, que le correspondió con una inclinación de cabeza. Casi pudo oler el azufre al acercarse a la oficina de Casañas. Sí, efectivamente: San Expósito es la última parada y fonda antes del encuentro con el mismísimo Satanás.

— A través de la noche de piedra —decía Casañas, justo en el momento en que Estrella entró, como de costumbre, sin llamar.

Al verle en pie ante la mesa auxiliar, con el libro abierto, hablando solo, Estrella supo que convenía que no se le notase el odio visceral, el radical rencor que la hacía escupirle mentalmente en la cara. Por eso decidió ocultarlo tras la familiaridad burlona y, poniéndose en jarras, soltó una carcajada.

— Buenas tardes, Hamlet.
Casañas volvió a dejar el libro sobre la mesa. —¿Qué hay, Estrellita?
—Nada. Vuelvo de la patrulla. Sin novedad,

aparte de que me llamó Paquita, porque Victoriano estaba otra vez jodiendo la marrana con la música.

— Ya. Para no variar —repuso Casañas, descuidadamente, antes de dejar el libro sobre la mesa y volver a observar el conjunto.

Se había quedado allí, parado, con los nudillos apoyados sobre los bordes de la tabla, y sus ojos parecían seguir los saltos de su mente, al moverse con rapidez de un objeto a otro.

—¿A qué le estás dando vueltas, jefe? —Ven aquí, reina.

Estrella se situó junto a él y miró también el inventario.
—Dime una cosa, Estrella. Esto es lo que había de esa mujer en el coche. Estaba todo dentro del bolso. Dime, ¿hay algo que te parezca raro?
Estrella se tomó unos segundos antes de contestar.
—Bueno, parece que a la amiga Julia le gustaba la poesía —dijo, al fin.
—¿Lo has leído?
—No, jefe, tú sabes que yo, si me sacan de Vázquez Figueroa...
Casañas notó que la conversación estaba a punto de desviarse y

procuró encauzarla de nuevo.
—Vale, vale. Pero, hazme el favor: concéntrate. ¿Qué ves tú aquí de extraño?
Estrella dudó un poco antes de contestar.
—No sé, jefe. Quizá el rollo de precinto. A no ser que estuviera de mudanza, no es lo típico que una lleva en el bolso.
—Ya, eso también lo pensé. Pero fíjate un poco más.
Estrella volvió a mirar todos los objetos, uno por uno: el bolígrafo, el mechero, el monedero, los billetes, el rollo de cinta, el libro, las tarjetas, el carné de conducir y el de identidad. Poco a poco, su atención se centró en las fotos. La del DNI mostraba a una mujer con el cabello recogido en un moño del que se habían escapado unos rizos que enmarcaban un rostro hermoso. La del permiso de conducir era una mujer más joven, con el pelo suelto, más seria. Pero, en ambas fotos, los ojos de gata, la boca bien dibujada, las pestañas largas y los labios pintados cuidadosamente.
—¿No había ningún neceser? —preguntó al fin. Ante el silencio de Casañas, supuso que éste no le había entendido y aclaró:— Un estuche, un set de maquillaje, quiero decir.
—Bingo, Estrellita. Ni un neceser, ni un set, ni un espejito, ni un triste pintalabios.
—¿Tampoco en la guantera?
—En ninguna parte. Ni en la pensión
—Pues, evidentemente, la tía se maquillaba.
—Y tampoco había compresas, salvaeslips, ni tampones.
—Joder, pues sí que es raro, sí —comentó Estrella.
Casañas volvió a sentarse tras su escritorio, bastante satisfecho de su propia sagacidad y orgulloso de la de Estrella. Ella se sentó frente a él y encendió un cigarrillo.
—Vale, la verdad es que eso es muy raro, sobre todo si la muchacha vivía a salto de mata —dijo—, pero, en resumidas cuentas, ¿qué es lo que significa?
—Todavía no lo sé, Estrella. Todavía no lo sé. Casañas parecía sincero. Volvió a tomar la palabra sólo después de empujar con dos dedos los papeles que había estado revisando hasta que quedaron ante Estrella.
—Pero eso no es lo único raro en todo esto. Échale un vistazo al informe y a los historiales de los amiguetes.
Cuando consideró que Estrella comenzaba a hacerse una idea de lo que decían los documentos, continuó hablando, acompañando su lectura.
—En primer lugar, a Maestro Colacho le encontraron chocolate, alcohol y valium en la sangre. El chocolate y la priva son casi de manual, pero ¿a qué viene lo del valium? Eso es adicción de marquesas. ¿Tú conoces algún tipo de esta calaña que se meta

diazepán?
Estrella negó con la cabeza sin parar de leer.
—Luego está lo de la navaja, Estrella. No me digas tú a mí que el tipo iba conduciendo a toda mecha, hasta arriba de sedantes y llevaba la navaja en la mano izquierda por fuera de la ventanilla. Me parece un pasatiempo de lo más gilipollas. Además, si hubiera ido así, tal y como cayó el coche, se hubiera destrozado el brazo izquierdo. Pero no. El brazo que quedó lesionado fue el derecho.
Justo en ese momento, Estrella echaba un vistazo al historial de Julia Nácher.
—Y, por si no fuera poco todo esto, te pregunto: ¿dónde carajo está la moto de Umpiérrez? —Estrella clavó su mirada en él, asintiendo— Lo digo porque se supone que el tipo se fue de La Parada en su moto, un cacharro enorme, al que luego resulta que se lo ha tragado la tierra. Y aparece un par de horas después dentro del Renault de su amiguita en el fondo de la desriscada —Casañas dio una palmada para enfatizar su siguiente frase—. No pega. No hay quien se lo trague.
Volvió a hacerse el silencio. Casañas miró hacia la puerta cerrada de la oficina, como si temiese que alguien les hubiese oído hablar. Estrella, por su parte, parecía poner algo de orden en sus pensamientos.
—De acuerdo, jefe —dijo finalmente—. Tenemos un montón de cosas que no casan con la versión oficial. Pero yo, la verdad, no entiendo a dónde quieres ir a parar.
Casañas miró su reloj.
—Todavía no te lo puedo decir. Tengo que comprobar un par de cosas. ¿Qué vas a hacer esta tarde?
—Pues, no sé. No tenía nada planeado.
—Yo no voy a volver después del almuerzo —informó mientras se levantaba y cogía el móvil y las llaves—. Voy a ir a darme una vuelta por San Blas, a enterarme de una cosa. Si estoy en lo cierto, te llamo esta tarde y nos vemos. ¿Te parece?
—Bueno, a ver si Carmela se queda con la vieja. Pero, ¿por qué no me cuentas nada ahora?
Estrella se había levantado y avanzado hasta la puerta. Tenía la mano en el pomo cuando Casañas le indicó que esperara antes de abrirla. Sólo después de recoger los papeles y guardarlos en una carpeta, respondió a su pregunta.
—Porque primero quiero asegurarme, Estrella.
—Pero luego darás parte, ¿no? Que tampoco es que nosotros seamos Jake y El Gordo.
—Ya veremos, Estrella. Quiero asegurarme. No me apetece hacer el ridículo. En lo que sí confío plenamente es en tu discreción. Eres la única persona de todo este jodido pueblo con la que se puede contar.

¿Me guardarás el secreto?
Estrella emitió un bufidito.
—Qué remedio, jefe. No me queda otra. 31

Julia sabía que el ruido ya estaba allí. De hecho la había acompañado durante todo el sueño. Un sonido interminable de turbina, no demasiado alto, pero persistente, sin alteraciones, sin silencios, sin cambios de ritmo, sin paradas. Incluso en el mundo onírico de las pesadillas que la habían asaltado durante las horas, los días o los minutos que hubiese dormido había estado ahí, representando el generador en la estación polar olvidada donde había sido conducida como a una sucursal de un gélido averno o el estertor de la risa del hombre con cabeza de gallina que pretendía amputarle los senos con unas tijeras de podar.

Ahora, al despertar, aun antes de abrir los ojos, intentó identificarlo, porque ese tipo de cosas se hacen mejor con los ojos cerrados. Le pareció que podía ser, en efecto, un generador o un compresor de aire, pero no era probable, ya que esos artefactos suelen tomar aliento periódicamente y este no era el caso. Además no tenía un volumen tan alto. No. Debía tratarse de un ventilador o un aparato de aire acondicionado. Aunque no sentía fresco. Antes bien, el aire estaba bastante caldeado. Determinó que debía tratarse de un extractor justo unos segundos antes de alzar por primera vez los párpados y sentir la terrible herida en las córneas. Volvió a intentarlo varias veces, después de parpadear repetidamente, hasta que la luz del fluorescente dejó de resultar una agresión. Poco a poco, las cosas fueron adquiriendo formas y colores, diferenciándose en la nube borrosa que se disipó progresivamente. La cama estaba en un lateral de una especie de celda sin ventanas ni puertas. Se adivinaba sólo, en el techo, un poco más allá del fluorescente, una trampilla cuadrada, de un metro de lado, aproximadamente, a la que había adosada una escalerilla articulada, plegada ahora.

El cuarto (pero no era un cuarto: era, claramente, un zulo) estaba pintado de rosa pálido. El suelo (pudo verlo girando su cabeza hacia la derecha todo lo que pudo) parecía de cemento, pintado de gris. En la esquina opuesta, había un retrete, un lavamanos con espejo y una ducha, con grifería monomando y piezas de calidad, en contraste con la austeridad del resto.

Había también un tocador, con espejo y una silla. Sobre el tocador había un bulto de colores vivos, en el que no tardó en reconocer su neceser de aseo. Sin embargo, su bolso no estaba por ninguna parte. No vio, tampoco, ningún orificio de respiración. Así que se confirmó

en su idea de que el ruido correspondía a algún tipo de mecanismo de ventilación, cuya ventanilla debía de estar situada, seguramente, bajo la cama.

Cómo había llegado hasta aquel lugar, cuánto tiempo llevaba allí o por qué no podía mover más que la cabeza eran preguntas que no se hallaba en situación de responder con certeza. Intentó averiguar qué recordaba. Recordaba a Nico. Nico llegando a la casa de Germán. Recordaba, también, a Germán: el plan que ella había alterado porque le había apetecido acostarse con él. Y recordaba a la perra, pariendo. Recordaba a Germán y a Nico saliendo a asistir a la perra y se recordaba a sí misma cogiendo la copa de vino. Después nada, salvo oscuridad, pesadillas, un dolor punzante en el brazo.

El brazo. Su brazo. Miró su brazo y lo vio extendido a lo largo de su cuerpo, descubriendo, al mismo tiempo, que alguien había estado inyectándole algo (tenía varias marcas de pinchazos) y que si no podía moverse era porque estaba fuertemente sujeta a la cama por unas correas de cuero, de unos seis centímetros de ancho, provistas de hebillas muy recias. Pensó en moverse para probar la resistencia de las correas, pero se supo demasiado débil aún. Bastante había tenido ya con lograr abrir los ojos.

Casi sin darse cuenta, volvió a dormirse. 32

En pie, de espaldas al escritorio de su despacho, Germán contemplaba la Avenida del Mar y el Muelle de Embarcaciones de Recreo. El ruido del tráfico incesante no llegaba hasta el despacho, ubicado en la última planta del edificio GOMASA, porque los cristales y marcos de los amplios ventanales estaban elaborados con materiales aislantes. Lo que sí llegaba era la claridad insultante del cielo, imposiblemente azul y la paz verdosa del mar. A espaldas de Germán, al otro lado del escritorio, Viera y Sarabia se empeñaban en informarle una vez más de los inconvenientes de una venta demasiado prematura en el asunto RD. Viera sostenía que las ventas se habían mantenido estables desde la adquisición. Sarabia opinaba que aún podrían mantener la cuota de mercado unos seis meses más. Germán les escuchaba como un molesto ruido de fondo, acostumbrado a las presuntas seguridades y la supuesta lucidez de aquellos niños repeinados de gimnasio, sauna y máster en Estados Unidos. Su mente estaba más allá.

¿Cómo prefieres que te recuerden, viejo? ¿Como al empresario que supo modernizar una vieja empresa familiar y la convirtió en la más poderosa de la región? ¿Como al ricachón huraño que no invita a un socio a su casa desde hace años? ¿Que pasa dos horas diarias

mortificándose en el gimnasio sin cruzar ni una palabra con persona alguna? ¿Que no toma copas con nadie? ¿Que con nadie va a cenar?

El estudiante brillante. El maduro bien conservado. El divorciado misántropo. El hombre disciplinado. El tipo que va de cacería, pero no a los cotos de caza mayor, como tus socios o tus rivales, sino a coger conejos a un kilómetro de su casa, de esa casa donde te pasas la vida recluido con tus perros, huyendo de toda esta mierda de golf y de pádel y de vela y de pequeños pelotas engominados que se rompen el culo por conseguir en un año lo que tú has acumulado a lo largo de treinta de tenerlos cuadrados y demostrarlo. El tipo culto que recorre las librerías de viejo de la ciudad cada tarde, después del trabajo. El rico excéntrico que pasa sólo por el pueblo para hacer la compra. El loco de la colina. Que saluda amable y cordial a todos pero no entabla conversación si no es interpelado. El bien mirado. El envidiado. El despreciado.

No. No te recordarán con la insulsa admiración de los mediocres. Te recordarán como a un monstruo. Cuando se sepa (porque llegará a saberse, antes o después, mucho después, probablemente, de tu muerte), cuando se sepa te recordarán como al tipo infame, el inicuo, el monstruo que habitó entre nosotros sin que nadie pudiera darse cuenta porque era un lobo con piel de cordero, un animal feroz, la bestia atroz que lo tuvo todo y quiso más.

Nunca te contagiaron el virus de la mediocridad. Sobreviviste a cualquier intento de normalización: ni la escuela, ni la Universidad, ni el servicio militar, ni el matrimonio hicieron mella en tu condición de ser privilegiado por la naturaleza, a la que supiste abrazar. Lo supiste desde siempre. Tú estabas hecho de otra pasta. Tal vez otros también, pero tú supiste darte cuenta y cultivaste aquellos aspectos de ti que lo precisaban para convertirte en lo que eres hoy: ese ser que ha hallado la excelsitud, ese hombre superior, inmensamente superior a los demás y que, por tanto, sólo se halla cómodo entre iguales. Por eso ni tus socios ni tus subordinados ni tus rivales son dignos de ser invitados a compartir la intimidad de tu casa. Ninguno de ellos (ninguno de los otros) es capaz de comprender hasta qué punto eres un elegido que debe soportar la terrible carga de disimular su condición entre ellos.

Sólo en los negocios puedes desvelar tu verdadero carácter. Sólo ahí se acepta la abolición de la estúpida moral burguesa con su inconsistente discurso de piedad, compasión y derechos divinos.

En algún momento, la lluvia de datos y previsiones fue languideciendo. Germán lo notó porque las pausas entre ráfaga y

ráfaga de palabrería fueron haciéndose más largas y frecuentes. Allá abajo, un grupo de gaviotas hacía giros en redondo sobre los mástiles de los veleros de lujo y a Germán se le ocurrió que, pese a que aquellos cristales le libraban del ruido de los coches, también le privaban del sonido de las gaviotas.

Sus subordinados habían acabado por callarse. Siempre sin volverse a mirarlos, dijo:
—El índice de ventas no ha bajado, pero tampoco aumenta. Y aunque se mantuviera la cuota seis meses, sólo sería durante ese tiempo. Ese sector está a punto de empezar a desinflarse. Podríamos, por supuesto, aguantar esos seis meses. Después, hasta podríamos hacer un ajuste de personal, y aguantar unos seis meses más. Pero, si los de Abenage son tan gilipollas de morirse por comprar la empresa ahora, ¿por qué voy a librarles yo de ese placer? Se la vendemos, y punto. Que encaren ellos el reajuste, las protestas, la negociación con los sindicatos, toda esa mierda.
Viera y Sarabia se miraron entre sí, diciéndose con los ojos que el viejo empezaba a chochear, que cada vez estaba más cabezota, pero se cuidaron de no emitir palabra alguna. Tras el largo silencio que siguió a las palabras de Germán, Sarabia se atrevió a preguntarle si debía decírselo, entonces, a los de Abenage y al gabinete legal para que prepararan los papeles.
—Sí. Al gabinete, sí —respondió Germán—. A los de Abenage, les llamas y les dices que no vendemos.
—¿Qué? —se le escapó a Viera.
—Déjame seguir, Viera. Sarabia: les dices que no vamos a vender. Pero lo haces de forma extraoficial. Se lo puedes decir a esa rubia, la que te estabas beneficiando, ¿cómo se llamaba?
—¿A Esther? —completó Sarabia.
—Eso es. A Esther. Si quieres, la invitas a cenar, por los viejos tiempos y todo eso. Lo cargas en gastos de representación. Y si tu mujer no se entera, le echas un cuajo de mi parte. Pero le sueltas que yo me resisto a vender todavía, porque la empresa está manteniéndose y, además, estamos a punto de sacar un producto nuevo. De hecho, acabamos de conseguir la patente.
—¿Un producto nuevo? —Germán no podía ver, aunque sí adivinar, la mandíbula colgante de Sarabia.
—Sí. Algo que revolucionará el mercado. No sé: un pelagambas hidráulico o una puta con tetas en la espalda, lo que se te ocurra. Pero algo que vale la pena. Si no sacamos en esto un veinte por ciento más de lo que ofrecen ahora, me corto la polla y se la envío a tu amiga Esther en un estuche forrado de terciopelo.
Dicho esto, Germán miró su reloj.

—Bueno, asunto zanjado.
Los dos subdirectores entendieron perfectamente lo que quería decir aquella frase y, tomando sus agendas, se levantaron y salieron del despacho.
La puerta no llegó a cerrarse. Por ella asomó la cabeza de cabello color zanahoria de Nieves, con sus cincuenta años bien despachados que la disciplina de los afeites no conseguía disimular. Germán pareció notar su presencia y esta vez sí se volvió. Era, quizá, la única persona en quien realmente confiaba y la única a quien permitía tratarle con algo de familiaridad.
—Nieves, ¿consiguió lo que le pedí?
—He llamado a dos casas de alquiler y nada. En la tercera me dicen que pueden tener algo, pero, hasta pasado mañana, no.
Germán acarició con los pulgares la seda de su americana, que colgaba del respaldo de su sillón mientras lo pensaba un poco.
—Está bien —respondió al fin—. Ese traslado puede esperar un par de días. No pasa nada.
—De acuerdo —contestó la secretaria.
—¿Hay algo más para hoy?
—No. En principio no hay nada previsto.
En cuanto escuchó esta frase, Germán se puso en marcha: apagó el ordenador, metió su cuaderno y la agenda electrónica en su maletín de trabajo.
—Pues aprovecho y me voy pronto.
—Muy bien —repuso Nieves iniciando la retirada hacia la antesala.
—Nieves —volvió a llamarla Germán.
Ella se paró en el umbral.
—Si quieres, tómate un respiro tú también. Sólo queda una hora para salir y hace un día bonito.
—Gracias, don Germán, pero quiero repasar el correo electrónico.
—Que lo hagan las niñas, Nieves. O, si no, lo dejas para mañana, que no se va a hundir el mundo.
—Me mima demasiado.
—Para alguien que hay aquí que se lo merece, no me voy a cortar.
Intercambiaron una sonrisa de complicidad. Veinte años trabajando juntos eran muchos años. 33

Estrella, en vaqueros y camiseta, acababa de comenzar su segunda lata de cerveza cuando el viejo Corsa gris de Casañas aparcó justo ante su puerta. Carmela no había podido venir a cuidar a su madre, así que finalmente habían acordado verse en la casa de la agente. Al entrar, Casañas tomó la lata que la anfitriona le ofreció en el mismo umbral a modo de saludo y tomó asiento en una de las sillas del comedor, dejando a un lado la carpeta de dossier. Estrella se sentó frente a él.

No se habían cruzado aún la palabra. Casañas aguzó el oído y escuchó el amortiguado sonido del televisor que, en el dormitorio de la madre de Estrella, ofrecía un magazín de tarde.

— ¿Estará dormida? —preguntó, señalando con la cabeza hacia el pasillo.
—Ni puta idea. De todos modos da igual. A lo mejor hay suerte y se ha asfixiado con un gargajo.
Casañas negó con la cabeza resoplando.
—La verdad es que eres una hija de mierda.
—Ella fue una madre de mierda. ¿No te ha contado Marta cómo me las hizo pasar?
—No sé. Te crió ella sola.
—Claro. Cuando mi padre salió por pata para no meterle dos puñaladas. Además, estoy hasta los ovarios: sólo porque ahora esté impedida no tiene que darme pena. De hecho, estoy frita por que la palme. Y si no fuera porque me iba a costar una pasta, ya la hubiera metido en una residencia.
Casañas no supo qué responder. Cada palo que aguante su vela, solía pensar cuando salía el tema de la madre de Estrella. Se limitó a dar otro trago a su cerveza.
—Bueno, ¿me vas a seguir teniendo en ascuas? —dijo ella— ¿A dónde fuiste?
—Fui a San Blas, al Cañada. Conozco a uno que trabaja allí. Resulta que Julia Nácher y Nicolás Umpiérrez estuvieron alojados en el hostal entre el 16 y el 18 de marzo.
—Vale. ¿Y?
Él mostró una sonrisa de superioridad, extrajo de la carpeta uno de los folios impresos que ya le había mostrado por la mañana y se lo entregó.
La hoja reproducía una noticia de un periódico local. “Asesinan a un empresario en su propio domicilio”, rezaba el titular. Alguien había penetrado, probablemente granjeándose su confianza, en la casa de Arturo Gómez Benítez, y, tras amordazarle, le había torturado hasta el límite de la resistencia humana para hacerle confesar la combinación de su caja de caudales. Una vez desvalijada la misma, el empresario había sido degollado. Había ocurrido en la noche del 17 al 18 de marzo.
—Demasiada casualidad, ¿no?
—¿Crees que lo hicieron ellos?
—Ajá. De hecho, me da la impresión de que no era la primera vez que lo hacían. La cosa podía ser así: la chica iba por delante, se ligaba al tipo para que la llevara a casa y, una vez dentro, abría al amigo Nicolás. Hay un par de casos más así sin resolver por toda la isla, con

intervalos de seis o siete meses —mientras decía esto, Casañas entregó a Estrella un par de folios con noticias similares—. Lo suficiente para que se les acabara el dinero y tuviesen que volver a actuar.
Estrella leyó los titulares de las nuevas páginas.
—Reconoce que es muy plausible. Y, además, eso explicaría algunas cosas.
—Por ejemplo —se adelantó Estrella—, para qué llevaba la Nácher cinta de embalar en el bolso.
—Sí, eso también. Pero primero y sobre todo, qué demonios hacían estos dos por aquí.
Estrella le miró con ojos redondos.
—¿No te lo habías preguntado? ¿De verdad no te habías preguntado qué hacían dos elementos así en San Expósito? O, más concretamente, ¿qué pintaban en la zona del Roque del Malo?
Hubo unos segundos de silencio, en los que Estrella pensó la respuesta a lo que Casañas acababa de plantear.
—¿Bethencourt? —preguntó al fin.
—Exactamente: Bethencourt. Iban a por Germán Bethencourt.
—No me jodas... —articuló ella volviendo a mirar los titulares—. Entonces, lo salvó la campana.
—Eso parece. O se salvó él solo.
—Ahora sí que no te entiendo.
—Yo tampoco lo tengo muy claro, Estrella. Pero me sigue chocando muchísimo lo del valium.
—Pero, ¿qué es lo que quieres decir?
A la mente de Casañas vinieron imágenes diversas y entremezcladas. Aparecieron, sucediéndose y superponiéndose progresivamente el Renault 5 destrozado, mientras era elevado por la grúa; el bolso en manos de un guardia civil; las gafas de sol de Vidal; el café en casa de Bethencourt, su sonrisa meliflua y comprensiva, su amable curiosidad y, finalmente, un gesto extraño, sorprendido durante sólo unos segundos, cuando él le hizo cierto comentario. Y, de en medio de toda aquella miscelánea de recuerdos, una imagen cobró de pronto fuerza entre todas, ocupando todo el espacio, revelándose con la nitidez propia de un universal, pese a ser la cosa más contingente del mundo: una simple mancha en una alfombra.
—Estrellita —dijo—, todavía no puedo decirte nada con seguridad. Estoy trabajando sobre demasiadas suposiciones. Déjame que me entere de un par de cosas más. Puede que luego me haga falta que me eches una mano. Por lo pronto, lo único que te pido es que me guardes el secreto.
Estrella asintió. Justo en ese momento atravesó la casa, sobre el sonido de la televisión, una voz humana, gangoseando algo parecido a su nombre.

—Ya se despertó la vieja —dijo acabando de un trago la cerveza y eructando sonoramente antes de levantarse y perderse por el pasillo.
34

La despertó otro ruido, breve, repentino. Una tos. Un golpe de tos de alguien a su lado. Abrió los ojos y vio al hombre, a Germán, sentado en la silla que había situado a la cabecera, con una camiseta de color amarillo, y mirándola con una leve sonrisa tranquila. Parecía sentirse en paz, muy satisfecho. Extendió una mano y le tocó un momento la frente, como si le comprobase la temperatura.

Julia miró más allá de él y comprobó que la escalera estaba desplegada, desde el suelo hasta la trampilla, la cual estaba abierta y permitía, desde aquella situación, ver el respaldo de un sofá que le resultó familiar.

— ¿Dormiste bien, cariño? —preguntó el hombre.
Ella había visto aquel tapizado. Era... Claro... Era el sofá del salón de la casa de Germán. No había salido de allí. No había salido de allí en ningún momento.
—Eh —le llamó él la atención, presionándole la clavícula con dos dedos—. ¡Eh! —volvió a repetir y sólo cuando ella le miró nuevamente, adoptó nuevamente su actitud serena—. ¿Dormiste bien, cielo? ¿Eh?
Intentó contestar y ningún sonido salió de su boca. Volvió a intentarlo de nuevo, pero era como si tuviese los labios sellados, como si le hubieran pegado la lengua al paladar. Finalmente, se resignó a asentir.
—Todavía no puedes hablar —comentó Germán—. No te preocupes. Dentro de un par de horas estarás perfectamente.
Germán hizo una pausa, se levantó y comenzó a aflojar las hebillas de las correas. Sólo entonces Julia se dio cuenta de que estaba completamente desnuda bajo la sábana.
—Tendrás ganas de ir al baño —decía él mientras realizaba su tarea—. ¿Te duele la cabeza? ¿Quieres una aspirina?
Julia volvió a negar con la cabeza.
—Bueno, si luego te sientes mal no tienes más que decírmelo.
Ya había liberado su cuerpo. Sus extremidades estaban libres de las correas. Pero Julia prácticamente no las movió. Se limitó a estirar las piernas y esperar al desentumecimiento. Germán, por su parte, comenzó a hablarle, poniéndole otra vez la mano en la frente.
—Te estarás haciendo un montón de preguntas, Julia. Ya te iré respondiendo poco a poco. De entrada, te diré que estás en mi casa. En el sótano. Bueno, en una especie de pequeña vivienda que hice yo mismo. No está en los planos originales, pero ya comprobarás que no le falta de nada, aunque no sea muy grande. Considérala una especie

de segundo cuarto de invitados. Pero —y recalcó lo que decía ampliando su sonrisa y alzando el índice— sólo para invitados ilustres ¿eh? Muy ilustres. Gente VIP.
Riéndose de su propia ocurrencia, se agachó y cogió del suelo algo que resultó ser un botellín de agua. Lo abrió y aplicó con cuidado el gollete a los labios de Julia, vertiendo en ellos el líquido suficiente para hidratarla. Una gota se escapó por la comisura y recorrió el rostro hasta el cuello y Germán hizo desaparecer el hilillo de agua valiéndose, dulcemente, del dorso de su mano.
—Tu hermano —prosiguió diciendo—, bueno, tu presunto hermano no tuvo suerte. Pero no te preocupes, te olvidarás pronto de él. La verdad es que ustedes no se portaron muy bien conmigo. Vaya, seamos exactos: no pensaban portarse muy bien conmigo. Seguro que ustedes son los que acabaron con Arturo Gómez, ¿verdad?
Hizo una pausa de unos segundos, quizá para permitir a la abotargada memoria de Julia encontrar a Gómez, el último de la lista de maduros solitarios que Nico y ella habían embaucado en los últimos años. Gómez. Arturo. Sesentón y calvo. Pequeño y enteco. Aquél que tenía algo que a Julia le recordaba a su tío Ramón. El mismo a quien quiso perdonarle la vida; por quien, inútilmente, intercedió ante Nico.
—Pobre Arturo. Yo lo conocía, ¿sabes? No es que fuéramos amigos, lo que se dice amigos. Pero habíamos coincidido alguna vez en algún acto del Círculo de Empresarios. No parecía mala gente, aunque supongo que tendría sus pequeños vicios, como todo el mundo —hizo un mohín de supuesto desagrado—. En fin, el asunto es que ustedes pensaban hacerme lo mismo que al pobre Arturo. Ojo, que yo no digo que esté mal. Cada uno se gana la vida como puede y jode a quien se deja. Pero sólo si puede permitírselo. Y ustedes, querida, conmigo, no se lo podían permitir. De hecho, si estás viva todavía es, como ya habrás supuesto, porque me gustas. No sé, tienes posibilidades. Ya me entiendes. Me gustó acostarme contigo. Todo es mejorable. Pero me gustó. Así que, si nos llevamos bien, puede que pasemos juntos una temporada agradable.
Mientras decía esto, su mano derecha había comenzado a pasear arriba y abajo por el cuerpo de Julia tapado por la sábana. Ella decidió que le convenía dejarse hacer. Aunque ahora sintió verdadera repulsión hacia aquel mismo hombre a quien había deseado, su sentido común le indicó que no estaba en condiciones de elegir.
—Eso sí —advirtió Germán, con rostro severo—, como ya te he dicho, estás viva sólo porque me gustas. Así que te aconsejo que hagas todo lo posible para seguir gustándome —una sonrisa se abrió paso en su cara—. ¿De acuerdo?
Julia asintió otra vez.
—Por lo demás, espero que te sientas cómoda en mi cuarto de

invitados ilustres. Por supuesto, no lo construí para ti. Fue para otra persona.
En lo ojos de Julia debió leerse la sorpresa, porque Germán se apresuró a aclarar:
—Sí, cariño. ¿Qué pensabas? Hubo otra antes que tú. Paula. Ya te hablé de ella en otra ocasión. Sí, chiquilla, mi mujer. ¿Sabes que la muy zorra pensó que podría abandonarme? De acuerdo, era demasiado joven, quizá. Le faltó inteligencia para darse cuenta de qué era lo que más le convenía. Así que tuve que retenerla para enseñárselo. Lo que pasa es que no supo estar a la altura de las circunstancias. Una pena.
En el silencio subsiguiente, flotaron los recuerdos de Germán y los temores de Julia. Había ido a caer justo en el centro de la desgracia, como esas moscas que perecen atrapadas en las flores de una planta carnívora a la que han llegado atraídas por el colorido y el aroma del polen, ignorantes de su internamiento entre las fauces de la bestia.
—Bueno, ¿crees que podrás llegar sola hasta el retrete? —preguntó Germán, poniéndose, inesperadamente, en pie.
35

Hubiera sido muy inusual que Bethencourt estuviera un martes por la mañana en casa. Casañas sabía que cruzaba el pueblo en dirección a la ciudad, cada día, entre lunes y viernes, sobre las siete y media de la mañana. La vuelta era distinta. A veces se le veía en el pueblo a media tarde, tomando el aperitivo con Onésimo en La Sardinita. En otras ocasiones, su todoterreno no aparecía por la calle Principal hasta el anochecer. Pero, de cualquier manera, nunca regresaba antes de mediodía. Aún así, desde muy temprano, Casañas se apostó en la carretera, justo en la desviación del camino a Las Salinas, y esperó a ver pasar el Range Rover antes de entrar en su coche y dirigirse a Roque del Malo.

En cuanto salió del Corsa, estacionado a unos metros de la casa, Safo y Homero comenzaron a deshacerse en ladridos. No les temía. Les trataría con respeto, pero no les temía, porque le conocían y porque, además, demostrar miedo ante un perro es una de las cosas más peligrosas que hay. Llevaba, por otro lado, dos buenas piezas de hígado de ternera en una bolsa de plástico, por si no le recordaban.

Llegó a la puerta de la tapia y encontró lo que esperaba: Safo encerrada con sus cachorros, a dos patas contra la rejilla metálica de la puerta de la perrera, más agresiva e inteligente que Homero, que ya alternaba sus ladridos con gemiditos de alegría y movimientos de cola, estimulado por el olor conocido de Casañas y el más penetrante y esperanzador del hígado. Por si acaso, se dejó reconocer unos

segundos más, acercando la mano a la cancela y dejando que Homero le olisquease bien, tranquilizándole con palabras cariñosas.

Después, utilizando índice y pulgar, para no mancharse, sacó de la bolsa una de las dos piezas y se la dio a Homero, que se alejó con ella unos metros, dándole ocasión de introducir la mano y descorrer el cerrojo. Casañas sabía bien que aquel cerrojo carecía de cerradura o candado. ¿Quién se atrevería a entrar con aquellas dos bestias rondando sueltas en el patio, tal y como solía ocurrir habitualmente?

Se preguntó por qué Bethencourt no había sacado a Safo aún de la perrera, pero al acercarse a ésta y observar el brillo asesino en los ojos de la perra, al escuchar el gruñido sordo que brotaba de su garganta, adivinó que se trataba de una forma de proteger a Homero de posibles agresiones por parte de ella, que debía sufrir un estado muy grave de estrés.

— Las hembras siempre igual —dijo en voz alta, sin por ello dejar de colarle por entre la abertura de la puerta de rejilla su correspondiente trozo de hígado, cuidando, eso sí, de no poner los dedos a su alcance.

La pieza viscosa quedó encajada entre el bastidor y la puerta, y comenzó a deslizarse lentamente hacia abajo con un sonido casi imperceptible de babosa deprimida cantando boleros. Safo se acercó, la olisqueó, meneó ligeramente el rabo y volvió a su puesto de guardia, sin quitarle el ojo de encima a aquel tipo bigotudo y gordo del uniforme celeste que la miraba con sorna y que, aunque viniera de vez en cuando con el amo, no pintaba nada allí y ahora, solo y sin el amo en casa.

Ya había dedicado demasiado tiempo a los perros. Se plantó ante la fachada preguntándose por dónde empezaría. La azotea no le interesaba. Le interesaba, más bien, entrar en la casa. No tendría tanta suerte de encontrar una llave de la puerta en uno de los maceteros. Eso sólo ocurría en las películas y en las malas novelas. Aun así, los inspeccionó.

Le hubiera resultado muy difícil abrir la puerta principal sin forzarla. Y no entraba en sus planes que se notara que había allanado la vivienda. Las dos ventanas que daban a la parte delantera tampoco parecían accesibles.

Dio una vuelta por el huerto, siempre seguido por Homero, que movía el rabo y babeaba como una hiena en un matadero. Los nísperos habían comenzado ya a caer al suelo. Era una pena, con lo que le

gustaban a Elisa. De pronto, recordó que había un cuarto de baño que debía dar hacia este lado de la fachada. Giró en redondo y vio la ventana de guillotina y la persiana bajada a medias. Ahí estaba su oportunidad. Con serenidad, se limitó a aprovecharla. Sacó del bolsillo la pequeña navaja de pescador que solía llevar y la introdujo por la rendija para hacer palanca. La ventana comenzó a ceder. No estaba asegurada por dentro. Sólo tuvo que elevarla lo suficiente para poder meter los dedos y abrirla. Cabría fácilmente, aunque, por la altura a la que estaba situada, tendría que entrar de cabeza. Cuando ya estaba con medio cuerpo en el interior, sintiendo cómo Homero le olisqueaba los pies y temiendo que caería de cabeza dentro del retrete, que estaba abierto, pensó que tenía que haber maneras mejores de ganarse el pan.

Por suerte, el cristal no se rompió cuando la guillotina de la ventana cayó de golpe al mismo tiempo que Casañas quedaba tirado en el suelo del cuarto de baño con las piernas aún sobre el inodoro.

Se levantó con la mayor dignidad posible e hizo un rápido balance de daños. Había logrado entrar sin hacer demasiado estropicio.
36

Horas más tarde, en su cuarto, mientras limpiaba el cañón de la Walther, Casañas recordó cómo había registrado palmo a palmo la vivienda; cómo se plantó en medio del salón y examinó, primeramente, la alfombra. La mancha ya no estaba. Bethencourt se había apresurado a hacerla desaparecer, pero eso no era ningún delito. Nadie ha sido acusado por limpiar su alfombra. Así que Casañas determinó comenzar de cero.

No sabía exactamente qué buscaba, aunque tenía la vaga idea de que encontrar un neceser de aseo femenino sería un buen comienzo. El dormitorio principal, el despacho, la cocina, de nuevo el cuarto de baño fueron inspeccionados por Casañas, que abría cajones, armarios y alacenas con toda la celeridad posible (ya era casi media mañana y no podía descartarse que alguien pasara por allí, viese su coche y sintiese curiosidad), procurando dejar todo como lo había encontrado. Cuando le tocó el turno al cuarto de invitados comenzó a preguntarse si había tenido realmente una buena idea. Menos esperanzado, miró burocráticamente debajo de la cama, donde sólo halló polvo y pelusillas, para luego abrir el armario. Dentro de éste tampoco encontró lo que buscaba. Finalmente, tras comprobar que lo dejaba todo tal y como lo había encontrado, volvió a salir por el mismo sitio y con similar procedimiento, aunque con menos suerte, porque ahora cayó entre los nispereros y se puso perdidos cabello, manos y camisa.

Volvió al patio sacudiéndose la tierra y se paró un momento ante la tapia, aguantando los olisqueos zalameros del perro y el gruñido rencoroso de la hembra. Aceptó que se había equivocado. Bethencourt no ocultaba nada. Y eso no suponía una buena noticia para él, que había comenzado a hacerse el cuento de la lechera, soñando con la posibilidad de rajar de aquel antro de una vez por todas y sacudiese hasta el polvo de San Expósito que se le hubiera pegado a los zapatos. Qué se le iba a hacer. Había sido sólo una corazonada. Y las corazonadas no suelen dar de comer.

Pero, de pronto, algo en su interior le dijo que no, que no se equivocaba. Su cabeza, sin que él lo hubiera premeditado, giró hacia la derecha. Se fijó en lo que allí había. Y lo que había era la puerta del garaje.

Abrirla no resultó difícil, porque no tenía cerradura de seguridad, sino una simple Yale que accionaba un resorte cautivo en el suelo. El garaje había sido construido con posterioridad a la edificación de la vivienda, con la cual ni siquiera se comunicaba directamente. No había estado previsto jamás en los planos. Era, simplemente, un cubo de ladrillo con el que Bethencourt había aprovechado una parte del patio delantero, acaso demasiado amplio, cuando se trasladó a vivir definitivamente a la que, en principio, había sido sólo una residencia de fin de semana. Casañas se limitó a hurgar con su navaja de pescador entre el suelo y la puerta metálica hasta que por fin consiguió hacer saltar la palanca de la cerradura.

La puerta, merced a un mecanismo telescópico, se elevó fácilmente. Cuando sus ojos se habituaron a la semipenumbra del interior, su mirada se clavó instintivamente en el bulto que había hacia la izquierda, junto a la pared, tapado con una manta vieja, bajo cuyo borde reconoció rápidamente dos ruedas de motocicleta.

— ¡Bingo! —no pudo dejar de exclamar. Dio, incluso, un par de palmadas en el lomo a Homero, que se regocijó aún más insistentemente a su alrededor mientras él se acercaba y retiraba la manta.

Aquella moto en aquel garaje era mejor que el neceser. Era justo lo que necesitaba. No tendría que buscar más. Lo tenía cogido por los humildes. Las motivaciones de Bethencourt le daban igual (aunque él se inclinaba a pensar que tendrían que ver con la defensa propia). Lo importante era que tenía en su garaje la moto del muerto; que, por lo tanto, el óbito de éste no había sido tan accidental y, lo más importante para Casañas, que él podía relacionar directamente a

Bethencourt con el asunto.

Con eso basta, pensó ahora mientras consultaba el reloj. No tardaría en recibir la llamada del millonetis.

Desde el salón, llegó el chillido inhumano de una cantante de pop de moda, una colombiana con nombre de dibujo animado japonés. Elisa debía haberse despertado de la siesta. Cada día le hacía escuchar aquella canción por lo menos veinte veces. Sin soltar el arma y la baqueta, abrió la puerta y llamó a gritos a Marta, que se asomó al pasillo con el trapo de limpiar el polvo en las manos.

—¿Qué? —preguntó ella.

— Pues, ¿qué va a ser? ¡Dile a esa niña que baje la música, diantre!
—Está bien —contestó Marta recorriendo el pasillo en dirección al salón.
Cuando cruzaba justo ante la puerta, oyó decir a Casañas:
—Eso se lo has enseñado tú.
Marta no entendió bien lo que había querido decir, así que se paró y le preguntó a qué se refería.
—Sabes muy bien a qué me refiero. La has enseñado a que ponga la música a tope, sólo para joderme.
Algo indignada, Marta inició una débil protesta, que Casañas apagó golpeándola en la nuca con la mano abierta. Ella se tragó las lágrimas y continuó pasillo adelante. Casañas esperó a que el volumen de la música bajara para volver a su mesa. A través de la puerta cerrada, llegaron los gritos ahogados de Elisa, que protestaba, indignada, a su vez, por la censura impuesta a la cantante esquelética.
Hasta los huevos, se dijo Casañas. Estoy hasta los huevos. Como esto me salga bien, nos vamos de aquí, compro una casa enorme y me quedo una parte solo para mí. Insonorizada, a poder ser. También podría dejarlas aquí. Pero no, después de todo, es mi familia. De mi hija no me separa nadie. Aunque no estaría de más que la hija de puta esta la tuviera un poco mejor educada. Total, no tiene nada más que hacer, vamos, digo yo. Ya me paso yo todo el día trabajando para que no tenga más que hacer que encargarse de su casa y de su hija. Y luego ella se lo gasta en estar por ahí todo el día de pingo con la otra. Pero sólo con que me salga bien esta jugada, las cosas van a cambiar. Y mucho. Sólo hace falta que me salga bien.
Acabó de engrasar la pistola, comprobó la limpieza del cañón y volvió a ponerla en su sitio. Sacó el Flobert, lo descargó y desmontó y comenzó a limpiarlo. Justo cuando estaba con el tambor, sonó su teléfono móvil.

Germán llegó a Roque del Malo poco después de las cuatro y media. Dejó el todoterreno en el garaje, saludó a los perros y sólo cuando ya iba a abrir la puerta de la vivienda vio la nota encajada entre ésta y el bastidor.

Decía: "Llámeme. Tenemos que hablar. Casañas". Sólo eso. Quizá se le había olvidado preguntarle algún detalle sobre lo del viernes. Germán comenzó a sentir una punzada en la boca del estómago. Comenzó a notar que algo no iba bien. También podía tratarse de otra cosa. Quizá Casañas quería quedar para ir de cacería. Pero aquel Tenemos que hablar no auguraba nada bueno. Por otro lado, la nota había sido colocada en la puerta de la casa, lo que quería decir que Casañas había llegado hasta el mismo umbral. Y, además, en caso de que se tratara de una cita para ir de cacería, el cabo le hubiese podido telefonear, como otras veces.

¿Y si, entonces, Casañas no se había quedado en la puerta? No. Si hubiese sospechado algo... Peor: si hubiese visto algo, ya estarían interrogándole. Tenía que tratarse de otra cosa. Pero no podía esperar a averiguarlo. Decidió posponer la tarea en la que venía pensando por el camino (dar de comer a Julia) y marcó el teléfono de Casañas. Julia podía esperar un poco más. Al fin y al cabo, había desayunado fuerte.

— Hola, Germán —dijo Casañas cuando descolgó.
Le había reconocido el número o esperaba sólo esa llamada. Pero a Germán no le gustó el tono, ni que le llamara por el nombre de pila. Aún así, procuró aparentar tranquilidad y le saludó amablemente.
—¿Qué tal, Casañas? ¿Cómo está? Le llamaba porque acabo de ver una nota suya y...
—Ya. Ya supongo que la vio.
—Bueno, ¿y qué se le ofrece?
—Verá, Germán, estuve en su casa haciendo una inspección de rutina. Ya sabe. Cosas del oficio. La ronda. Y he visto un par de cosas que no me han gustado nada.
El corazón de Germán comenzó a latir a ritmo de locomotora, pero intentó serenarse y disimular. Tal vez la cosa no pintara tan mal como pensaba.
—¿Qué es? ¿Cree usted que ha entrado alguien a robar? Aquí todo parece perfectamente...
—No me haga luz de gas, Germán. Está metido en un lío. Usted lo sabe y yo lo sé.
—¿A qué se refiere?
—Sabe perfectamente a qué me refiero. Le ha salido el tiro por la culata. Pero, por suerte, no está solo. —No tengo ni idea de lo que...
—Déjese ya de hacerse el sueco, Germán, o lo mando a tomar por

culo. Estuve en su casa. *Entré* en su casa. Y en su garaje. Lo sé todo. Absolutamente todo —recalcó el cabo—. Y lo que aún no sé, me lo imagino. Me imagino, por ejemplo, de quién era la sangre que había el otro día en su alfombra. Basta con que haga un informe y en un par de horas se presenta ahí la Guardia Civil con una orden de registro. Ya sabe lo minuciosos que son. Por mucho que haya limpiado la alfombra, la sangre siempre deja huella. ¿No ve esas series por la tele?
Las cartas estaban sobre la mesa. Esta vez, la mejor mano no era la suya. Así que tendría que jugarla con astucia. Por lo pronto, decidió ver qué rumbo tomaba la conversación. Se limitó a guardar silencio hasta que el policía volvió a tomar la palabra.
—Está usted metido en un lío, Germán. En un lío de los gordos. ¿No le parece?
Germán no salió de su mutismo. Casañas pensó que se debía a que había puesto el dedo en la llaga.
—Pero, como le he dicho, todavía puede contar conmigo.
Ahora fue Casañas quien se calló. Le tocaba mover pieza a Bethencourt. Y lo hizo tras unos segundos.
—Véngase esta tarde a casa y hablamos.
Nada más colgar, Germán movió la mesa de centro, desplazó la alfombra y abrió la trampilla. Ni siquiera desplegó la escalera. Se quedó allí asomado, mirando a Julia que, atada a la cama y amordazada, le odió tan intensamente que, de pronto, se sintió avergonzado. Pero sabía que no era más que una debilidad. Así como sabía que la doblegaría, que transformaría todo aquel odio en sumisión.
Justo en aquel instante, Casañas marcaba el número del teléfono móvil de Estrella. Necesitaba cubrirse las espaldas.
38

— La impresión que me da es que tú, simplemente, lo que quieres es joder a Bethencourt. Por envidia, supongo.

Casañas calló. Porque sí era cierto que envidiaba el poder adquisitivo de Germán. Le envidiaba la vida tranquila de solterón retirado, los libros, los discos, los vinos caros que podía permitirse, la Iberia del doce que se acababa de comprar, los viajes que de vez en cuando se daba a República Dominicana, a Cabo Verde o a Cancún. Y, tenía que reconocerlo también, no sólo le envidiaba eso, sino la buena conversación, la vasta cultura, lo bien que caía entre las mujeres. Las prostitutas de a doscientos euros la media hora con las que alguna vez se le había visto, de esas con certificado médico que primero hablan contigo antes de hacer absolutamente cualquier cosa que les pidas, nada parecido a la Noemí, ya un poco ajada a sus treinta, que le practicaba felaciones apresuradas o se dejaba montar gratis en los

reservados del Club Tsunami sólo para que él continuara haciendo la vista gorda, pero siempre con la repulsión adivinada en sus fríos ojos verdes, moviéndose con veloz eficacia para que acabara lo antes posible.

— Y por dinero. Sobre todo por dinero. Básicamente, lo único que necesito es que me acompañes —dijo Casañas apoyándose en el capó del Montero.

Estrella, al otro lado del mismo, se puso las manos en los riñones y miró, molesta y preocupada a su alrededor, abarcando el camino a Las Salinas, en cuya entrada se habían citado, y el que, a su derecha, llevaba hacia la ciudad.

— Pero, Sergio, ¿tú estás seguro de lo que estás diciendo? ¿Por qué crees que lo hizo?
—Estrella: estoy más que seguro —contestó él acentuando el "más" con la extensión en el aire de su dedo índice—. En cuanto a por qué lo hizo, en realidad me da lo mismo. Mi teoría es que estos dos iban a por él, pero el tipo se dio cuenta y les puso la zancadilla. Al tío lo drogó y lo riscó. Eso está claro. Con ella, vete a saber lo que hizo. Pero también se la ha cepillado. Tal vez en todos los sentidos. Hay muchas cosas por aclarar, ya lo sé, pero, ya te digo, los detalles me importan una higa. Lo que me interesa es que lo tenemos cogido por los huevos y que Bethencourt está podrido de dinero.
—Sergio, me estás pidiendo que encubra un doble asesinato.
—Te estoy pidiendo que te lleves un montón de pasta, Estrella. ¿O me vas a decir que te importa que se hayan cargado a esos dos?
Estrella se apoyó a su vez en el capó, enfrentándose a Casañas, quien le notó en el rostro que sus pocos reparos comenzaban a disiparse.
—Piénsalo un poco —dijo, ejerciendo de encantador de serpientes—. Imagina lo que podrías hacer si tuvieras dinero. De entrada, podrías meter a tu madre en una residencia. Y, luego, a vivir tranquila. A hacer lo que te pete hacer durante un tiempo. Quizá darte un viajecito. O, si no, también puedes guardar la pasta, o invertirla en algo. Es una tercera parte.
—¿Cuánto le vas a pedir?
—Cuatrocientos mil. Unos sesenta y seis kilos de los de antes. Y tú te vas a llevar ciento cincuenta mil por esperar en el coche mientras yo hago el negocio. Veinticinco millones por esperar un rato.
Casañas había pronunciado las últimas frases muy lentamente, alargando en lo posible las pausas, para darle tiempo a asimilar las cifras y lo que cada una de ella significaba. Evidentemente, Casañas había hecho sus cálculos antes de acudir a la cita.
—¿Y pagará?

—Claro que pagará. Date cuenta: ese tipo compra y vende empresas enteras todos los días. Eso, para él, es calderilla. Sólo con la posibilidad de que yo llamara a los picoletos y les pusiera tras la pista, se le pusieron los huevos de corbata. O sea, que seguro que pagará. Lo único que necesito es que estés fuera mientras tanto y que él lo sepa, para que no haga nada extraño. Podría tener la tentación de intentar algo.
Estrella se frotó los ojos, pensando. Casañas supo que ya casi la había convencido, que su mente estaba a las puertas de una residencia de ancianos, en un crucero por las Islas Griegas o en un pisito en la zona gay de la ciudad, en cualquier sitio menos allí, a las afueras de la parrilla ardiente que era San Expósito, en el polvoriento camino a Las Salinas que brillaban al fondo de la cuesta con destellos mefistofélicos.
—¿Y si de todas formas intenta algo?
—Precisamente para eso estás tú —dijo Casañas dirigiéndose hacia el Corsa, para no darle la oportunidad de pensárselo dos veces.
Casañas intentaba no ir demasiado deprisa para que Estrella no perdiera la pista al Corsa. Le interesaba que ambos vehículos llegaran al mismo tiempo a la casa de Roque del Malo. Lo tenía prácticamente todo calculado. La cosa era bastante simple. Después de esta primera reunión, daría algún tiempo (no demasiado) a Bethencourt para reunir el dinero. En efectivo, por supuesto, nada de ingresos en cuenta. Los billetes no tienen nombre ni procedencia ni destino. No dejan rastro. Cuando llegara el momento, recibiría el dinero con Estrella, repartirían y dejarían pasar unas cuantas semanas antes de comenzar a gastarlo.
Pero, por el camino, comenzó a crecer en su mente un detalle que acabó por convertirse en una nueva idea. Por ejemplo, ¿qué pasaría si fuese sólo Estrella la chantajista, la encubridora? ¿Y qué si Bethencourt intentara deshacerse de ella a tiro limpio? ¿Y, finalmente, qué si se matasen entre ellos y fuese él quien descubriera todo el asunto?
Sería sencillo. Después de hacer el arreglo, no sería complicado pegarle un tiro a Estrella allí mismo, en la casa, con una de las escopetas de Bethencourt. Luego hacer lo propio con él, usando la pistola de Estrella. Rematar la faena guardando el dinero en lugar seguro, poniendo en la escena del crimen un sobre con fotocopias de billetes (la presunta estafa de Bethencourt a Estrella que habría motivado el tiroteo).
Cuando llamara a Vidal, contaría cómo Estrella le había propuesto participar en el chantaje. Él se había negado, pero escrúpulos personales le habían impedido denunciarla. Le había aconsejado dar marcha atrás y esperaba que ella lo hiciera. Pero había llegado tarde. Se habían matado entre ellos. Fin de la historia. El dinero a buen

recaudo. Testigos eliminados y Estrella dejando de entrometerse en su matrimonio.
Más tarde, dimitir, completamente destrozado por el asunto, coger a Marta y a la niña y marcharse a la ciudad, o incluso puede que al Continente. Eso ya se vería.
Tomó la última curva antes de Roque del Malo. Cuando llegó al sitio por donde se había despeñado el Renault, paró y esperó a ver aparecer al Montero tras la curva. Sólo entonces volvió a ponerse en marcha. Por el retrovisor, le pareció que Estrella se quitaba de la oreja el teléfono móvil. Debía estar arreglando horarios con Carmela.
Germán puso las dos copas y la botella de vino descorchada sobre la mesa de centro. Casañas, la serpiente en que de pronto se había convertido Casañas, no tardaría en aparecer. O la serpiente que era desde siempre. Circulaban rumores, chismes sobre Casañas y un pasado en el ejército, donde había llegado a suboficial y de donde le habían obligado a dimitir. Algo sucio, relacionado con unas partidas de abastecimientos que se habían extraviado. Germán, que siempre los había obviado, se arrepentía de no haber hecho caso a esos rumores. Aunque, en todo caso, qué ventaja hubiese conseguido con ello. Se preparó en fin, para una buena defensa. En principio, le dejaría descubrir del todo su juego. Había que conocer las fuerzas del enemigo antes de preparar sus defensas.
La violencia no sería necesaria de momento. Se cubriría una vez más con su piel de cordero y, sólo cuando su contrincante se hubiera acercado lo suficiente, permitiría surgir, si era menester, a la bestia agazapada que había debajo. No era demasiado diferente a lo que hacía cada día desde su despacho. Puso una vieja grabación de Wanda Landowska a medio volumen y estuvo escuchándola tocar a Bach mientras la tarde caía sobre Roque del Malo, suavizando ligeramente la canícula, pero no la humedad del aire.
Julia parecía un tanto deprimida hoy, pero había salido de su mutismo cuando la desató para comer. Había dicho Menos mal, o algo así. Después, cuando él le dijo que si necesitaba usar el retrete era preferible que lo hiciera en ese momento, se había sentado en el inodoro, siempre completamente desnuda, y le había pedido que se marchara. Él consintió, por esta vez, en volverse hacia la pared y, a sus espaldas, la escuchó llorar con un llanto que intentaba resultar silencioso pero que, al fin, resultó inconsolable. Se desmoronó ahí, haciendo sus necesidades, sintiéndose completamente humillada. Estaba comenzando a doblegarse moralmente ante él y eso, a Germán, le pareció un signo de que todo progresaba de manera adecuada. Pensó que Julia se merecía una sanción positiva y le permitió darse una ducha.
Mientras lo hacía, él, sentado en la cama, la observó en todo

momento. Ella decidió negarse a aumentar su placer y le dio la espalda, con lo cual contribuyó, sin quererlo, a mejorar el espectáculo, mostrándole sus nalgas, sus corvas, la esbeltez de sus hombros y su nuca, la frondosidad de sus cabellos rojizos.
El rostro de Julia al secarse y volver, resignada, a la cama para dejarse atar nuevamente, expresaba una tremenda repulsión.
Germán asumió aquella repulsión, aquel asco derramándose en el rayo azul de su mirada y, después de atarla y amordazarla, una vez se hubo sentado junto a ella, determinó que la pequeña insubordinación era digna de un castigo, que el recreo se había terminado y era hora de volver a clase.
Por eso acarició sus pechos, con los dedos de la mano izquierda. La derecha paseaba por sus muslos y sus caderas mientras el rechazo de Julia se acrecentaba.
—El otro día vi en televisión un documental sobre los tardígrados —decía Germán en tono cordial, sereno, como si las manos que la tocaban perteneciesen a otra persona—. ¿Sabes lo que son? Los tardígrados, digo.
Se la quedó mirando, esperando su negativa o asentimiento, justo en el instante en que sus dedos comenzaban a pellizcar y retorcer suavemente, justo en las lindes entre placer y dolor, sus pezones, que empezaron a endurecerse y a crecer, a pesar de la negativa de Julia a sentir, y mucho menos demostrar, forma alguna de gozo. Al fin, ella negó con la cabeza, refiriéndose a lo que hacían las manos de Germán.
La mano derecha volvió a bajar, ahora hasta su pubis, cuyos vellos acarició produciéndole un estremecimiento, antes de buscar, con el dedo corazón, el clítoris. Con perversa fruición, él fingió entender que se trataba de una negativa a su pregunta y continuó hablando, siempre en el mismo tono didáctico y sosegado, jugueteando con el botón de Julia suave, muy suavemente.
—También se les llama ositos de agua. Son eumatozoos. Una de las formas más básicas de vida. Son... Son como unos ositos de peluche del tamaño de un ácaro, pero con tres pares de patas.
La presión que ejercía entre las piernas de Julia comenzó a aumentar en intensidad, aunque el ritmo fuese el mismo. Paseó su dedo por el borde de la vagina y notó la humedad que había comenzado a segregar. Humedeció bien la yema en ella y volvió al juego, que comenzaba a tener efecto, a juzgar por el suspiro que a ella, involuntariamente, se le escapó.
—Pues, bueno, ¿sabes lo que pasa con los tardígrados? ¿Lo sabes? —justo en ese momento paró un instante y ella le miró directamente a los ojos con una indescriptible expresión de odio. Después prosiguió, tanto la conversación como el juego— Pues pasa que todavía estamos esperando a que se muera alguno. Se ha comprobado que pueden vivir

unos trescientos años, pero eso sólo porque los primeros que se encontraron llevaban viviendo dentro de una vitrina de museo que contenía una hoja de helecho desde el siglo XVIII. Pueden sobrevivir a condiciones extremas de temperatura. Cuando la cosa se pone fea, se deshidratan y aguantan años y años hasta que el ambiente vuelve a ser húmedo y relativamente templado. Algunos han ido al espacio, en las paredes externas de los transbordadores, y han vuelto para contarlo.
No paraba de masturbarla y de acariciar sus pechos con la otra mano. Sintió que crecía también en él la excitación, pero se había propuesto dar una lección a Julia y sólo con eso se daría por satisfecho. Ella había comenzado, sin remediarlo, a mover las caderas y a gemir. No obstante él no paró de hablar.
—En serio, son la leche. Parece que cambiaron la evolución de la especie por la supervivencia de los individuos. Los que investigan las posibles curas contra el envejecimiento de las células no piensan en otra cosa que en los tardígrados. Son algo así como las estrellas del microscopio. Están de moda. Todo esto viene a que me gustaría que te lo planteases: los tardígrados son supervivientes eternos, esto es, hay al menos un ser en la naturaleza capaz de sobrevivir a cualquier cosa. ¿Y cuál es su secreto? La austeridad y la resistencia al medio. Imagínate que eres un bicho cuya única finalidad es la supervivencia. Muere todo lo que tienes alrededor: el helecho donde vives, los seres unicelulares que te rodean, incluso el agua que consumes cumple su ciclo, porque se convierte en otra cosa. Muere todo, menos tú, porque tú sí eres capaz de vivir en cualquier medio. Si las condiciones no son las favorables, te deshidratas, te aletargas y esperas a que vengan tiempos mejores. Lo importante... —hizo una pausa para observar el rostro, congestionado por el éxtasis, de Julia, que estaba a punto de explotar— Lo importante es sobrevivir. Piénsalo: adáptate a las condiciones ambientales o aletárgate, pero sobrevive. La vida también es dolor y privación y sufrimiento. Una vida muelle y placentera no es vida. Sin dolor, sin condiciones adversas, no somos capaces de calibrar en qué consiste realmente la existencia.
Dijo esta última frase precisamente en el momento en que un gritito ahogado brotó de la garganta de Julia, que se arrojó desde la cumbre de su orgasmo, cayendo al centro de lo que a ella le pareció un abismo de ignominia: sentir placer en manos de su verdugo y que, además, él lo supiera. Porque, efectivamente, él lo sabía. Él lo sabía y lo expresó con una sonrisa de suficiencia, con el gesto, lento y meticuloso, de llevarse a los labios el mismo dedo con que la había masturbado para probar el sabor acre de su sexo.
—Entiéndelo, Julia —le dijo después, levantándose—. No me basta con doblegar tu cuerpo. Eso puede hacerlo cualquiera. Doblegaré también tu espíritu.

Ella le clavó la mirada, odiándole porque tenía razón.
Ahora que escuchaba ya ladrar a los perros y el ruido de motor acercándose por la cuesta, Germán volvió a oler aquel mismo dedo para comprobar si aún conservaba algo de la fragancia de Julia. No era así. Pero la noche aún no había comenzado. Cuando hablara con Casañas, cuando se hubiera marchado, podría bajar a la celda y oler y probar y sentir y hacer sentir lo que se le antojase porque Julia, en fin, era suya; porque la vida es una batalla por la supervivencia en el que domina el más fuerte; porque el más fuerte, sin duda, era él.
Paró el disco, echó un vistazo en derredor, para comprobar que todo estaba en orden, y se levantó para ir a atar a Homero. Únicamente entonces, ya junto a la puerta, se percató de que eran dos los coches que llegaban.

TERCERA PARTE

EL ARREGLO

41

Germán notó un brillo luciferino en los ojos de Casañas cuando éste penetró en el patio delantero. El anfitrión conocía bien ese brillo. Lo había visto cientos, miles de veces en otros ojos: ojos de abogados, financistas, empleados, constructores, oficinistas, inversores, agentes de bolsa, secretarios. Se trataba, sencillamente, del puro, simple e infame brillo de la codicia. El cabo había estacionado su cochambroso Opel Corsa en el arcén, a unos metros de la casa. Estrella, en cambio, tras aparcar frente a la misma, había salido del coche patrulla y ahora, después de saludarle con un gesto de la mano, encendía un cigarrillo apoyando el ampuloso cuerpo contra la puerta del conductor. Ostentosamente, dejó reposar su mano derecha sobre la culata del revólver. Germán la saludo a su vez con un gesto semejante al suyo y una especie de sonrisa, indicando a Casañas que entrara en casa.

— ¿Ella no entra? —preguntó mientras caminaban uno detrás del otro.
—No. Prefiere quedarse ahí —informó Casañas ya en el umbral.
Tomó el asiento que se le indicaba, en el sofá de cuero, donde tantas otras veces se había sentado a tomar un café o una copa, o a esperar a que el otro estuviese listo para salir de montería. Bethencourt, por su parte, se acomodó en uno de los sillones individuales, el más cercano a Casañas.
—¿Le apetece un somontano? —preguntó escanciando vino en las dos copas.
Una sonrisa resabiada apareció en el rostro de Casañas.
—No, gracias. Desde que leí el informe de la autopsia de Umpiérrez se me han quitado las ganas de beber fuera de casa.
Germán entendió perfectamente lo que quería decir, devolvió la sonrisa y brindó por el policía antes de vaciar, de un solo trago, casi media copa.
—Usted se lo pierde —comentó, paladeando el caldo—, porque es una heredad de los de primera división.
Se hizo un breve silencio, durante el cual Casañas encajó el golpe y se preparó para entrar al trapo. Pero fue Germán quien lo rompió al preguntarle por qué había venido también Estrella.
—Porque no soy tonto, Germán. Me gusta cubrirme las espaldas. Por otro lado, Estrella es buena gente. Una persona de fiar. No le supondrá más problemas de los que ya tiene.
—¿Yo? —protestó Germán— ¿Yo tengo problemas?

—Germán, por teléfono habíamos empezado a entendernos. No empiece otra vez a hacerse el sueco —dijo esto casi con paternalismo, con la apariencia de estar completamente por encima de toda la situación—. Ya le dije que lo sé todo.
—Sí, pero, ¿qué es ese "todo"?
—Vamos a ver. Cuando vi lo que había pasado el viernes con ese tipo no me fue nada difícil atar cabos. ¿Qué podían estar haciendo, ése y su pequeña furcia, por esta zona? Nada más repasar los expedientes y un par de cosas más, me fue fácil darme cuenta: Venían a por usted, Germán. Querían engañarlo, meterse en su casa, desplumarle y, al final, rebanarle el pescuezo. Pero usted, déjeme que se lo diga, es un tío con dos cojones. Les cogió la matrícula y se defendió. Y, que le conste, a mí, personalmente, no me parece mal en absoluto. Al contrario, me parece lo justo.
Interrumpió su argumentación para tomar un sorbo de la copa que antes había rechazado.
—Tiene razón: es un vino de la hostia. Bueno, a lo que iba, Germán: creo que hasta le admiro por lo que hizo. Y le aseguro que, si en vez de tirar a ese tipo por el acantilado me llama y me cuenta lo que ha pasado, yo lo defiendo a usted contra viento y marea. Es más, hubiese quedado como un héroe. Imagine los titulares: "Empresario captura a sus agresores". ¿Sabía que hay, por lo menos, un par de robos con allanamiento y homicidio premeditado que se les pueden atribuir a esos dos? Pero el caso es que no dio parte. Terminó de hacer justicia por su cuenta. Ojo, que a mí me parece correcto. Muy correcto. Pero sabe que a la ley no se lo iba a parecer tanto. Y yo, Germán, en realidad no soy más que un servidor de la ley. Mi deber sería dar parte de mis averiguaciones a la autoridad competente, que para el caso sería la Guardia Civil o la brigada de Homicidios y Desapariciones de la Policía Nacional. Ellos terminarían de reunir las pruebas que aún hacen falta para procesarle y, muy probablemente, acabaría usted dando en la cárcel. Lo que pasa es que tengo reparos. Muchos reparos. Primero porque, como ya le digo, esos dos se merecían la suerte que tuvieron. Segundo, porque es usted un amigo. Y, tercero, porque usted supone un orgullo para esta comunidad. Pienso en la cantidad de bienestar que genera usted, en la cantidad de empleados que tendrían una suerte incierta si usted tuviera que abandonar sus negocios por causa de un proceso judicial, la cantidad de capital que pendería de un hilo.
Germán hizo un mohín cuando escuchó la palabra clave en toda aquella conversación.
—Sergio, sabe bien que yo no tengo un pelo de tonto —dijo—. Sé perfectamente que es el capital lo que le interesa. Así que vamos a dejarnos de consideraciones, de explicaciones y de pamplinas, y

vamos de una vez al grano, porque se nos va a hacer de noche y seguro que los dos tenemos cosas más importantes que hacer.
Casañas aceptó de buen grado. Esa postura le facilitaba la tarea.
—Está bien. Hablemos claro. Efectivamente, lo que venía a decirle es que me voy a estar callado, pero que mi silencio tiene un precio.
—¿Y ese precio es, digamos, una mensualidad? Para usted y para su compañera, naturalmente.
—No. ¿Una mensualidad? ¿Hasta cuándo? No. No es eso. Es mucho más fácil. He calculado lo que considero que sería la suma adecuada. Usted la desembolsará de una sola vez y nosotros nos olvidamos del asunto. Como si no hubiera pasado. Así de sencillo.
—¿Y quién me dice a mí que, una vez con el dinero en la mano, no me denunciarán igualmente?
—Nadie. Por supuesto que nadie. Pero me ahorro muchas complicaciones si dejo las cosas como están.
Germán se dio cuenta de que la penumbra se había ido apoderando de la sala. Se levantó y fue a encender las luces, aprovechando el lapsus para pensar un momento en todo aquello. Casañas, desde el sofá, le miraba plácidamente, esperando su reacción. Le odió profundamente pero se guardó de demostrarlo. Haciendo gala de cordialidad, le palmeó el hombro al pasar junto a él para volver a su asiento. Después encendió un cigarrillo y preguntó:
—¿Cuánto?
Casañas ocultó su pulgar contra la palma de la mano y le mostró cuatro dedos extendidos.
—Cuatrocientos mil.
Germán respondió con una carcajada.
—Usted está como una puta cabra —agregó.
Casañas sonrió con suficiencia y meneó lentamente la cabeza al decir:
—Esto no es negociable, amigo Germán. No va a haber regateos. No se va a marcar faroles ni me va a llorar. Cuatrocientos mil. Después de todo, si me hubiera asignado lo que llame una mensualidad, le hubiera sacado eso y más en unos años. De esta manera, usted paga de una sola vez y para siempre. Cuatrocientos mil —volvió a mostrarle los cuatro dedos, poniendo ahora la mano a la altura de la sien, como si fuese un apéndice de su rostro, como si formara parte de su cabeza—. Primera y última oferta. O acepta o no acepta. Y, si no acepta, ya sabe lo que va a pasar.
—Yo podría dar parte de su intento de chantaje.
—Sería su palabra contra la mía. Y, en todo caso, una cosa es la corrupción y otra el homicidio. Así que espero su respuesta.
Se le quedó mirando, prendiendo, él también, un cigarrillo.
—No me diga que supone un sacrificio —añadió exhalando la primera calada—. Sé perfectamente que eso, para usted, es chatarra.

—Está bien. Pero no podré hasta dentro de unos días.
—No hay problema.
—Me dará usted un número de cuenta. Es mucho para un talón.
Casañas chasqueó la lengua repetidas veces.
—No. En efectivo.
—Demasiado dinero para eso.
—Sí, pero lo quiero en efectivo. Las transferencias dejan rastro.
Qué más daba. Era, en cualquier caso, un dineral. Pero valía la pena. Estaba comprando su silencio, cierta protección, la impunidad y, lo más importante, estaba comprando a Julia. Aquel arreglo le garantizaría que Julia era, definitivamente, suya. Podía ser que Casañas intentara traicionarle, pero él ya había tomado sus precauciones en ese sentido.
—De acuerdo. En efectivo.
—Muy bien. ¿Para cuándo lo tendrá?
—Vamos a ver —Germán comenzó a hacer sus cálculos—. Tengo una venta casi a punto. Estará antes de pasado mañana, pero no se hará efectiva hasta... ¿Qué le parece si quedamos aquí mismo el domingo?
—De acuerdo. El domingo, aquí.
—Muy bien.
Ya no hacía falta la cortesía, así que Germán se levantó, indicando, tácitamente, que la reunión había terminado. Casañas lo captó a la primera y se levantó, dirigiéndose hacia la puerta, seguido por el anfitrión.
—Me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo. Después de todo, no me hubiera gustado estropear nuestra amistad.
—Casañas, si alguna vez hubiéramos sido amigos usted y yo, hubiéramos dejado de serlo desde que entró en mi casa sin mi permiso. No me venga ahora con gilipolleces. La verdad no duele.
Casañas se volvió y se enfrentó a él, alzando las cejas.
—La verdad no duele, pero jode —dijo.
—Así es —confirmó el otro, abriéndole la puerta.
42

El domingo entonces, si todo iba bien. Le preguntó qué era ese “todo”, y Casañas respondió que siempre había que contar con un imprevisto: dificultades para disponer de todo aquel dinero en metálico en ese plazo o un intento de escabullirse. Ella propuso esperar fuera de la casa, como esa tarde, pero él respondió negativamente.

— No quiero que intente ninguna jugada —había explicado Casañas—. Hoy lo cogimos con el culo al aire, pero de aquí al domingo tiene tiempo de plantearse un montón de cosas.

Estrella recordaba ahora esta conversación mientras se enjabonaba en

la ducha y pensaba en lo que podría ocurrir el domingo. Ella acompañaría a Sergio a casa del millonetis y se quedaría en el exterior, por supuesto, después de asegurarse de que los perros estaban atados. Permitiría que se efectuara la transacción. Hasta ahí, todo bien. A partir de ahí, mejor ella tenía sus propios planes. Era su oportunidad de oro. Y pensaba aprovecharla. Llevaría a cabo sus propios planes, que había empezado a fraguar esa misma tarde, camino de Roque del Malo. Sus propios planes, en los cuales entraba Marta. Por eso la había telefoneado por el camino y le había explicado lo que hasta ese momento sabía del asunto.

Abrió la llave de la ducha y el agua comenzó a brotar, con un rayo tibio y fuerte que se estrellaba contra su piel, justo cuando pensó en Marta.

Por fin la vida le daba una oportunidad. No tenía claros los detalles (que habría de concretar minuciosamente), pero la idea se definía en su mente con más nitidez a cada segundo que pasaba, a cada nuevo contacto del agua con una nueva parte de su cuerpo, recorrido con parsimonia, arrastrando la espuma y el sudor como el olvido se llevaría todo aquello que ella y Marta harían el domingo. Porque tendría que contar con la colaboración de Marta. Después de todo, el primero en caer sería precisamente Sergio. El segundo sería Bethencourt.

Marta era clave, porque Bethencourt habría de morir de un tiro efectuado con una de las armas de Casañas.

La película oficial de los hechos debía ser la siguiente, pensó a la vez que pasaba la termitente caricia que fluía del teléfono ducha por la parte baja de su pubis: Casañas va a casa de Bethencourt porque algo no le encaja en el asunto, descubre algo e intenta detenerle, pero Bethencourt no está dispuesto a dejarse coger. Le pega un tiro con su escopeta, casi al mismo tiempo que Casañas le dispara a él con su arma de reglamento. Ambos se matan y los cadáveres son descubiertos al día siguiente, tal vez por ella misma, que busca a Sergio a instancias de su preocupada esposa, quien se ha alarmado porque él no ha venido a dormir a casa y la ha telefoneado para que le localice y, tras buscar algún signo de su presencia por todo San Expósito ha llegado al Roque del Malo y encontrado el Opel estacionado junto a la casa donde, qué raro, los perros están atados y la puerta de la tapia abierta. Estrella debe dar parte a la Guardia Civil e informar a la desconsolada esposa. Al pensar en ella, notando la alcachofa entre sus piernas, Estrella se dice que ya está bien de planear acciones por hoy y que es mejor fantasear con sus resultados. Por eso aumenta un poco la

presión y la temperatura del agua y acerca un poco más la alcachofa de la ducha a su sexo, que experimenta otro manantial de humedad fluyendo desde su interior. 43

La película de los hechos que se hace Casañas es bastante distinta en los resultados, aunque no así en ciertos pormenores, de la que en ese mismo instante se hace Estrella. Su plan, empero, está ya más desarrollado que el de su subordinada. Él también piensa que se trata de una oportunidad perfecta para conseguir el dinero que le permita salir de este agujero que es San Expósito, quitar de en medio a esa lesbiana que no deja de meterse entre él y Marta y eliminar a Bethencourt, a quien es improbable, pero no imposible, que un día acaben descubriendo y que nadie puede asegurar que no acabe tirando de la manta.

Él cuenta con la búsqueda de Estrella al día siguiente, a instancias de la criada dominicana o bien de motu propio, al ver que no acude al trabajo ni contesta al teléfono móvil.

También cuenta con Bethencourt disparando con la escopeta. Y con Estrella descargando sobre él un arma reglamentaria, pero no precisamente el Flobert. Después, atar cabos, preguntarse delante de Vidal por qué la bollera y el millonetis se han acabado matando entre ellos, indagar un poco en la casa, encontrar la moto, relacionar las muertes de Estrella y Bethencourt con las de Umpiérrez y Julia, ahora ya casi segura esta última.

Todo resulta tan fácil sobre el papel que se pregunta qué es lo que acabará fallando en la práctica. Y se lo pregunta ahí, en uno de los sórdidos reservados del Club Tsunami, mientras Noemí, morena, bajita y de carnes apretadas, succiona la punta de su pene y masturba y acaricia todo lo que queda fuera de su boca, para que el policía eyacule lo antes posible y poder seguir atendiendo a los clientes que pagan. Pero Casañas se empeña en seguir pensando en otra cosa, retrasando así el orgasmo y sacando el debido partido a la protección que ofrece al local. Se percata de que la chica está intentando que las cosas ocurran deprisa y la coge por el pelo, ralentizando a la fuerza sus movimientos. Ella emite un gemidito de dolor e, inconscientemente, cierra sus dientes sobre el glande, no demasiado fuerte, pero sí lo suficiente para hacer daño. El dolor y el placer se mezclan en Casañas, que decide repetir el tirón de pelo, provocando nuevamente el mismo gesto. Lento y fuerte. Profundo y doloroso. Le gusta y en su mente se mezclan la cara de Noemí con su pene en la boca, el salón de Germán con su cadáver y el de Estrella tirados en el suelo en medio de una orgía de sangre, el rostro de Marta recibiendo

una bofetada, y de nuevo Noemí, no ya su rostro sino su cuerpo, su sexo donde él escupe y que se convierte en el sexo de Marta y en el sexo de Estrella, que se imagina como un sexo enorme e hirsuto, con un gran clítoris extenuado y todo eso vuelve a mezclarse y a diferenciarse paulatina y alternativamente, como en un caleidoscopio que no deja de girar hasta que en medio de esas imágenes se impone la más nítida representación de un enorme fajo de billetes de quinientos, justo en el instante en que Noemí empieza a atragantarse y a asfixiarse y a intentar sacarse su miembro de la boca pero él no se lo permite y la aferra brutalmente por el pelo de la nuca y aprieta contra sí y le arroja hasta la última gota de su semen en el fondo de la garganta hasta que ella siente la primera asfixia, la última arcada.
44

Germán tuvo una mañana muy atareada. En primer lugar, ordenó a Nieves cancelar el alquiler de la furgoneta. Ya no era necesario. Incluso, pensó, podría incluir en el arreglo la desaparición de la moto. Le hacía gracia pensar en Casañas como en un simple recadero a quien se le ordena desalojar los trastos del garaje.

Luego llamó a Sarabia a su despacho. Al parecer, los de Abenage habían abandonado los coqueteos y habían hecho ya una oferta en firme. Sarabia debía tenerla de oro. No llegaba a subir hasta un veinte, pero no perderían en el trato. Germán ordenó vender. Supo que por la mente de Sarabia cruzó la idea de anotarle la dirección de su amiguita y de un cirujano conocido suyo que le realizaría una emasculación por un precio razonable, pero cortó cualquier posibilidad de burla con el frío rayo de su mirada y el permiso para que Sarabia se anotase en su cuenta una comisión adicional de un dos por ciento sobre el precio de venta. La rata engominada salió del despacho con una sonrisa de triunfo y satisfacción y la vaga sospecha de que el viejo comenzaba a chochear. Después, Germán canceló sus citas, se despidió de Nieves diciéndole que pensaba pasar el resto de la mañana de librerías y fue a cuatro sucursales bancarias, en cada una de las cuales, efectuó un reintegro por valor de una cuarta parte de la suma acordada con Casañas. Lo solicitó en billetes de quinientos. Tras la última gestión, compró en un todo a un euro un neceser en el que cabían, holgadamente, todos los billetes.

Cruzó San Expósito sobre las doce y, al pasar ante el cuartelillo, vio a Casañas asomado a la ventana de su despacho. Le saludó con un gesto de la mano y aceleró, sin darle apenas tiempo de corresponder al saludo.

Al comenzar el ascenso a Roque del Malo se cruzó con Benito Marín,

que bajaba hacia el pueblo. Tocó el claxon y observó por el retrovisor cómo Benito correspondía al saludo sacando una de sus manos de la chaquetilla del chándal y elevándola unos segundos en el aire sin volverse ni parar en ningún momento.

Una vez en casa, contó nuevamente el dinero, lo metió en el neceser y depositó éste en la caja fuerte.
Sacó la Iberia del armero, la montó y apuntó hacia el salón para tantear el alza. No entraba en sus planes utilizarla, pero nunca estaba de más cubrirse completamente las espaldas, así que introdujo un cartucho en cada uno de los cañones y volvió a colocarla en el armero. Una vez hecho esto, inició el ordenador, seleccionó un archivo llamado conversación.mp3, aumentó el volumen de las columnas del equipo y marcó en el teléfono móvil el número de Casañas. 45

Casañas descolgó el teléfono y escuchó su propia voz diciendo:

— Tiene razón: es un vino de la hostia. Bueno, a lo que iba, Germán: creo que hasta le admiro por lo que hizo. Y le aseguro que, si en vez de tirar a ese tipo por el acantilado me llama y me cuenta lo que ha pasado, yo...

Ahí se interrumpió la reproducción. Germán dejó pasar unos segundos y habló.
—¿Se oía bien? ¿No acoplaba? —a Casañas le pareció que Bethencourt sonaba divertido. Demasiado divertido— El resto se lo ahorro porque usted ya lo conoce.
—Hijo de puta —dijo—. No se va a librar igual.
—Escuche, Casañas. Escuche con atención lo que voy a decirle. Yo tengo sólo una palabra. Soy un caballero y no una rata y, si le dije que habíamos llegado a un acuerdo es que hemos llegado a un acuerdo. No se va a quedar sin cobrar. Quiero solucionar el asunto y voy a pagarle. Lo que ocurre es que, seré un caballero, pero no soy gilipollas. Grabé nuestra pequeña conversación del otro día. Por si se pregunta cómo fue, le diré que había una grabadora digital pegada con cinta aislante bajo la tabla de la mesa. Tiene que comprarse una, Casañas. Son un invento. Pueden grabar horas y horas y caben en la palma de la mano. Ya le explico otro día. Ahora vayamos al grano. Esa grabación está ahora en el disco duro de mi ordenador. Hay un par de copias en disco. Una en la caja fuerte de mi casa y otra en la de mi despacho. Además, me la he enviado a mí mismo por correo electrónico.
Casañas sintió una fuerte presión en la nuca, como si una bestia repugnante le agarrase con una zarpa áspera de negras uñas romas. Bethencourt le había pillado. Le había cogido bien. Había demostrado

ser más listo que él. Y ahora tendría que conformarse, con un poco de suerte, con su parte del arreglo.
Ante el silencio de Casañas, Germán decidió continuar hablando, sintiéndose cada vez más triunfador.
—Ya sé que no es lo mismo que conmigo, pero se le podría acusar, qué sé yo, de encubrimiento, de corrupción, de ocultación de pruebas, no sé. Y, por otro lado, tenga en cuenta que yo puedo pagar el mejor equipo de abogados de todo este puto país y que, a no ser que se le haya muerto un tío rico, usted no está en el mismo caso. Así que piense en esto: si la policía me investiga, usted cae. Si alguien me pega un tiro, la policía registra la casa y la oficina, y usted cae. Si me da un infarto y muero, mis herederos o mis socios abren mis cajas fuertes y usted cae. Es más, de ahora en adelante, usted se va a convertir en mi protector, en mi ángel de la guarda, porque sabe que si a mí me pasa algo, usted cae. Cae como una fruta madura. Así que yo, el domingo, le voy a dar los cuatrocientos mil, pero, a cambio, usted me protege como a un bebé y reza cada noche para que yo siga en el mundo de los vivos y los afortunados. ¿Está claro?
En el silencio subsiguiente, Germán notó el odio, denso y sordo, atravesando la línea telefónica en su dirección.
—Como una mañana de verano —dijo, finalmente, Casañas—. Muy claro. También está claro que usted es un hijo de puta muy listo.
Germán sonrió, tremendamente satisfecho.
—Favor que usted me hace. Hasta el domingo —añadió antes de colgar.
Casañas colgó, furioso, el auricular. Reprimió un puñetazo en la mesa y pensó que le vendría bien un cigarrillo. Después de encenderlo, intentó serenarse. Tendría que rehacer su plan. Ahora no podría, por ejemplo, acabar con Estrella. Ni con Bethencourt. Habría de conformarse con el dinero. En cuanto a decirle a Estrella que el millonetis tenía aquel as en la manga, era mejor no hacerlo. Conocía bien a Estrella, que podía llegar a ser impulsiva, violenta y, sobre todo, irreflexiva. Era mejor no decirle que aquella grabación, en la que se la nombraba a ella, existía. Si no, hubiera sido capaz de moler a palos a Bethencourt para que eliminase aquellas tres copias. Y, si había sido tan astuto de organizarse aquel seguro de vida, Casañas sabía que no iba a cometer la torpeza de decirle a él dónde estaban todas y cada una de las copias. Seguro que existían una cuarta, una quinta o hasta una sexta copia escondidas en algún lugar de fácil acceso para cualquier investigador. Por consiguiente, contárselo a Estrella complicaría aún más todo el asunto. Era mejor conformarse con el dinero. Al menos, le quedaría eso. San Expósito se deja sumir en una blanda nube de olvido y tedio. Se limita a estar, a cumplir sólo con la mínima pero imprescindible función de decorado y utillería en

la tragedia que está a punto de desencadenarse. Sus lugares se pueblan durante el resto de la semana de un tenue olor, de una ligera pátina de un aroma extraño, que esta vez no es el seco polvo que suelen traer los alisios, ni el olor a marea presagiando el plenilunio. No, esta vez es un olor distinto el que vacía la terraza de La Sardinita. Es un hedor extraño, entre acre y dulzón con sospechas de azufre y agallas de hace un mes; un olor extraño que hace que Onésimo consulte con los concejales de Obras Públicas y Sanidad simultánemente, en una rápida reunión que tiene lugar el viernes por la mañana y que da como resultado una completa incertidumbre, algo curiosa pero en realidad indiferente acerca de las causas, posible duración e imprevisibles consecuencias para la salud de la ciudadanía de tan inédito e imprevisto fenómeno.

Hay únicamente tres personas en San Expósito que saben de dónde proviene ese olor, a qué se debe. Lo saben desde la propia experiencia y desde el escalofrío que les condena al silencio: Don Senén, el cura párroco, acostumbrado a extremaunciones y responsos; Don Emiliano, el médico del pueblo, que en treinta años ha enterrado ya a unos cuantos desgraciados; y, por supuesto, Colás, que fue sepulturero en el cementerio de San Blas durante más de quince inviernos. De entre ellos, éste es el único que dice en voz alta lo que los tres piensan, y lo hace a media mañana del sábado, sin testigo alguno que pueda oírle, acercándose a la puerta de la ferretería para observar la calle desolada, quitándose de la oreja derecha el infaltable lápiz Staedtler menguado y mordido, aspirando primero el aire para comprobar que no se equivoca y declarando, a media voz:

—Huele a muerte que se acerca.

Después escupe en la acera, vuelve a ponerse el lápiz tras la oreja y va a la trastienda para sacudirse un pelotazo de ron.

Casañas se había citado a las cinco y media con Estrella en el bar La Parada (Tapas Caseras). Subió al Corsa vestido de paisano, con una camiseta y la bomber negra que disimulaba el pequeño bulto del Flobert en la parte posterior de la cadera derecha.

Marta envió el mensaje de teléfono móvil y comenzó a ponerle los zapatos a Elisa, que se resistía tenazmente. Estrella no tardó ni dos minutos en aparecer en la puerta posterior, tocando el claxon del Kia. Marta salió con algo envuelto en una bolsa de supermercado y se lo dio a través de la ventanilla abierta.

—Yo me voy con la niña a casa de mi madre.

—Cuanto más lejos estés de aquí, mejor —respondió Estrella, palpando el bulto en el interior de la bolsa. La frialdad del metal atravesó el plástico y recorrió sus dedos hasta la palma de la mano—. Hemos quedado a las seis con el millonetis.

Sacó la pistola de su envoltorio, comprobó el cargador y montó y

desmontó el mecanismo para asegurarse de que estaba bien engrasada. Después la metió en la guantera y se volvió hacia Marta.
—Ya verás cómo todo va a salir perfectamente.
—Confío en ti —dijo Estrella. Luego miró a su alrededor. Cuatro de la tarde de un domingo en San Expósito. Ni un alma viva y despierta. Se agachó y besó largamente a Estrella. Puso todo el deseo, todo el rencor, toda la esperanza y la lascivia que fue capaz de reunir para regalárselos en aquel beso profundo y cálido.
Estrella, con su sabor en la boca, arrancó y Marta volvió a la casa, para acabar de vestir a Elisa, que ya había vuelto a quitarse los zapatos. Al llegar a la barra del bar La Parada (Tapas Caseras), Casañas pidió un botellín para entretener la espera. Adalberto, con aquella cordialidad extraña que solía gastar con el cabo, lo depositó ante él y arrojó sobre la barra un puñado de manises crudos. Casañas comenzó a abrirlos y consumirlos pausadamente, depositando las cáscaras en el cenicero.
—¿Qué, de paseo? —preguntó Adalberto más por combatir el silencio que por verdadero interés.
—Quedé con la Estrella para echar la tarde. La parienta iba para casa de mi suegra. Y no me apetecía nada.
—¿Y eso?
—¿Tú sabes cómo se dice suegra en griego? —inquirió Casañas, haciéndose el gracioso pero pensando que había sido una mala idea citarse allí. Ante el meneo de cabeza de Adalberto, finalmente respondió— Estorbas. Se dice Estorbas.
Casañas agregó un par de carcajadas al chiste, para intentar dotarlo de algo de gracia, pero sólo consiguió de Adalberto una sonrisa desganada. En ese momento se oyó llegar el coche de Estrella, que entró en el bar unos minutos después, con una sudadera de color fucsia, unos vaqueros y tenis. Se había recogido el cabello en el moño habitual y tenía cara de no haber dormido bien la siesta. Nada más entrar cogió un cigarrillo del paquete de Casañas, que estaba sobre la barra y lo encendió. Señaló, asimismo, su botellín a Adalberto, que entendió enseguida y le sirvió uno.
Estrella estaba nerviosa. Casañas lo supo enseguida. En cuanto Adalberto volvió a la cocina a vigilar su carne de cabra, la tomó de la mano.
—Tranquilízate, vieja —le susurró—. No es más que una reunión de negocios. Plantéatelo así. Vamos a venderle una cosa, él va a pagar y ahí se acabó el asunto.
Ella asintió mirando en dirección a la puerta.
—¿Y si algo sale mal? ¿Y si nos la intenta meter doblada?
—Eso no va a pasar. Volvió a llamarme hace un par de días para decirme que lo que quería era que todo saliera bien. No le interesa

que las cosas se tuerzan. Tenemos la sartén por el mango, ¿me entiendes? Vamos, si me apuras, tenemos hasta el mango, también.
—¿Y yo, qué tengo que hacer, jefe?
—Nada. Entrar en la casa conmigo. Sólo eso. Saludas y te quedas al lado de la puerta. No hagas ningún movimiento extraño. Lo único que tienes que hacer es estar presente. Y mira la pasta que te vas a llevar por estar presente.
Estrella miró al suelo, aún nerviosa.
—Venga —la jaleó Casañas—, no te me rajes ahora. Tú eres mi compañera. Esto no va a ser más que un trámite. ¿De acuerdo?
Estrella alzó la vista y procuró mirar con simpatía el rostro de aquel hombre al que detestaba.
—De acuerdo.
Una enorme sonrisa pobló el rostro del cabo Casañas.
—Venga, chiqui, acábate el botellín.
49

Germán volvió a poner la escopeta tras el quicio de la puerta, en pie, con la culata en el suelo y el cañón apoyado en el bastidor. Tomó nuevamente asiento en la silla de la mesa de comedor más cercana a la puerta. Orientó ésta hacia el centro del salón y repitió de nuevo el gesto de coger la escopeta, apuntar en dirección al sofá y quitarle el seguro al mismo tiempo que se ponía en pie. Calculó que era cuestión de un par de segundos. En caso de necesidad, la escopeta estaría allí. No obstante, esperaba no tener que utilizarla. Ante él, sobre la mesa, estaba el neceser con el dinero. Se había propuesto facilitar la operación en todo lo posible. Evitaría cualquier suspicacia, cualquier motivo de tensión. La escopeta era sólo un seguro de vida. A nadie le interesaba que aquel arma llegara a ser disparada aquella tarde en aquella casa.

Por eso fue con el neceser hasta el sofá, lo abrió y lo depositó en el centro de la mesita, aquella misma mesa contra la que Nico se había golpeado al caer aún no hacía diez días, sentenciado a muerte; la misma que estaba situada sobre la alfombra que, a su vez, disimulaba la trampilla, bajo la cual se encontraba Julia, atada y amordazada.

Germán volvió nuevamente a la silla. Pensaba ensayar una última vez su movimiento con la escopeta, pero, justo cuando iba a hacerlo, oyó los coches acercárse. Igual que unos días atrás, salió al patio y ató a los perros, que comenzaron a ladrar como locos cuando Estrella y Casañas ante ellos cruzaron en dirección a la vivienda. Germán les precedía, sonriendo amablemente y elogiándoles la puntualidad.

Ellos, artificialmente serios, dejaron brillar un rastro de tranquilidad

en sus miradas cuando entraron y vieron los billetes asomar por entre los cierres del neceser, que atrajo su atención enseguida.

— Siéntense. Como en su casa —les invitó Germán indicándoles el sofá mientras iba a sentarse en la silla.

Estrella permaneció junto a la puerta. Casañas, en cambio, mostró respectivamente sus perfiles a uno y a otra al sentarse en el sofá sin quitar la vista del neceser.

— Como ve, Casañas, me ajusto a nuestro acuerdo. Ahí lo tiene.
—No esperaba menos, Germán.
—Está todo ahí. Ochocientos billetes de quinientos. ¿Cómo los llaman? ¿Los Bin Laden?
—Sí, así los llaman —dijo Casañas.
En ese momento, todo se para. Todo queda suspendido en el aire. El tiempo cesa. Germán, sentado de cara a ellos, pero con su mano derecha apoyada en el quicio de la puerta situada detrás de él. Casañas, acariciando ya con la punta de los dedos uno de los billetes, sin mirar a Germán porque sabe que Estrella ya lo vigila, ni a Estrella, porque confía en una lealtad a la cual él no corresponde. Y Estrella, apoyada en la puerta, con las manos tras de sí acariciando la culata de la Walther que se ha encajado en los pantalones, amartillada, antes de salir de su coche, mirando a Germán y mirando a Casañas, pensando en qué paso será mejor dar primero, pensando en ángulos, tiempos de ataque, tiempos de advertencia, tiempos de reacción y calculando que tendrá que esperar a que Germán se relaje para que le dé tiempo de sacar, apuntar y pegarle un tiro antes de que Casañas sea consciente de lo que ocurre. Y empieza a notar cierto sudor frío recorriéndole la sien, una determinada sequedad de la comisura de sus labios, una ligera contracción rítmica de su esfínter, la frialdad en la palma de esa mano que se cierra sobre la culata de la pistola. Y en esa suspensión, en ese aplazamiento de la fiesta de la sangre, el cerebro de Germán comienza a funcionar con celeridad, a rápidos impulsos: observa al cabo Casañas, que ha vaciado el contenido del neceser sobre la mesa y muestra impúdicamente su codicia en la sonrisa cínica que le ha aparecido en el rostro mientras cuenta los billetes; y observa a Estrella, apoyada en la pared y con las manos ocultas, con el rostro severo pero inexpresivo, y un extraño brillo opaco en sus pupilas oscuras, aparentemente inmóvil, salvo por la ligera tensión, prácticamente imperceptible, que aparece de pronto en su hombro derecho, exactamente la misma que podría provocar el movimiento de los dedos de una mano aferrando algo. Entonces es cuando Germán se dice a sí mismo, por qué no, por qué no apostar fuerte con estos dos gusanos que, además, ya han cruzado su apuesta y, han decidido,

probablemente mucho antes de entrar por esa puerta, jugar a perder. Y, precisamente en ese instante, desde el patio llega el aullido de Homero, lastimero y ensordecedor, que es como el anuncio de una gran quermés de la iniquidad.

Todo ocurre en pocos segundos. La cabeza de Casañas se orienta hacia la pared donde Estrella realiza el movimiento de desenfundar, y hacia su izquierda, para advertir cómo Bethencourt ha sacado ahora, no se sabe de dónde, la escopeta, con la cual le apunta a él. Estrella no conserva la sangre fría. De hacerlo, esperaría a que Bethencourt, que ha elegido mal a su primera víctima, descargase sobre Casañas. Pero la tensión le juega una mala pasada y complica las cosas, disparándole a Germán un tiro que da en su hombro derecho, tras hacer astillas la culata del arma. Se dispara hacia arriba con un sonido seco al que sigue el de los cascotes que caen del techo. Germán intenta sobreponerse, aguantar la caricia de fuego que le atraviesa el omoplato, volver a hacer puntería y esta vez dar en el enemigo adecuado, pero cuando apunta a Estrella, ella ya ha vuelto a disparar, y esta vez es la náusea de la ceguera y el dolor insoportable y la asfixia, porque esta segunda bala ha dado de lleno en su garganta, destrozándola. Mientras cae hacia atrás no puede ver cómo Casañas ha desenfundado también su revólver y le apunta, pero sin atreverse a disparar porque en su mente está la grabación. En el suelo, agachado entre la mesita y el sofá Casañas, se vuelve y dice Basta, Basta, Estrella, Para, Joder, Para. Estrella continúa apuntando al cuerpo de Germán, tirado junto a la silla, con la escopeta inmóvil a casi un metro de él. Se aprieta fuertemente la garganta, por la que se le sale la vida a borbotones. Se asfixia. Ha empezado a convulsionar, emitiendo un terrible sonido gutural de cerdo en el día de la matanza. De nada sirven los intentos de Casañas, que se ha tirado sobre él e intenta desesperadamente salvarle. En pocos segundos, el cuerpo de Germán queda rígido, con el brazo derecho torcido bajo la cadera y el izquierdo sobre el lugar donde estuvo su nuez. Casañas, fuera de sí, le golpea el pecho con los puños cerrados, en un improvisado masaje cardíaco de movimientos improvisados.

—¡Vive! ¡Vive, cabrón! ¡No te mueras! ¡No me hagas esto, cabronazo!

Poco a poco, va comprendiendo que es tarde. Cesa en sus golpes y mira el rostro ensangrentado de Bethencourt, con la boca desmesuradamente abierta en un rictus de dolor y los ojos vidriosos bizqueando hacia la nariz como si quisieran darse la vuelta para mirar hacia el interior. Permanece allí, arrodillado ante el cadáver, pensando en cómo se ha echado a perder todo.

—Nos buscamos la ruina, Estrella. Tú no sabes lo que acabas de hacer. Nos acabas de buscar la ruina —dice.

Y, de repente, escucha la voz de Estrella a su espalda, esa voz tan

familiar pero que ahora suena terrible como el estertor de un monstruo abisal en cubierta.
—Yo no. Tú te has buscado la ruina. Tú te lo has cargado, no yo.
Eleva los ojos y ve, al otro lado de la mesa del comedor, a Estrella, que le apunta con la escopeta de Germán. Piensa en su revólver, que ha soltado en algún momento al ir en auxilio de Bethencourt. Lo ha soltado sobre el sofá. Y sólo entonces se da cuenta de que, hasta ese momento, Estrella ha estado usando su pistola, su propia pistola. Una pistola que, sencillamente, *no podía ser* que estuviese allí, en esa casa, en aquellas manos. Hay en su mente un vago atisbo de comprensión, al tiempo que se pone lentamente en pie y, sin dejar de mirar a Estrella, comienza a retroceder hacia la zona del recibidor.
—Pero, esto ¿qué es? —pregunta.
—Es, sencillamente, que se acabó el tema, Sergio —dice Estrella, sin dejar de apuntarle—. Se acabó. Tú acabas de matar a Bethencourt. Y él está a punto de matarte a ti. Y, a partir de ahora, ya no podrás volver a moler a golpes a Marta, porque te vas a ir a la mierda. Marta y yo nos vamos con la niña de este puto pueblucho de mierda. Y fin de la historia.
Casañas recapacita un momento y lo ve todo con nitidez cristalina. Piensa en tantas veladas fuera de casa, en tantas complicidades, en tantas frases ambiguas, en tantas bromas, tantas salidas de tono. Se da cuenta de que Marta, igual que todos en su vida, le ha traicionado por eso. Además, ni siquiera ha sido por un hombre, por eso siente morir su virilidad en unas décimas de segundo, aunque le resulta completamente indiferente, porque otra idea viene a ocupar el centro de su pensamiento. Y la idea es la que ya ha reinado en los instantes previos, pero de forma difusa: la convicción de que están todos muertos. Germán, por supuesto. Él, muy seguramente. Pero también lo están Estrella y Marta. Las grabaciones están ahí, serán descubiertas en cualquier momento. No les saldrá bien. No puede salirles bien. Lo habían calculado todo, menos eso. Y decide que, si no logra alcanzar el revólver a tiempo y acabar con Estrella (antes de buscar a Marta, hacer lo mismo con ella, coger a Elisa y huir), se llevará el secreto de la existencia de las grabaciones a la tumba.
Por eso comienza a reír. A reír como un poseso, como un bufón loco y ebrio. Ríe y la expresión de Estrella traiciona su sorpresa, lo cual le hace reír aún más al mismo tiempo que continúa acercándose lentamente hacia el arma. Pero justo cuando llega a la altura del sofá, Estrella aprieta el gatillo y su cuerpo es empujado brutalmente hacia atrás por el tiro a quemarropa que le destroza el vientre, se eleva unos centímetros en el aire y cae desplomado sobre la mesa de centro, cuyas patas ceden al impacto. Queda tirado de espaldas sobre las ruinas de la mesa, en medio de un charco de sangre y vísceras que

brotan de la multitud de agujeros que hay ahora entre su esternón y su entrepierna.
Estrella se acerca y se sitúa sobre él, que aún está vivo e intenta decir algo. Y es, con seguridad, parece algo importante, ya que Casañas no parece preocuparse del dolor, que debe de ser indescriptible. Puede tratarse de una última voluntad, de un aviso, de un postrero intento de poner las cosas en orden con su conciencia o con el sufrimiento continuado que ha causado a quienes tiene alrededor. Siente un atisbo de piedad y se agacha para recoger en sus oídos el mensaje de sus labios. Pero de éstos sólo sale una palabra que se repite una y otra vez, hasta que al fin Casañas usa su definitivo aliento para pronunciarla una vez más antes de expirar, débil lentamente, con acento esta vez claro, aunque con rabia y rencor indescriptibles:
—Puta.
50

Y el tiempo cesó de cesar. Volvió a recorrer su camino. Estrella se desembarazó con dificultad de la garra de Casañas, que aferraba la sudadera, retorciendo y deformando el tejido. Se puso en pie y, situándose entre los dos cadáveres, observó la escena, dantesca, brutal. No se había cobrado jamás una vida humana. Pero no sintió ninguno de esos correlatos físicos que se dice sentir en esas ocasiones. Y, además, se prohibió a sí misma sentirlos antes de acabar la faena. Porque aún quedaba mucho por hacer. Entre los aullidos y los ladridos de Homero y de Safo, que ahora se había sumado al macho, notó el olor, terriblemente acre, de la sangre y de la trilita, mezclados con el terrible hedor de las entrañas de Casañas.

Huele como tu conciencia, le dijo con el pensamiento, mientras le encajaba en la mano derecha la pistola y manipulaba su dedo índice para efectuar un disparo. Hecho esto, la dejó caer y limpió sus huellas de la escopeta, antes de ponérsela en las manos a Bethencourt. Después empezó a recoger los billetes, que habían quedado desperdigados por la estancia. Tuvo que limpiar las salpicaduras de sangre, aún fresca, que había sobre algunos de ellos. Recogía ya los últimos, que habían quedado bajo el sofá, cuando reparó en la ranura del suelo, de la cual brotaba luz. Se quedó parada, pensando en qué podía ser lo que había allí. Se levantó y apartó el borde de la alfombra con el pie. Vio que la ranura proseguía y doblaba en ángulo recto.

—Joder —exclamó en voz alta a su pesar.

Pensó que debía tratarse de una trampilla. ¿Habría algo importante abajo? Miró el reloj. Eran sólo las seis y cuarto. En el improbable caso de que alguien hubiera oído el tiroteo y hubiese decidido avisar a la

policía, disponía al menos de unos veinte minutos más. No podía marcharse de allí sin averiguar lo que había bajo el suelo. Le costó un poco arrastrar el cuerpo de Casañas hacia un lado. Menos difícil fue mover los restos de la mesa y la ensangrentada alfombra. Allí estaba. Una trampilla de uno por uno, aproximadamente, que, con toda seguridad, se abría extrayendo el mecanismo del tirador incrustado en uno de sus laterales.

De repente, cuando iba a accionarlo, se abrió la puerta de la calle. A Estrella se le paró el corazón. Todos sus músculos se crisparon mientras se ponía en pie de un salto y apuntaba en aquella dirección con su propia arma. En el umbral, estaba Marta, con las manos en alto, sobresaltada ante aquel gesto repentino.

— ¡No dispares! ¡No dispares! Soy yo. Estrella enfundó de nuevo.
—¿Pero tú estás loca? Casi te pego un tiro joder! ¿Qué coño haces aquí? ¿Dónde está la niña?

Marta avanzó hacia el centro de la estancia, parando los ojos desencajados en todos y cada uno de sus rincones.

— La dejé en casa de mi madre.
—No entres —dijo Estrella, acercándose a ella y empujándola, en un abrazo, hacia atrás—. No entres, mi amor, ahórratelo.
—No —se resistió Marta—. No puedo dejar que te enfrentes sola a esto, Estrella. Si estamos juntas, estamos juntas. Además, no me impresiona. Quería ver muerto a este hijo de puta.
De pronto, Marta se zafó del abrazo, que había ido perdiendo fuerza a medida que ella hablaba, llegó hasta el cadáver de Casañas y, tras contemplarlo unos segundos, escupió sobre él. Hubo un largo silencio a cuyo lomo cabalgaron quince años de golpes y vejaciones, quince años de inquina y de temor.
—Ojalá hubiera llegado a tiempo para hacerlo yo —dijo finalmente Marta antes de ir hasta Estrella y besarla largamente en la boca.
Estrella se separó de ella, cogió el neceser, que estaba sobre el sofá y se lo mostró.
—Está aquí, mi amor. El futuro. Está aquí.
A Marta se le iluminaron los ojos cuando lo abrió y examinó su interior.
—Toma, coge esto —dijo Estrella, dándole el Flobert—. Tuvimos suerte, porque no llegó a usarlo. Te lo llevas y lo vuelves a poner en su sitio. Así parecerá que sólo trajo la pistola.
—¿Y el dinero?
—El dinero lo escondes donde puedas, hasta que pase el primer temporal. Después, lo dicho, nos vamos para que olvides las

desgracias. A algún sitio bonito. No sé... A Corfú. O al Caribe.
Estrella dijo todo esto mientras se situaba sobre la trampilla, extraía el mecanismo de apertura y lo asía con la mano izquierda, mientras con la derecha empuñaba su arma.
—¿Qué pasa ahí? ¿Qué crees tú que...? —preguntó Marta.
—Eso es exactamente lo que quiero averiguar —respondió Estrella tirando de la trampilla.
La escalera se desplegó automáticamente hasta el suelo del zulo. Estrella asomó la cabeza y vio, atónita, la estancia: el tocador, el baño, la cama, la mujer amordazada y atada a la misma.
—Por los clavos de Cristo —acertó a exclamar, totalmente asombrada.
La cabeza de Julia, mientras veía bajar y acercarse a ella a las dos mujeres, comenzó a moverse rítmicamente. Estrella y Marta se pararon un momento ante la cama. Contemplaron cuerpo desnudo, ahora sin sábana que lo cubriese, plagado de arañazos y moratones, cuya carne las correas de cuero habían ido lastimando hasta la sangre, ahora reseca en los bordes de aquéllas. Y observaron aquel rostro grotescamente maquillado, con el rimel excesivo y los coloretes aplicados unos sobre otros, los churretes que habían formado en ellos las lágrimas de los ojos aterrorizados. Vieron, en fin, el producto ignominioso del escarnio.
Estrella reconoció enseguida en aquel despojo a la atractiva mujer que había sido dada por desaparecida y se lo hizo saber a Marta, que también comprendió rápidamente lo que había ocurrido.
—Dios santo, pobre chica —dijo Estrella, adelantándose para quitarle la mordaza.
—Gracias a Dios —acertó a decir Julia un segundo antes de que un disparo a bocajarro le destrozara la cara.
Estrella quedó en el suelo, adonde le habían llevado sus reflejos. Al volverse, vio a Marta, con el neceser en una mano y el revólver en la otra.
—Pero, ¿qué has hecho?
Marta negó lentamente con la cabeza, mostrando una especie de sonrisa de labios fruncidos y dijo:
—No. Yo no, bonita. Lo hizo Sergio. Justo un momento antes de matarte a ti.
Dicho esto, Marta apuntó al rostro de Estrella, volviendo a amartillar el arma y entonces, sólo entonces, fue cuando ésta se dio cuenta de que no era más que una pobre imbécil, una triste muñeca estropeada en manos de una mujer. La misma mujer despiadada de quien había cometido el error de enamorarse. 51

Marta baja corriendo la cuesta hasta la última curva, donde ha dejado aparcado el Ibiza de su madre. Lleva aferrado el neceser con el dinero.

Ahora tiene el tiempo justo de ir al Centro Comercial de San Blas y realizar las compras para las que se supone que se lo ha pedido prestado. Entra en el coche y empieza a conducir hacia San Expósito. Piensa atravesar el pueblo como un rayo, bajo este sol del atardecer que pinta el cielo de anaranjados y rojos, color de muerte, color de infierno.

No siente ni el más mínimo reparo por lo que acaba de hacer. La vida le ha enseñado que hay que ser un superviviente, y que no se puede saltar de una sartén para caer en el fuego. Con el tiempo, Estrella le hubiese dado aún peor vida que Sergio. Estaba demasiado obsesionada con ella. De hecho, empezaba ya a organizarle la vida como él lo hacía al principio, antes de comenzaran los insultos y las palizas. Y ella tiene una hija. Eso es lo único que importa. Eso y su libertad. Además, hubiera habido demasiados secretos entre ellas como para poder llevar una relación digna. La desconfianza, la culpa, las recriminaciones hubieran acabado minando la vida en común. Habían compartido buenos momentos, pero Estrella no era lo que ella deseaba tener el resto de su vida. Se trata de seguir el mismo plan trazado con Estrella, pero sin Estrella. Esconder el dinero (ese mismo dinero que va sobre el asiento del acompañante), ser la desconsolada viuda durante un tiempo, quizá un mes o dos. Luego decidir que la vida debe continuar. Coger a la niña y marcharse al Continente para volver a empezar.

Ya casi son las siete. Se pregunta si las tiendas del centro comercial cierran a las ocho o bien a las nueve.

De pronto, al tomar la curva hacia la izquierda, el sol, poniéndose en el horizonte, la deslumbra un instante. Cuando vuelve a poner los ojos en la carretera, hay ante el coche una figura humana, que se queda paralizada por el miedo al ver que el Ibiza se le echa encima. Lo último que debe hacer ahora es atropellar a alguien. Hace una maniobra para esquivarle, pero es demasiado brusca y de pronto pierde el control y debe intentar dominarlo y el coche se abalanza sobre la cuneta de la derecha y gira sobre sí y tropieza con algo y ahora sí que ella ya no domina nada de nada y todo es un tremendo empellón que eleva el vehículo no sabe hasta dónde y debía haberse puesto el cinturón piensa ahora que su rostro se golpea terriblemente contra el marco de la ventanilla y contra el volante y contra el techo del auto mientras el coche da vueltas y más vueltas y se da golpes y más golpes.

Benito Marín se queda unos segundos como una estatua, con la cabeza hundida entre los hombros, mientras escucha el ruido de frenazos y de golpes hasta que los golpes van parando y ya todo es sólo el sonido de

un motor muchos metros carretera abajo. Se vuelve y ve el coche destrozado, boca abajo. Corre, a la máxima velocidad que es capaz de correr, hasta el vehículo, que era blanco, pero ahora está manchado de tierra y de sangre, y se asoma al interior.

Boca abajo hay una mujer que tiene mucha sangre en la cara. Está como dormida. Tiene el cuello muy doblado hacia la izquierda y los pechos caídos sobre el cuello. Le cuesta reconocer en aquel rostro ensangrentado, de nariz rota y labios desgarrados a Martita, la mujer de Casañas, que es tan buena con él y le da cola cao. A lo mejor está sólo dormida. Benito acerca dos dedos de una mano y la tantea. La toca suave suave para ver, pero ella no se inmuta. Entonces piensa que puede aprovechar, y toca uno de sus pechos. Tampoco reacciona, así que toma las dos tetas, una con cada mano y se dedica a masajeárselas bien. Están grandes y fuertes. Le busca los pezones, pero sólo encuentra las areolas, tan muertas como su dueña. Pasa un rato así, hasta que lo sobresalta un vómito de sangre que brota de golpe de la boca destrozada. Del oído también le sale un hilillo escarlata. De pronto ve, un poco más allá del cuerpo de Martita, un neceser de ésos de plástico imitando piel. Es bonito. Podría ser buen regalo para la Petra. A ella le gustan esas cosas. Alarga la mano para cogerlo, pero procurando no mancharse la manga del chándal, porque, si no, luego, la Charo se enfada y se lo dice a Mare.

EPÍLOGO

No está seguro. Sabe que ya no es asunto suyo, que los de judicial se han hecho cargo y que para esas cosas están, además, el juez y el secreto de sumario. Pero Vidal no está para nada seguro.

Es todo demasiado sórdido, demasiado turbio. Como en una de esas novelas en las que el autor enreda intencionadamente la trama intentando rizar el rizo. Y misterios sigue habiéndolos en eso que la prensa dio en llamar La Matanza de Roque del Malo. Por ejemplo, ¿qué pintaba la mujer de Casañas en todo aquello? O ¿dónde está el dinero del supuesto chantaje? Y, sobre todo, ¿por qué acabaron liándose a tiros todos en el último momento, cuando, al parecer, habían llegado a un acuerdo, a juzgar por las grabaciones?

No está seguro en absoluto, pero él no puede hacer más de lo que ha hecho. Sin embargo, le gustaría poder llegar a entender qué es lo que pasa en ocasiones por la mente humana, cómo pueden llegar las personas a hacer cosas como aquéllas. Por ejemplo, cómo es capaz un hombre de raptar a una mujer y torturarla de esa manera.

Claro, que en el caso del tal Bethencourt se trataba de un verdadero psicópata. Cuando se excavó en la tierra removida que había en torno a los nispereros, encontraron restos de, al menos, tres personas distintas. Una de ellas, probablemente, su propia esposa. Pero lo de Casañas y Estrella era harina de otro costal. Vidal había estado infinidad de veces en su compañía, había compartido cafés y vinos con ellos; habían trabajado codo con codo en múltiples ocasiones. No puede terminar de creerse que se convirtieran en las dos bestias inmundas que organizaron toda aquella orgía de horror sólo por dinero. Debe haber algo más.

Pero, bueno, la vida sigue. Hoy mismo se encontró en pleno San Blas a Milagros, la de la pensión de San Expósito. Iba con su hijo, el retrasadito, con quien acababa de comer en El Facón. Parece ser que se han venido a vivir a San Blas con la hija mayor. Debe haberles caído un dinerillo, porque están buscando comprar una buena casa terrera, con su jardincito y su huertito, a poder ser, para vivir todos juntos. La pensión la han puesto en venta. Claro que habría que consultarlo con la parienta y ver qué es lo que pide Milagros por el negocio, pero quizá no fuera una mala inversión para tener algo que hacer, ahora que Vidal tiene la jubilación tan cerca.

Las Palmas de Gran Canaria, 19 de abril-28 de noviembre de 2006.

NOTA FINAL

Suelo confesar mis influencias. Lo considero un gesto de honestidad y de gratitud hacia la tradición, además de un favor que evita trabajo a los críticos, sobre todo a los de tendencia hermenéutica.

Algunos de los autores, estrictamente literarios o no, que me rondaban por la mente al intentar contar esta historia se encuentran mencionados en el texto: el viejo Freud (el adjetivo no es falta de respeto, es precisión de mi referencia al Freud de los últimos años), el desequilibrado Nietzsche (tal vez hubiese sido un buen paciente de aquél), André Gide (se me hace impensable sin los anteriores). Otros fueron haciendo oír sus voces a lo largo de la redacción de esta novela, aflorando de forma más o menos consciente en la memoria de textos suyos leídos hacía tiempo. Es el caso de Truman Capote, William Faulkner, James M. Cain, Juan Carlos Onetti, Jorge Ibargüengoitia, Georges Bataille, John Fowles. Probablemente haya algunos más, cuya sombra no he logrado descifrar aún, pero es imposible soslayar a Roland Barthes y las ideas que expone en *El placer del texto*.

Por otro lado, he contraído una deuda de gratitud con las personas que vieron nacer y desarrollarse esta novela y a quienes mareé una y otra vez con la trama de la misma en más de una de mis excursiones etílicas. Ellas son: Alicia Pardo, Catherine Hernández, Carmen Sánchez, Lara Carrascosa, Dina Peñate, Fernando Martínez 'Montecruz', Carlos Álvarez, Santiago Gil, Pipo Hernández y mi imprescindible Antonio Becerra. No sé si su mención en esta nota incluida en último momento bastará para saldar esa deuda, así que les ruego lo consideren un pequeño adelanto.

Las Palmas de Gran Canaria, 20 de agosto de 2007.

ÍNDICE

A DVERTENCIAS PRELIMINARES, 5 ROQUE DEL MALO, 11 TARDÍGRADOS, 121
EL ARREGLO, 217
EPÍLOGO, 265
NOTA FINAL, 267